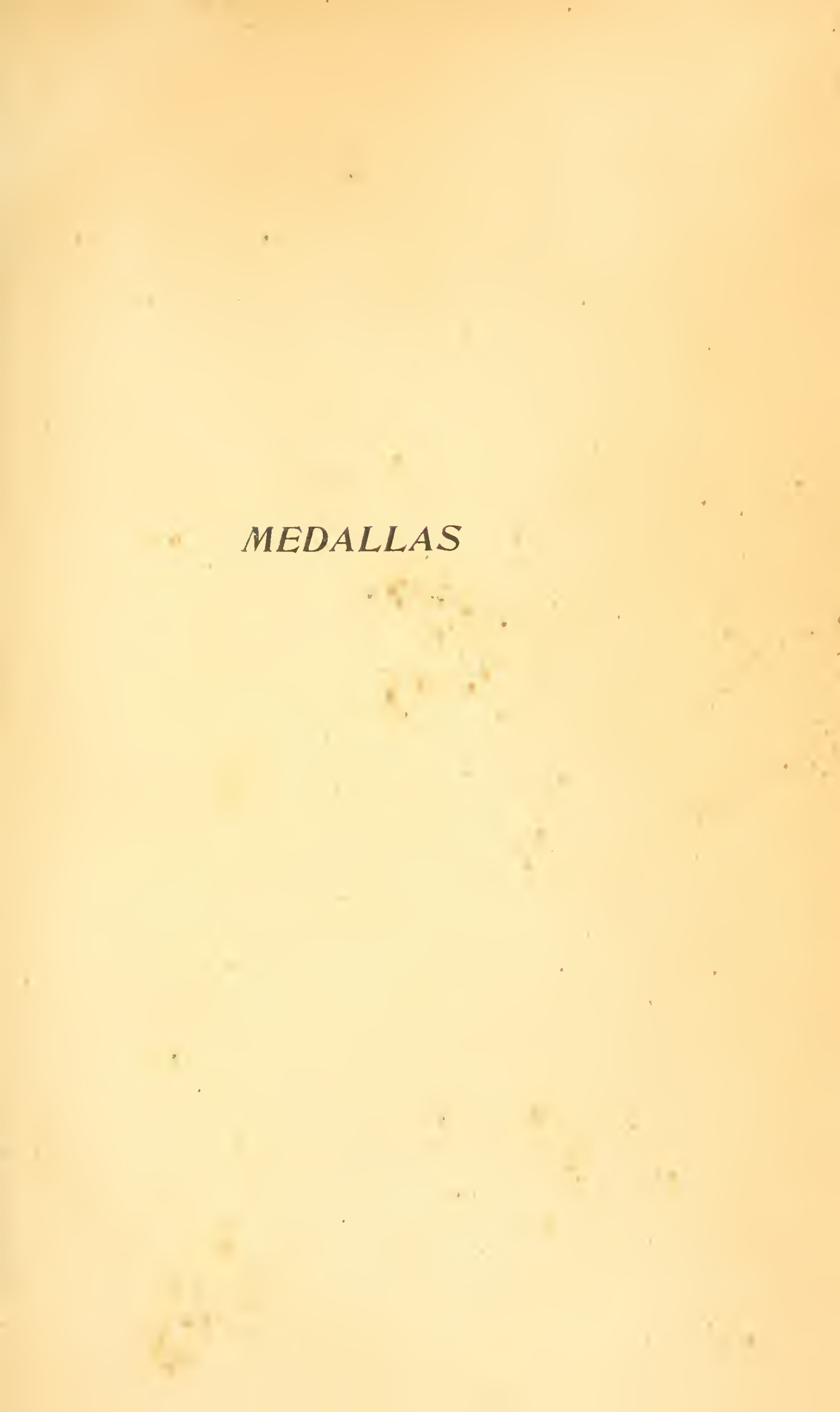








MEDALLAS

CARLOS OLIVERA

Medallas

> *Morir es vivir.*
>
> PLATON.





LA PLATA
TALLERES GRÁFICOS DE JOAQUÍN SESÉ
1909

Mollissima corda,
Humano generi dare se natura fatetur,
Quæ lachrymas dedit.

JUVENAL.



EXERGO

Una creciente simpatía por los dolores humanos, me lleva frecuentemente á pensar en mis amigos muertos. De vez en cuando, generalmente en el invierno, en los días duros y difíciles, hojeo un cuaderno en que, venciendo mi incapacidad para guardar viejos papeles, he conseguido salvar del naufragio en que he dejado perecer muchas de mis composiciones, los recuerdos consagrados á los que de cerca ó de lejos, merecieron mi respeto ó mi cariño.

He sido periodista, durante veintisiete años.... En ese cuarto de siglo, he estado mezclado á fondo, á las impresiones prin-

cipales que agitaban el mundo, he vivido con la multitud, he respirado con ella; y hoy, alejado de casi todos los rumores, refugiado en una dulce indolencia, mirando el vasto escenario en que me he movido, creo á veces, que yo también, á pesar de mi modestia, hice vibrar algunas fibras secretas, al hablar de mis héroes ó de mis amigos que morían....

Sí, estoy seguro; los he elogiado noblemente, desasido de todo interés inferior, con la vista fija en los más hermosos modelos de la antigüedad, y el corazón profundamente conmovido. En esa forma, en el templo misterioso de la Muerte, ha dado mi espíritu quizás sus notas más puras. En vano quiero criticar esos aleteos, analizándolos con la frialdad del profesional literario, que somete los mas fúlgidos estallidos de la pasión, á un cálculo matemático, á un cánon delante de cuya severidad no encuentran gracia sinó las raras perfecciones del arte. Desearía en esos momentos, que mis MEDALLAS fueran pasajeras incisiones

en metal deleznable, y que su falta de maestría revelara el leve destino á que están condenadas.

Así debiera ser; obra de periodista, arrancada á la dura y penosa tarea diaria de vibrar con todas las emociones, y escuchar ó reflejar todos los intereses, la huella del dolor pudo ser ligera; la admiración ó el juicio, esbozados apenas, y sin pretensiones de definitivos; pero no fué ese el homenaje de mi espíritu. Fué hondo, completo, amplio, como una despedida sin retorno, y en que todo nuestro sér se asoma á las palabras y á los gestos. Fué como un esfuerzo supremo para gravar los rasgos que desaparecían; y en efecto, en muchos casos, ellos me han servido para poblar mi invisible alredor, con las imágenes vivas y naturales de los que se iban. Así he continuado en comunión con ellos, sintiendo prolongada su existencia para mí, aún cuando para los otros comenzaran á borrarse y á hundirse en el fatal é inevitable olvido.

Es, quizás, la primera vez, que me atrevo á publicar impresiones personales, francas y netas, relativas á ese foco interior que llamamos alma; no sé porqué me siento invadido de melancolía, de abandono, del placer de reandar mi camino y de anotarlo, como si fuera á emprender algún largo viaje, y deseara renovar en mi memoria los detalles de la aldea, del hogar, de la escuela, de mis afecciones. Hace tiempo que estoy sintiéndome desprender de la tierra. A medida que los años van asentando y perfumando mi vino, voy encontrando más dulce, más noble, mi pasado; y sin que me pueda todavía acusar de resistencia al presente, ni descubra en mi horizonte ningún síntoma de hastío por un futuro ya cercano y que también será mi condenación al olvido, me veo solicitado en mi interior por frecuentes deseos de revivir mi pequeña vida.

Abandono, como se vé, toda pretensión de trascendentalismo. Podría, quizás, abu-

sar de largos y profundos estudios, para enriquecer mi palabra con insinuaciones de la explicación que la ciencia actual propondría, con respecto á mi estado especial de espíritu. Renuncio á esos dogmatismos, que en época reciente fueron también mi refugio. También he sido yo un adepto entusiasta de las escuelas más famosas, y me he ocupado largo tiempo en perseguir la Verdad, siempre fugitiva é incorpórea; he satisfecho mi sed con muchas visiones de agua fresca y pura; pero fué alivio momentáneo del ánsia; ella volvió y volvió, siempre más tenaz; y al fin, me fatigué de creer que sabía....

Quiero, pues, ahora, dejar correr mi pensamiento, libre y suelto, como si fuera una voz que me complazco en escuchar, y que contiene novedades para mí mismo. Cedo á *su* voluntad, ó á la mía, sin preocuparme de establecer diferencias, ni de fijar límites, á pesar de mi decidida afición anterior á las clasificaciones.

Si mi pasado se ofrece á mi vista como

una visión placentera, creo que es, en primer lugar, porque si me puedo reprochar muchas debilidades, muchos errores, no me acusa mi conciencia de ninguna vileza; y en segundo, porque estoy realmente satisfecho de haberme fatigado persiguiendo dulces y hermosas Quimeras.

Cuando en las horas de la meditación, intento criticarme por haber dedicado tanto tiempo y tanta energía, á la tarea absurda de averiguar y de adorar la Verdad, como si se tratara de alguna cosa real y existente; cuando me reprocho mis Quijotismos, mis ingenuidades, mis excesos caballerescos, mi probidad, en fin; cuando ensayo una ironía bien filosa contra mi variable buen sentido, que me ha llevado á extremos que merecieran burla, si no los hubiera amparado mi arte de hablar ó de escribir, tengo que convencerme, después de luchar, que no hay motivo para condenarme, y que al contrario, mucho se me debe perdonar porque en todo he puesto un desinterés de sonámbulo.

Si álguien, cuando yo muera, fuese tan caritativo que juntara algunas de mis páginas más aplaudidas,—lo que me parece imposible, porque la mayor parte se ha perdido por mi propia desidia,—se vería, examinándolas bien á fondo, que no tenían el mérito que se les atribuye, es decir, que no son nobles por el arte que contienen, sinó por una audacia ó petulancia heróicas, que complace, probablemente, porque coincide con secretos ó dormidos declives del espíritu humano.

Porque yo me he estudiado profundamente, en todos sentidos; y aunqne no me conozco bien todavía, lo que sé de mí mismo me ha inspirado un gran respeto por muchos otros.

Lejos de créerme un modelo de perfecciones, porque no me he encontrado desagradable, he envidiado ó deseado ardientemente poseer ciertas dotes de que ciertos espíritus han abundado; y son estos altos puntos de vista los que me han permitido elogiar á mis héroes ó amigos,

con una seguridad y confianza que han parecido obra del talento literario.

Aún me atrevería á decir, que para el elogio, para la pintura de lo sublime, antes incomoda el talento, que favorece al escritor. Creo, en realidad, que para ultrajar como para elogiar, lo que se necesita es tener una gran alma, es decir, un alma que no tenga miedo de la altura, que se embriague fácilmente de belleza, y que vibre al infinito, como si se supiera inmortal y sintiera latir en ella todos los mundos y todas las sensibilidades del Universo. Un momento de elocuencia, es un momento de electrización.

Los académicos, los eruditos, los que han llegado á escritores por un ingrato pero prolongado esfuerzo, pretenderán en vano, reducir á fórmulas el elemento misterioso que impresiona á los lectores; pero toda la dialéctica, la retórica y el preceptismo de las escuelas, son incapaces de crear el fenómeno, cuando el sujeto no tiene el don divino de producirlo.

Pensando y repensando en las incidencias notables de mi vida, relacionadas con esa afección natural, que he sentido desde niño, por los grandes hombres ó los grandes caractéres, he llegado algunas veces á creer que ellos ejercían sobre mí una influencia irresistible, por razones trascendentales que no puedo atreverme ni á esbozar.

La verdad es que los hombres no son generalmente bondadosos con sus semejantes. Una ley fatal nos obliga á combatirnos, á negarnos, á disminuirnos. La grandeza ajena parece una reducción de la nuestra. Y de ahí esa resistencia invencible á reconocer superioridades, que son otras tantas confesiones de impotencia ó subalternidad. El rescate del valer personal, es ese permiso que nos acordamos para la maledicencia; es merced á ella que pensamos recobrar el equilibrio perdido por el espontáneo ó involuntario homenaje que nos arranca el mérito.

Soy, pues, el primero en confesarme que, al sentir intensamente la belleza ajena, debiera reconocerme un inferior. Pero aquí la lógica me falla, como en muchos otros casos. Reaccionando contra las viejas ideas, me deshago de todo deber, de toda obligación de respetar como indudable lo que el mundo me ha recomendado en ese carácter; y palpándome interiormente, me encuentro, al revés, el mayor placer en adorar la relativa perfección humana, sin que me aflija el no poderla igualar ó superar. Un sentimiento de indefinible naturaleza me sostiene y me alienta, haciéndome pensar el *Anch'io son pittore!* Una especie de fraternidad superior á las consideraciones comunes, diré casi, *terrestres,* me penetra en esos momentos, y me eleva hasta gigantescas, colosales imaginaciones, hasta algo así como la lejana percepción de vislumbres consoladoras....

Esta misteriosa poesía que me impide desesperarme ante el vacío de la ciencia, y

aún de la experiencia propia, es un ambiente que los muertos crean rápidamente en mí. Yo tengo miedo ante los cadáveres. Nunca los acompaño, no puedo.... Cuando mi madre murió, huí de mi casa, temblando, incapáz de verla agonizar. Fué la primera vez que el espíritu me pareció inmortal, á pesar de mi excepticismo científico de entonces. El estudio me había cubierto de piés á cabeza con una densa capa de petulancia; pero la Vida, poco á poco, me fué haciendo perder la confianza en todas las explicaciones aceptadas por las academias como artículos de fé.

La Muerte ha sido mi maestro. Cuando no la he tenido por delante, á ella, la Invulnerable, he podido hablar con un Yo envuelto en prejuicios como una momia en sus bandeletas. Pero en cuanto se ha tratado de Ella, de la que nadie comprende pero que todos sienten, mi alma ha desplegado alas como de fiesta, alas que me han

parecido de un tamaño y de un poder tan considerables, que he principiado á tratarme á mí mismo con la mayor circunspección.

Es esa inspiración la que ha llevado mi pensamiento tan alto, tan alto, que casi todos los elogios ó recuerdos ó retratos de muertos que el lector encontrará en este volumen, han salido de mí en una efusión de lágrimas y de ánsias sublimes, que me acercaban á la zona de la belleza, y me dejaban fatigado y melancólico como después de una intensa emoción placentera.

No puedo mirar á la Muerte, frente á frente, en el cadáver, en la masa inerte que todavía conserva la forma de la Vida, cuyas líneas y gestos marmorizados, hablan á mi sensibilidad todo lo que no pudieron decir ni los labios ni los ojos; pero puedo acompañarla é imaginarla en su misterioso poder más allá del sepulcro. Miles de visiones pueblan entonces mi espíritu; y donde la ciencia de mi tiempo me ha enseñado á ver una disgregación de átomos, tan indiferente en sí misma como cualquier

otra solución de materia, he terminado por hallar un hilo, ténue pero brillante, que á través de laberintos llenos de prodigios, conduce mi anhelo hasta un panteismo ideal, en que la conciencia se dilata y encuentra por fin, el reposo que en vano busca sobre la tierra.

En la ciencia todo es superficial; en la Muerte todo es profundo. Esos ojos que decían ayer no más, las cosas habituales de la Vida, cobran de pronto una elocuencia superhumana, ven de un golpe lo que nunca habían visto y hablan un lenguaje que sobresalta y estremece.

La muerte de mi madre sacudió todo mi sér. Era una mujer sublime, un carácter casi perfecto. No era bella, pero á su lado no se echaba de menos la belleza. Una bondad inagotable, que manaba de una fuente de justicia y de buen sentido nativos, hacían

de ella un camarada afectuoso y atrayente. Su perfil era filoso y decidido; su entereza moral tan completa, que no vaciló jamás, ni en la buena ni en la mala fortuna; su paso en la vida, era firme, modesto, pero de una altivez inquebrantable. Desgracias personales de toda índole, labraron y debilitaron su cuerpo; pero su heroismo no se desmintió nunca; fué un modelo de pureza sin petulancia y sin amargura. Caritativa, afable, sonriente, picaresca, llena de ingenio, de sensibilidad exquisita, sin coquetería, generosa, abnegada, ella ha sido el centro de mi afección más intensa; nunca me he hecho á la idea de su desaparición absoluta; frecuentemente la veo, la siento, puede decirse á mi lado, converso con ella en mis sueños, y es una de mis imágenes interiores más familiares. Si pienso en mi muerte, creo que voy á su encuentro; y si puedo hoy felicitarme de no haber bebido irreparables amarguras en mi vida, seguro es que lo debo á la intervención permanente de su recuerdo.

Un muerto así, es un muerto querido é inolvidable. Basta, en cualquier caso de vacilación, pensar en él, idear lo que aconsejaría, lo que desaprobaría, para tomar derecho el camino de la justicia ó de la bondad, y evitarse la alteración de la paz íntima.

Me han enseñado más los muertos, sobre los problemas fundamentales de la existencia, que todos los libros. Habiendo sido testigo de la inquebrantable firmeza de mi madre en los principios que procuran lo que se llama «conciencia tranquila»; habiéndola visto soportar toda clase de mortificaciones, miserias, desdenes, enfermedades, injusticias, calumnias, con la mayor serenidad, irritada á veces, altiva siempre, pero jamás soberbia ni vanidosa; habiéndola visto triunfar invariablemente, á fuerza de bondad y de tenacidad, sin perder el buen humor, el contento de sí misma, no he podido dejar de pensar, cuando llegó su última hora, que quien así había vivido y se despedía de la vida con tanta cor-

dialidad, tenía un rango distinguido en nuestro mundo, y revelaba la existencia de otras leyes que las encontradas por la ciencia y la religión.

Hablo de mi madre, principalmente, porque es un placer para mí el recordarla, y porque es el sér que he conocido más á fondo; pero he estado en contacto con otros espírirus de la misma índole.

Si fueran ciertos los postulados científicos sobre la influencia del medio, todos los hombres, sin excepción, serían pérfidos y malvados; porque el ambiente humano impone la mentira y la rapacidad; y encontramos, contra todas las leyes históricas, séres bondadosos, altivos é inteligentes, que sufren cruentos dolores por ser buenos y afables, y que sin embargo, continúan siéndolo.

No, ciertos humanos tienen una conciencia irreductible, son un modelo que nada altera, y que la Muerte misma se encarga de endiosar, haciéndoles un marco de respeto ó de martirio. Estos espíritus se van,

sin haber aprendido nada superficial, es decir, sín haber cambiado en lo mínimo, el programa con que vienen; y enseñan, indican que hay un camino, puesto que ellos lo siguen.

Mi madre murió joven, cuando recién principiaba á descansar. Sufrió mucho; pero no se irritó, no se resistió. Tan alejada de la petulancia como de la debilidad, no derramó lágrimas ni procuró que las derramaran sobre su lecho de muerte. Tuvimos una última conversación, desgarradora, para mí; me dió sus últimos consejos, le hice una promesa, que luego cumplí, y en seguida me contó que la Muerte la estaba engañando.... Dos veces había creído que ya venía, y se había hecho vestir de limpio para esperarla.

—A la tercera es la vencida, me dijo, sonriendo, y mostrándome con un gesto la tercera muda de ropa, ya preparada «para no dar trabajo después».

—Cuando te toque el turno — agregó, — haz como yo, «cara fea al tigre».

Después, — yo no me atrevía á mirarla, anegado en lágrimas, la escuchaba anonadado — me refirió que si cerraba los ojos y se adormecia, veía una mano blanca y suave, que le ofrecía un gran ramo de violetas turcas, con un ademán tan cariñoso, que ella tornaba y tornaba á buscar la querida visión.

Fué mi regalo á la Muerte, que me arrebataba la madre de mis entrañas. Monté á caballo, y yo mismo las cojí, «las de tallo más largo» — me había ella encargado — de nuestro jardín. Cuando volvía con ellas, un gran ramo, muchos vecinos de la granja me vieron, y quizás pensaron que corría para llevarlas á mi novia, en aquellos momentos.... Mi madre murió así, sin miedo, sin sacerdotes, con el gran ramo de violetas turcas que le había prometido la mano blanca y suave de sus sueños.

Yo sé, pues, lo que es sufrir. Todas las ternuras que he derramado en mis escritos, todas las ilusiones que he conservado á pesar de mis profundas amarguras, la bondad que he demostrado siempre en mis juicios y opiniones sobre la mujer, vienen de esa fuente, manantial abierto á todas las inspiraciones generosas.

Profundo é incurable pesimista, he hablado y pienso mal de casi todo lo que he sabido ó he visto; pero en tratándose de la Muerte ó de la Mujer, el poeta reaparece en mí, y con un aletazo dispersa las negras ó irritadas imágenes de mi Razón. Este desdoblamiento es tan curioso, que difícilmente encontraremos un caso igual. Yo hubiera deseado ser exclusivamente un escritor doctrinario, severo, incorruptible, algebráico, como tendría derecho á esperar de mi cerebro de matemático; pero la otra alma, la sensibilidad, impone categóricamente su dominio, en los casos en que yo querría defenderme más de sus inspiracio-

nes; y lo que resulta de su pasajero pero intenso gobierno, me deja á mí mismo, desalentado contra las severidades de mi alma científica, es decir, de mi alma superficial.

No hay un solo retrato en este volúmen, que no sea la improvisación de una ó dos horas. Todos han sido trazados en la redacción de algún diario, el mismo día ó el siguiente al de la muerte de los personajes. No es por petulancia que ofrezco estos detalles; el psicólogo sabrá apreciarlos, lo mismo que el observador independiente de su propia cerebración. Si en algunos de ellos hay ideas profundas, es la Muerte, quien, de golpe, me las ha creado. Y si se agrega á la rapidez con que he sido poseído por la visión de la Esfinge, la nitidez y seguridad del trazado que ella produjo en el papel, habría derecho á imaginar, — y es mi pretensión, — que yo he sido, en ese como en otros casos, simple

intermediario entre un autor invisible y el público á que él se dirigía.

En algunas ocasiones, una agonía conocida, habrá preparado poco á poco en el espíritu, la tensión necesaria para que la Medalla resultara enérgicamente acuñada; pero se vé, por los casos de Miranda Naón, Carlos Costa, Spencer, Castelar, que la inspiración descendía sobre mi espíritu, con la misma rapidez que la Muerte arrebataba sus presas.

Mis muertos no tienen fecha. Esos detalles no me han interesado nunca. Por otra parte, no tengo tiempo para hacer tales anotaciones; carezco de los elementos indispensables en un escritor de oficio. Tengo pocos libros, y mi horror por los papeles pasajeros, me ha ido privando poco á poco de lo que habría circunstanciado mi propia actuación en la vida pública y literaria de mi país. Mis muertos eran mis contemporáneos, años más, años menos;

y creo que es bastante. Las medidas de espacio y tiempo, para la Muerte, deben ser sin importancia.

He titulado estos recuerdos, MEDALLAS. Quizás es vanidad de mi parte. Pero creo que hay cierto derecho á igualar la condición de las medallas acuñadas por la antigüedad, para rememorar actuaciones políticas, con las imágenes creadas por las palabras, y que acaso durarán más que el metal, como los cuadros de Tucídides ó Tácito.

La medalla fué, en el Alto Imperio, un medio histórico. Mömmsem y Duruy han reconstruido muchos acontecimientos con las medallas encontradas en las excavaciones ó en la roturación de las tierras. Eran verdaderos retratos, de una fidelidad escrupulosa, en breves rasgos, con inscripciones abreviadas que justificaban su existencia. En su origen, todas fueron monedas; pero la creciente cultura de las provincias

romanas imitó poco á poco el lujo de la capital del mundo, que acuñaba medallas conmemorativas de los principales acontecimientos.

Mis MEDALLAS salen de un modesto taller; ningún decreto de Senado ni de Augusto les ha dado derecho á circular. Pero podrían adquirlo, y más firme y eficaz, que si surgieran del más poderoso gobierno. Bastaría que el público las hallara agradables; contienen y prolongan los rasgos de hombres queridos por su bondad, estimados por su ilustración, ó venerados por su patriotismo.

Nunca sintió el autor de estos retratos ó siluetas, interés vulgar en ejecutarlos. Con muchos de sus personajes, no tuvo relación alguna. Si con otros le ligó amistad íntima ó pasajera, sus familias lo supieron apenas por el homenaje espontáneamente rendido; y en muchos casos, no lo agradecieron ni por una tarjeta ni por un sa-

ludo. Muchos fueron recordados bajo el anónimo de un artículo de redacción; en cuanto á los amigos de mi corazón, como Lársen, Romano, Saenz, la medalla llevó en su exergo el nombre del artista que los lloraba.

Estos amigos que aparecen aquí despertados del olvido por un momento, lo han sido de mi espíritu ó de mi corazón. Mi buril se ha ennoblecido tratando de perpetuar sus rasgos. Entrego sus Medallas al culto de los que, jóvenes ó viejos, sientan endulzados sus días de esperanza, con la perspectiva de ser, á su vez, recordados por sus talentos ó sus bondades.

C. Olivera.

Julio de 1909.


LEYENDA



LEYENDA

Los que en el campo de sus recuerdos no tienen un muerto inolvidable, no han recibido de la Vida la impresión total. La ciencia, el arte, la poesía, el amor, la vanidad, la gloria, todo eso es mentira; es cuando más, verdad pasajera, brillantes facetas de una joya fría é insensible, fantasmas atrayentes de un placer que no apaga la sed, que no cura las heridas, que no ofrece almohada de reposo ni al corazón ni á la cabeza. Sólo la muerte es eternamente igual á si misma, muda y, sinembargo, elocuente; á un tiempo nada y todo.

La ciencia y la religión encuentran en la muerte la valla insuperable; «de aquí no pasarás!» dicen los sepulcros; y los muertos, siempre mudos, parecen hablar, sinembargo, de otras vidas, de otros amores, de otras esperanzas. Todo lo que ha inventado el hombre para despejar esa incógnita, es mentira; nadie supo de ella jamás, ni nadie sabrá.

Hemos marchado en el infinito. Los sondajes de la filosofía han sido tan infructuosos como las clarovidencias de los poetas. Las pasiones, los apetitos, las enfermedades, nos ponen un prisma en los ojos; y así nos parece el mundo bueno ó malo, negro ó color de rosa, según lo que sabemos, lo que tememos, lo que esperamos.

Vosotros, los que ya habéis visto morir vuestro muerto inolvidable, ese que no se irá nunca de vuestra memoria, que se cierne sobre vosotros como si os esperara para irse del todo, y al cual os sentís

ligados por un amor extra terrestre, por un lazo que sólo la muerte podría cortar, vosotros sois los únicos que sentiréis la acre voluptuosidad de suspender por un momento el cálculo de los intereses pasageros, para pensar en el fatal mañana, que ha de venir á interrumpir vuestros sueños de vanidad ó á poner término aparente á los dolores del mundo.

Cuando doblan las campanas por los que ya no existen en nuestro ambiente visible, sus lenguas de bronce, unidas en nuestro recuerdo al prisma religioso de otras edades, evocan pasadas memorias de cosas que no hemos visto; el eco de las ánsias superiores que han estremecido nuestra raza se despierta con fuerza en el espíritu y nos hace sentir como la emoción de una presencia cercana que nuestra inteligencia cree imposible, pero que nuestra sensibilidad se obstina en adivinar á nuestro alrededor...

Sueños, quimeras, brumas, ánsias misteriosas, todo queda en nosotros, porque de nosotros viene. Creer ó esperar, pensar ó sentir, el homenaje que surge de nosotros para las sombras queridas, nos llena de recogimiento, de anhelo, de inquietud.

Si la Muerte fuera el aniquilamiento completo de toda memoria en cada sér, la inteligencia humana sería un aumento inútil de amargura. La inconciencia parecería entonces la suma de todos los placeres posibles. Este pensamiento contiene tanta melancolía, que á él se puede atribuir la oscilación que vemos producirse en el espíritu de los hombres que han habitado este planeta, y que los ha mantenido y mantiene en la duda de si es propio de la fuerza ceder á lo que llamamos justicia; ó si vale más gozar de todas las voluptuosidades sin preocuparse de ningún trascendentalismo.

Pero no se puede resolver el problema en ninguno de los dos declives, sin sentirse

atenaceado por sus respectivas consecuencias. Cultivar el placer de un modo violento y apresurado, lleva á una pronta disolución; y un artista no puede amar las inarmonías. Cultivarlo á lo Petronio, con mesura, irónico, despreciativo, es admitir la visión de la Muerte implacable y niveladora, á la mesa del banquete, para que hiele todas las sonrisas y todas las efervescencias.

¿Es dormir, ó es soñar? ¿Hay alguna verdad, ó todo es fatalmente mentira? ¿Hay algo fijo, invariable, ó todo es un pérpetuo cambio, un eterno pasar?

Yo podría decir que tuve la sensación de *vivir*, mientras no ví de cerca á la Muerte. Hasta entonces había evitado de pensar en ella. Me hacía la ilusión de que estaba lejana, y la olvidaba. Me era inoportuna, y la desviaba. La ciencia, el arte, la poesía, la acción, el placer de vivir, me embriagaban. Tenía el alma y el cuerpo llenos de lucha, de admiraciones, de deseos,

de zozobras mundanas, que me producían una fatiga bienhechora. Veía, sin embargo, pasar los hombres y los imperios, nacer los sueños, agrandarse, á veces realizarse, para desaparecer siempre dando lugar á otros hombres y otras escenas. Disecaba cadáveres y estudiaba fibras, composición de tejidos; reconstruía idealmente lo desorganizado, ó lo veía funcionar antes de disolverse; y el detalle me entretenía como una historia ó un drama; pasaba sin detenerme, me deslizaba...

Más tarde, cuando la Muerte me tocó en el corazón, tuve como una brusca sacudida que me hubiera puesto de frente á lo que antes daba la espalda. No me expliqué nada; pero sentí todos los dolores, la opresión, la cárcel, la tiranía, el misterio de una garra hundida en mi sér, la sensación de ser una presa cuando me había creído un par de alas.

La infinita pequeñez de nuestra existencia

se reveló así, no por medio de razonamientos ni de estudios, sinó por un dolor elocuente y expresivo, que iluminó mi senda y me la mostró estéril, oscura, anónima, mortificante, horrible. He necesitado acostumbrarme poco á poco á esa esclavitud humillante, no me he resignado, ah! no, jamás! pero he seguido de muy mala voluntad, airado, protestando siempre en mi interior contra una condición tan dura, sin encontrar nunca, dentro de mi severo pensamiento, un motivo de vivir, que la Razón aprobara plenamente.

Pero los intereses mundanos, sobretodo el deseo de no causar dolores en mi nido, me han empujado poco á poco á sufrir mi condena, á arrastrar un grillete que no he merecido. Huyo siempre que puedo de pensar, y de ser inteligente; pero no lo puedo casi nunca. Por eso abracé las quimeras de los poetas y de los hombres de ciencia; por eso me entregué al estudio con la voluptuosidad de un sediento que aplaca su sed, aunque sea momentánea-

mente, por eso cultivé el arte: por olvidar, por salir de mi mismo... En vano! Frente á la Vénus de Milo tuve un éxtasis, es decír, me sentí anegado en una felicidad tan indescriptible, tan inefable, que la mediocridad de los guardianes me arrancó de ella para llevarme á casa de un médico; porque como nadie sabe lo que es ser feliz, me creyeron enfermo del espíritu. Mi sensibilidad á la música es tal, que he tenido casi que abandonar su culto, porque me exalta, me sublima, me estremece, y me dota de tanta penetración y agilidad, que me fatigo y me hiero.

Se diría, sinembargo, que alguien me cuida, me considera y me evita los extremos inestéticos. Si mi imaginación me lleva á saltos, de un sólo volido á las cumbres menos accesibles, jamás siento vértigos; y hasta podría confesar, sin petulancia, que después de cada sacudida en que creo haber mortificado mis alas contra los barrotes de mi terrible prisión, resulto más tolerante, más paciente, más bondadoso, más dis-

puesto á la simpatía por las debilidades que mi razon condena.

Es, en definitiva, la Muerte, la Inconquistable, la Inconmovible, quien me ha reducido ó me reduce, con frecuencia, á proporciones tolerables. Yo soy un rebelde. Estoy hecho de aspiraciones á la justicia, á la belleza, á la perfección, tan claras, tan netas, tan armoniosas y tan irreductibles, que tasco el freno con rabiosa impaciencia al sentir y, sobretodo, al *comprender* la perpétua miseria de resultados á que está condenado el espíritu humano.

No hay un muerto de mi galeria, que no me haya dado motivo ú ocasión para protestar. Mis himnos son amargos; algunos casi coléricos. Y me he estremecido, á veces, sorprendiéndome pensamientos tan audaces en esos momentos de exaltación, que me ha ganado una especie de convicción de que así presto voz á oscuros

sentimientos, venidos de esa misma región, cuya implacabilidad me desespera.

Ah! si pudiera creer ú olvidar!...

Si el espíritu fuera un algo que vive en el cuerpo como en un vaso, yo me explicaría muchas cosas, que, sin esa hipótesis, me son absolutamente ininteligibles. Me explicaría, por ejemplo, la tenacidad con que cada uno cumple su al parecer fatal derrotero, sin que nada ni nadie lo desvíe. Es visible la irreductibilidad del alma á sufrir, en realidad, ninguna compresión; cuando se plega y adopta la forma de otras, lo hace por estratagema, con la voluntad interior permanente de reconquistar la forma propia, apenas le sea posible. Eso justifica la máscara que se pone el hombre para circular en la sociedad, pero también revela la incomprimible naturaleza de cada yo. Me explicaría la simpatía; cada espíritu es un cuerpo sometido á atracciones y repulsiones propias. Yo he

encontrado almas en este mundo, que se diría que he conocido y amado en otras, durante el infinito del tiempo, y con las cuales me sentía una gran intimidad, una fraternidad completa, que hacía ociosa la palabra. Estar á su lado era para mí un positivo placer, y yo veía bien que lo mismo sucedía á las otras. Con la mayor parte de ellas, el contacto ha sido, sinembargo, fugitivo, y no ha dejado en mi memoria sino una huella leve, sin contornos precisos. Con otras, el contacto ha sido prolongado é íntimo; pero después de cierta época, diríamos de cierta saturación mútua, sin perdernos la estima, hemos sentido la necesidad de alejarnos para volver á querernos.

Me explicaría la repulsión. Choques ó fricciones desagradables, repetidas durante un tiempo inconcebible, diferente composición ó diferente estado de la sustancia que nos expresa ó traduce, podrían, por similaridad con lo que sabemos de la química universal, insinuar un principio de

solución de ese problema, al que debemos la constancia en ciertas antipatias insuperables.

Algunas veces he llegado á estimar gentes que me habían parecido, desde el principio del contacto, un foco de las más odiosas abominaciones; pero otras, mi resistencia ha crecido y crecido á medida que la fatalidad las ponía en mi camino, á tal punto, que no ha cesado ni en la hora de la muerte, y que cuando pienso en ellas, continúo deseándoles ardientemente toda clase de mortificaciones y dolores.

Me explicaría, además, muchas cosas extraordinarias que me han sucedido. Yo he viajado con la mayor curiosidad y atención por mi propio espíritu, recorriéndolo en todas direcciones, deteniéndome en sus desniveles, en sus cumbres, en sus valles, en sus parajes tristes y sombríos, en sus colinas rientes y soleadas; jamás le he encontrado fin; nunca he vislumbrado siquiera sus horizontes; no sé ni donde principia ni donde termina. Lo he medido

en las grandes y en las pequeñas acciones; lo he sentido capaz de todas las flexibilidades; pero se me ha rebelado cuando he tentado el llevarlo á ciertas vulgares vilezas con que mi imaginación lo invitaba. No lo he sentido con miedo de nada, pero sí con repugnancia, con desgano, con acritud de señor, delante de las perspectivas humillantes de lo que podríamos llamar su rango.

En varias ocasiones ha estado tan cerca de la Muerte, que podría haberla temido con razón, y sin que yo lo encontrara por eso ménos altivo. No! ni ha pestañeado siquiera. Donde lo observé más á fondo, con mayor perfección, fué en un accidente de mi vida de ginete. Montaba un caballo, fino según el pedigree, detestable según la realidad; era apático, enemigo del esfuerzo, vanidoso y egoista, incapaz de una audacia ó de una generosidad. Lo había obligado á saltar, contra su voluntad claramente manifestada; perdí la paciencia y lo injurié de hecho; en la lucha, me engañó y se

voleó. Recuerdo siempre el caso; no sentí ningún dolor, ninguna ofuscación, mientras de la altura me precipitaba, con el cuerpo de mi enemigo encima, sobre raíces y troncos de árboles; mis dos hijos, á caballo, presenciaban el lance, presintiendo su gravedad. Antes de caer, contuve sus lágrimas; y apenas caído, creyendo sinceramente destruído mi cuerpo, volví á repetirles «que no era nada», y me arrastré detrás de un árbol para vomitar toda mi sangre... No, no venía; yo la provocaba, para terminar pronto, sin un estremecimiento, como quien asiste á un espectáculo en un cuerpo ajeno. El mío estaba, sí, muy enfermo, no podía tenerme, me desvanecía; caí sobre las rodillas, pero el espíritu era siempre el mismo, sereno, sin emoción secundaria, *sin interés* en lo que sucedía...

Esta entereza me parece signo evidente de una integridad constante; pero ahí cesa mi imaginación de construir sus andamios, temerosa de operar en el vacío. Porque bien sé que la experiencia enseña otros

casos de que resulta una perspectiva contraria. Muchos espíritus que han sentido la Muerte cercana, la han afrontado con indiferencia ó gallardía á veces, y otras le han huído, se han encogido, encontrádose inferiores al lance. Deliberadamente no menciono las ocasiones en que el alma se halla frente á un peligro provocado ó sostenido por el amor propio, como en la guerra ó las contiendas personales, porque creo que ahí no se la puede ver bien á fondo, exaltada como está por la larga série de estímulos sociales. Sinembargo, tengo para mí, como síntesis tomada, no solo de los hombres sinó de otros animales inteligentes, que en el último de los últimos momentos, la gran mayoría mira de frente á la Muerte y no la teme. Lo que hay es que unos necesitan excitarse más que otros, siendo raros los que están siempre preparados para recibirla con serenidad.

Me explicaría, además, esa especie de sonambulismo en que caigo cuando me arrebata la inspiración artistica ó científica.

En esos momentos, no podría decir que me cambio, pero sí que me transformo, que me hago como el éco de voces interiores que me llevan por sendas audaces, con maravillosa seguridad. Amigos que me han observado durante mucho tiempo, aseguran que es imposible escribir en la misma mesa donde yo trabajo, si ella no es estraordinariamente pesada. Dice Enrique de Vedia, por ejemplo, que se siente un estremecimiento contínuo de la mesa, que se comunica al cuerpo de mi compañero como una débil corriente eléctrica; y que ella es á veces tan sensible, que molesta é impide escribir. Lo mismo me han asegurado otros. Mi propia sensación es como si hubiera pasado algún tiempo ausente de mi mismo, sin perder, sinembargo, la conciencia que llamaríamos *exterior*. En ese estado han salido de mi pluma cosas, que, positivamente, yo no sabía; y han aparecído, sinembargo, como deducciones precisas de postulados nuevos ó audaces. Nunca he podido, en realidad, elaborar

poco á poco mi obra, de modo que pudiera decirla el fruto de mi paciencia y erudición. No tengo memoria de lo ajeno. Si repito algo, es inconscientemente; pero me ha sucedido á menudo inventar lo que ya estaba inventado sin que yo lo supiera. Yo me meto como en una mina en busca de nuevo; atravieso la masa de la arcilla común, y guiado por no sé qué instinto ú olfato que me arrastra invenciblemente, voy derecho á los metales ó las piedras preciosas; y algunas veces encuentro, y tan divinas de hermosura y de juventud, que me quedo embelesado, después, cuando las puedo admirar como un lector cualquiera.

Desde hace algunos años, tengo una visión más neta, más precisa, de este fenómeno, y es ella la que me permite hablar de mi mismo con un desprendimiento completo, porque ahora estoy casi convencido de que no soy *yo* quien escribe ciertas páginas, sinó que *me escriben.*

Mi imaginación se complace en idear

explicaciones de un libro que *me ha salido* en esas condiciones; me digo que he sido perfeccionado poco á poco, como intermediario entre el ambiente y un pensamiento que me causa asombro y disgusto y que he terminado por ser la mano dócil que obedece á un guía desconocido, invisible, pero real. Registro continuamente mi espíritu en busca de alguna ligera vislumbre de ese misterio, y hallo siempre la misma respuesta muda, pero elocuente. El libro *no es mío*, yo lo siento, lo sé; pero ha brotado, al parecer, de mi cerebro. Contiene, sinembargo, materiales tan extraordinarios, tan nuevos, tan desagradables, tan hirientes para la conciencia contemporánea, que en vano les busco ciudadanía ni antecedentes. De cuando en cuando le estudio algún capítulo, me lleno de disgusto, me amargo la existencia, y lo dejo, pensativo... La impresión que ha causado á ciertos raros amigos, los de espíritu más fuerte, á quienes he leído alguna página, ha sido uniforme:

el desagrado, el desaliento, pero el asombro, y dominando todo, la *inquietud.*

Hé aquí cómo vino:

Había recibido yo una grave desilusión. Triunfante el proyecto de divorcio, en la opinión—en la Cámara de Diputados se perdió por *un* voto — fuí, sinembargo, abandonado por quienes podían haberme sostenido; á fin de no dejar enfriar el hierro que había costado tanto trabajo calentar, me empeñé contra el Destino, y fuí traicionado. Lo que pasó en mí debe haber sido muy profundo; fué cómo si de repente me hubieran caído todas las vendas de los ojos. Y un día, sin plan, sin voluntad, sin deseos; al contrario, cediendo á una necesidad cada vez más irresistible, *fuí obligado* á sentarme á escribir. Las palabras salían, corrían, se alineaban unas tras otras, como si estuviera copiando un original interior. Las manos me dolían, los dedos estaban contraídos, todo mi sér se hallaba en un momento de extraordinaria efusión, de embargo, de enagenamiento,

como si me hubiera muerto, como si hubiese entrado en otro mundo...

Al día siguiente, más ó menos á la misma hora, otro capítulo, más horrible, más claro, más implacable acaso, que el primero, que era un *Elogio de la Perfidia*.

Durante dos años me entró un tal horror por los libros, por el talento, por el arte, por el espíritu, que me acostaba á dormir, para no sufrir. Puse avisos para vender mi biblioteca; no aparecieron sinó judíos, industriales; la ofrecí á algunos amigos, sin éxito.

Y me hirió de nuevo la Fortuna, con otro grande é inesperado contraste. Y nuevamente me visitó la desconocida inspiración, la tiránica y cruel voluntad de ofender, de humillar, de pisotear todas las ilusiones ó engaños que me hacían vivir; pero esta vez su intervención fué imperiosa, incontrastable. Me revolví y me resistí, hasta el punto de no querer escribir yo mismo. Un casi inconsciente, que no comprendía el sentido de las palabras, me sirvió de

instrumento. La inspiración me arrebataba á cierta hora, pero con tan indescriptible dominio, que, tirado en un sofá, con los ojos cerrados dictaba los párrafos con aterradora seguridad. Así salieron, uno tras otro, 25 capítulos más, todos cortos, concisos, compuestos de sentencias encadenadas con una implacable lógica. Cuatro años hace que lo guardo, esperando órdenes de la voluntad misteriosa que lo dictó. Yo no me atrevo ni me atreveré jamás á publicarlo. Sería un veneno mortal arrojado á la circulación humana, sin motivo, sin encono, sin interés; frecuentemente deseo que algún acaso lo destruya.

Pero si el espíritu no ha vivido antes, sinó vive después de lo que llamamos Muerte, ni comprendo nada ni me explico nada.

Sinembargo, no con la inteligencia, que es un prisma, y por consecuencia, una mentira, sinó con la sensibilidad, que es

un hecho y un eco; si, con la oscura y vaga conciencia de las vísceras, de los nervios, de los gestos interiores, del Amor y de la Esperanza; con el instinto, con la Bestia irreductible y divina que hay en nosotros, me elevo hasta el mundo del recuerdo donde viven las almas de mis héroes, y me reconozco solidario de su bondad, de su belleza ó de su gloria, y á pesar de cuanto veo de absurdo, de vil y miserable en la tierra, continúo creyendo, ó esperando, ó imaginando, que volveré á encontrarme con ellos, de cerca ó de lejos; que cambiaremos una mirada, una sonrisa ó un abrazo, como si fuéramos pájaros de un mismo nido, ó rosas de una misma rama, para seguir, después y siempre, el viaje misterioso á través de las incertidumbres y los dolores, á que parecemos estar condenados. Mi corazón, que presiente ya la eternidad, se despide así de mi espíritu, cada vez más desinteresado de arraigarse donde no halla ni reposo ni esperanza.

Oh mis amigos desaparecidos! Amigos de mi corazón ó de mi espíritu, visiones cercanas, ó pasajeros metéoros deslumbrantes; modestos ó altísimos; reverberaciones de la afección personal ó de mi admiración por el génio; falenios ó libélulas, que apenas dejásteis una leve huella de vuestro paso; altivos cóndores que andubísteis de cumbre en cumbre, visitando prodigios y creando incertidumbres; aquí deposito sobre vuestro nombre mi homenaje de un día, sincero y profundo, deseando que por los siglos de los siglos sea vuestra memoria querida y respetada!





Nicolás Avellaneda ha dejado un nombre inolvidable. Descartando lo que haya de automático ó imitativo en el respeto que le han mostrado las generaciones que le han sucedido, siempre hallaremos un fondo de admiración por su talento, que resiste á toda crítica ú hostilidad por otros aspectos de su figura.

Reflexionando muchas veces sobre su verdadera importancia en el campo de la intelectualidad argentina, he encontrado que su prestigio literario sobrevivirá quizás á su reputación de estadista. La verdad es que los acontecimientos que precedieron y acompañaron su gobierno, impidieron toda iniciativa general sobre la economía del país; y que su política, alta y robusta en



la teoría, tuvo pocas ocasiones de realizarse en hechos positivos, que reflejaran sobre su nombre alguna gran conquista material. Los pueblos se encaminan, cada vez con más decisión, hacia formas de gobierno que desarrollan los elementos esenciales de la naturaleza, y parecen destinados á fijar el concepto de la felicidad en el bienestar y la tranquilidad, no en las emociones de la lucha por la justicia ó la belleza moral.

Es, pues, el Avellaneda literario que irá quedando, cuando el Avellaneda político se borre; y ha sido, en realidad, más hombre de estado en sus discursos que en sus actos. Aquellos contienen el ideal y sobrepasan en mucho á la realidad, es decir, á lo poco que le fué dado realizar.

Yo conocí á Avellaneda, cuando dejó de ser Presidente. Había en aquellos momentos una atmósfera favorable para los hombres de letras. El grupo de jóvenes

poetas y literatos de que yo formaba parte le era conocido, y fácil me fué trabar relación con él, como Secretario de *El Diario*. Era muy afable, muy curioso; le gustaba preguntar é investigar las pequeñas cosas. Se complacía en saber lo que se decía, lo que se murmuraba y tenía una manera muy picaresca de contribuir á la maledicencia. No decía, en esos casos, lo que quería, con palabras, sinó con reticencias hechas de gestos, de subrayas, de ensambles y contrastes acentuados con miradas expresivas ó maliciosas.

Cuando hube ganado alguna parte de su confianza, me invitó muchas veces á que lo acompañara á dar cortos paseos alrededor de su casa; no se alejaba nunca más de tres ó cuatro cuadras.

Una tarde de invierno, ya al oscurecer, lo detuvo en la calle Moreno, á dos cuadras de su domicilio, un joven como de 18 años. Más bien dicho, fué Avellaneda que se entreparó con él, para preguntarle:

—¿Cómo le va, mi amigo?

El joven le respondió «bien» y en seguida le propuso que le comprara otros libros.

—No, pues,—contestó él—esos que le compré están en casa á sus órdenes, y espero que Vd. querrá tener la bondad, eh? de pasar á buscarlos... Yo lo hice por serle agradable, y porque cuando yo era estudiante, eh? me sucedió también algunas veces estar apurado... Vaya á visitarme, que se los tengo allí para regalárselos...

El joven se despidió, y Avellaneda me refirió en seguida, que el desconocido había ido un día á ofrecerle unos libros insignificantes, que quizás sacaba de la biblioteca de su familia, y que él le había dado el dinero que le pedía, porque tenía simpatía por esas oscuras luchas de los jóvenes con los primeros placeres de la vida.

En otra ocasión, Roca, entonces Presidente, estaba de visita; solía ir con frecuencia después de las horas de despacho.

Yo lo había conocido ahí y lo escuchaba siempre con el mayor interés. Desde los primeros contactos conmigo, el General me trató con deferencia, sin posa, sin darme importancia, pero sin disminuirme. A título de pichón de hombre de letras, tenía cierto derecho á la consideración ,y en aquel tiempo, el amor de las letras era un cuartel de nobleza.

Avellaneda, incitado por Roca, que era muy travieso, entró en el capítulo de la crónica ligera, y las anécdotas picantes, narradas por él y por Roca, convertían el momento aquel en muy interesante. Yo, jóven, recien aleteando, era todo oídos. Y justamente, cuanto se trataba de cierta persona muy sonada, y se había referido de ella algunos casos escabrosos, entra el primo, que tenía mucha confianza en la casa...

Las sonrisas y aún las risas se paralizaron de golpe, y el recien venido, que había oído el nombre de su prima, interrogaba nuestras fisonomías, con aspecto

de enojo. Yo que no tenía aún uso del mundo, que había vivido sólo entre los libros, casi pierdo la cabeza, cuando oigo decir á Roca, con perfecta naturalidad:

—Es Olivera el que estaba contándonos una anécdota muy curiosa...

Y la sonrisa y las miradas con que acompañaba esta crueldad, no dejaban lugar á duda sobre su intención de ponerme en un terrible apuro.

—Conste—dijo el otro—que yo no he oído más que el nombre de mi prima.

Entónces Avellaneda, que veía mi embarazo y que había sonreído también al oir la travesura del General, improvisó un cuentito insignificante, que podía haber dado lugar á las risas en que el primo de la criticada nos había sorprendido. Así pasó la cosa sin mayores esclarecimientos.

Avellaneda murió á pocos días de llegar de Europa. Hacía tiempo que no lo veía. Recibí la noticia en camino á la redacción

de *El Diario*. Fuí meditando, mientras llegaba, en el hombre y sus obras. Pocas horas después, salía de mi pluma el retrato que sigue á esta página.



AVELLANEDA

El doctor Avellaneda era un hombre de gustos propios—y en la esfera á que dedicó su actividad, era su fisonomía original y acusada. Sus escritos, por ejemplo, pueden á veces carecer de profundidad y contener ciertas inexactitudes de apreciación ó de detalle; muchas veces se encuentra en ellos figuras usadas, triviales y hasta de un gusto muy pasado de moda; pero lo que hay siempre en todos, lo que los pervade y vigoriza, es su estilo musical, el ritmo particular á que ajustaba las palabras, el suave y siempre oportuno encanto que sabía dar á la más insignificante frase.

Los que han frecuentado su casa, después que los ardores de la política le permitieron ocuparse por entero de las tareas del espíritu, saben cuán inmensa era la erudición literaria del doctor Avellaneda, y cómo había adquirido un gusto peculiar que era como el reflejo de los mejores modelos, y que tenía su originalidad, aún viniendo del libro y no de la naturaleza. Desde el tiempo en que el doctor Avellaneda subió al poder hasta hace unos tres años, la tarea de pulir su espíritu y de acendrar su estilo habíale permitido mejorarlo muchísimo — de modo que en sus últimos tiempos, cuando escribió, por ejemplo, sobre Berryer, era su palabra fluida y elegante sin afectación, pero trabajada exquisitamente; combinaba sabiamente en su estilo la pureza, la gracia, la proporción, la eufonia y el ritmo. Carecía de fuerza, de la agilidad y donosura propias del hombre jóven y audaz y emprendedor; pero en cambio tenía el encanto penetrante del reposo de vistas; y era su estilo un espejo del decir

sentencioso y elevado de los historiadores griegos. No tenía atrevimientos y golpes imprevistos como Platon, pero tenía la calma, la verdad y la armonía de Xenofonte. Había estudiado mucho estos modelos; los leía siempre; y de estas notas fugitivas de que ha dejado llenos sus cuadernos de impresiones, se desprende que su principal inspiración había sido siempre buscada en la fuente sagrada del clasicismo griego; sus poetas, sus filósofos, sus historiadores están siempre presentes en esas notas. Gustaba mucho más del griego que de los romanos, aún cuando su respeto por Cicerón, por Horacio, por Tácito, por Plinio, estallara en sus escritos y en sus conversaciones. Era probablemente que su espíritu religioso, porque era en alto grado poético, se placía más con el griego que fingía creer en los Dioses y entonaba himnos á todas las manifestaciones de la naturaleza, que con el romano descreído ya, filósofo algo cínico, poeta libertino y audaz. Grandemente se equi-

vocaría quien creyera que Avellaneda buscaba en literatura las fuentes del espíritu moderno.

Sus lecturas le habían permitido conocerlo, pero no lo apreciaba; era la antigüedad para él, como solía decirlo, una escuela de gusto literario y de sabiduría política. Lo seducía aquella ciencia profunda del decir que tenían los antiguos; su propia filosofía era vaga como la de Platón. La Biblia con sus incomparables figuras, con su ropaje ámplio, sencillo pero magestuoso, lo habían llevado á adquirir un sentido religioso que pugnó siempre por aliar al elegante panteismo de sus poetas favoritos. Su estilo era una mezcla de todas estas hermosísimas imágenes; pero puede decirse que no solamente ninguno de sus contemporaneos llegó á imitarlo, sinó que era imposible no conocer á Avellaneda á través de su estilo.

Para él era natural hermosear el tema. Recordamos que una vez fuímos á pedirle un libro de Luis Blanc, del que deseábamos

traducir algunos párrafos. Con aquella bondad que lo caracterizaba y que parecía afectada á los que no lo conocían, buscó el volúmen, lo abrió y nos condujo hasta el marco de una ventana, haciéndonos oir allí en español un trozo del autor francés, pero tan admirablemente transformado por la versión, que la elegancia no podía ser más perfecta, las imágenes más frescas y el vigor de la pintura más intenso. Pocas horas después nos convencíamos de que aquel trozo era casi una invención suya, pues él había tomado el tema desnudo, frío, insensible, de una escena de la Revolución apenas bosquejada, y la había transformado con su soplo maravilloso!

Esta necesidad de hermosear la frase lo seguía como un alma doble. En la conversación, en la correspondencia, aun en sus escritos de abogado, empleaba siempre aquella dicción correcta, aquella elegancia y aquella oportunidad especial, que lo distinguían de todos nuestros conversadores y de todos nuestros escritores.

La educación de Avellaneda se resentía de lo que podia llamarse *demasiado gabinete.* Había corrido pocas tierras, había descuidado mucho su caudal de impresiones de la naturaleza; había desarrollado su cuerpo paseando por delante de su biblioteca, con un libro en la mano, magullando una frase, ó meditando sobre los escritos comenzados en su mesa de trabajo. El nervio habia primado tanto sobre el músculo, que este huia como avergonzado y derrotado, temblando bajo el peso aplastador de la cabeza. Su debilidad era conocida; su mala salud venia en mucha parte de la vida sedentaria que llevaba; y había contraído aquel hábito de pasear todo el día por su vasta biblioteca, como una compensación ofrecida á la naturaleza y obligado por la necesidad de poner en actividad su organismo.

La fisonomía de Avellaneda era expresiva, maliciosa, interrogadora; sus ojos

decían siempre con facilidad lo que el labio fino apenas bosquejaba con una sonrisa traviesa. Esta costumbre de moverse poco le había arrastrado á otras, que ya se habían convertido en necesidades para él — y que eran igualmente funestas. Su casa era algo como uno de esos bosques olorosos y enervantes de Tucumán, cuyos perfumes ahogan á los no habituados á vivir entre veneno; respirábase allí una atmósfera embriagadora que halagaba los sentidos y mareaba, haciendo concebir las fantasias que trae consigo el vino generoso, y acaso el *hatschich;* las flores opulentas del jardin tucumano llenaban el patio de su casa, y hasta sus habitaciones particulares; en su dormitorio habia magnolias, jazmines, azahares, araráz; aquel hombre vivia en una atmósfera de carburo de hidrógeno! Doquiera que uno dirigia la vista hallaba interceptado el campo por las hojas inmensas de plantas tropicales, de entre cuyos brazos arqueados salían flores fragantísimas. Avellaneda respiraba el per-

fume con delicia, y decia que él se sentía bien en esa atmósfera, y que sin ella no podría vivir. La naturaleza había sido tan contrariada en él, que se veía obligado aún á comer caminando, siendo su apetito casi nulo. En el hogar, era Avellaneda un hombre bueno, sencillo, afable, cariñoso con su familia. No lo hemos creído nunca un *causeur* precisamente; tenía más bien el arte de hacer hablar á los demás, y siempre se nos ocurrió, viéndolo en su salón rodeado por tantos hombres distinguidos, á los que sabía hacer producirse y lucir sin que ellos lo sospecharan, que tenia algo de aquel talento de que se jactaba Sócrates: el de *accoucheur des esprits*.

Hasta el momento de partir, dió á la cuestión de su vida y de su enfermedad, á las esperanzas de su curación, poco ó ninguna importancia; no se ocupó sinó rara vez de ella en sus conversaciones, y eso para responder á las preguntas que le hacían. ¿No lo preocupaban en realidad, ó con los ojos fijos en sus ideales perdía

de vista lo terreno, lo inmediato, lo contingente? Su fisonomía misma rehuia esta pregunta ansiosa de sus amigos, á la que respondia mucha veces hablándoles de lo eterno, es decir, de la patria, de su porvenir, de sus progresos, de nuestras inquietudes y de nuestras esperanzas.

Puede decirse que á Avellaneda ha matado la falta de lo que Carlos Baudelaire llama «la higiene de los hombres de pensamiento».

Quiso recorrer su ciclo demasiado aprisa, y hoy lamentamos esta premura que nos priva de uno de nuestros más distinguidos literatos. Su obra queda en pié, sinembargo, como una columna que desafia al Tiempo, para recordarlo á sus conciudadanos y á las generaciones venideras.



Conocí á Lugones, exactamente como lo digo en su *Medalla*. Era un muchacho de pobre físico, pero todo energía. Poco después de hacernos amigos, me entró el deseo de estudiar medicina; él estaba en primer año y yo me puse á estudiar en sus mismos libros, y á recibir las explicaciones que él retenía de sus profesores. De cuando en cuando iba al hospital, el único que había entonces; nos hacíamos dar brazos, piernas, cabezas de cadáveres y disecábamos en casa, en mi cuarto, que era biblioteca, dormitorio, templo del arte, taller de traducciones y composiciones, etc. Fuimos íntimos. Paseábamos juntos, poco,

porque éramos avaros del tiempo, y lo dedicábamos ansiosamente al estudio.

Una vez lo engañé, pero en circunstancias tales, que siempre me sorprendió cómo su clara inteligencia lo abandonó tan completamente. He aquí el caso:

Yo nunca me había ensayado como comediante. No sabía que tenía un tesoro de elasticidad. Y un día, regresando con Lugones, en el tramway, de vuelta de la oficina donde trabajábamos, se me ocurrió principiar á fingir una violenta embriaguez. Suponía que él conocería mi mentira. No nos habíamos separado en todo el día, no habíamos entrado en ninguna parte, habíamos subido al tramway perfectamente tranquilos, y á mitad de camino me viene aquel deseo, por ociosidad.

Pero fuí imaginándome poco á poco que estaba realmente ébrio — cosa que no he podido conseguir nunca, á pesar de haberlo provocado algunas veces (perdón!)

—y como Lugones me criticara mi tontería y los pasajeros me encontraran ridículo, porque creían, como él, *que los quería engañar*, me obstiné, y por escapar á una situación absurda, quise prolongar mi simulación hasta que nos tocara bajar del vehículo.

Pero fué tal la perfección con que seguí mi juego, ayudado por el conocimiento de las leyes cerebrales, que ya entonces conocía en parte, que me vino una especie de borrachera *muscular*, diré así; aflojaba los extensores faciales; las comisuras de los labios parecían impotentes para contener la baba que producía mi charladero contínuo, y mis ojos lloraban, y todo mi cuerpo estaba bajo la presión de un enervamiento admirablemente mentido. Mientras tanto, yo asistía con mi *yo*, íntegro, claro y despierto, á aquella farsa de mi cuerpo, y me encantaba de mi habilidad. Lugones vaciló mucho; me preguntaba:—«Pero dónde, cuándo has tomado?», y yo negaba, por supuesto, y trataba de fasci-

narlo, pidiéndole que no me abandonara en ese trance, que no sabía lo que me pasaba; habia adoptado no me acuerdo qué *leit motiv*, y con toda certeza sobre el efecto que debía producir, envolvía mi cháchara alrededor de un eje principal y absorbente...

Al fin, el pobre Lugones se la tragó, y nos bajamos, ayudándome él á no caer, en medio de las cruces que se hacían los demás pasajeros al presenciar aquel escándalo. Yo no podía más de la risa, y de cuando en cuando, fingiendo incoherencia, estallaba en carcajadas casi convulsivas, que me descargaban, y me permitían seguir la simulación.

Lugones se apresuró á comunicar á mi madre lo que pasaba, con toda clase de precauciones; yo no me atreví á desengañarlo, porque temí que se enojara, que la burla le pareciera demasiado grosera; el amor propio es enemigo de la amistad.

Me dejé caer en una silla, mi madre lloraba desesperada:—« ¡Carlos en este estado!... » decía.

Lugones se devanaba los sesos buscando *cómo* y *cuándo* había podido yo beber; pero se apresuró á dejarnos sólos.

Apenas sale, me arrojo en los brazos de mi madre, me pongo á reir, pero á reir de tal modo, con tal gana, que mi madre se sentía morir de la vergüenza. Mi borrachera era tan profunda, que me causó trabajo volver mi cara y mis miembros á su estado normal. Ella se negaba á créer en mi relato,—también había conseguido engañarla, — hasta que tuve que ponerme sério y decirle:—Mira, para que te convenzas, te voy á escribir lo que quieras, ahora mismo, y verás si un borracho puede tener mi cabeza.

En efecto, poco á poco, creo que la convencí, porque como no podía cesar de reir, mi alegría resultaba sospechosa. Nunca insistí mucho para que Lugones supiera la verdad, y mi madre, que era

la más empeñosa en conseguirlo, pasó, naturalmente, como una madre que desea tapar la falta de su hijo.

Lugones habría sido un hombre de ciencia, de gran valer. Tenía espíritu recto, probidad completa y gran amor por el estudio. Como él dejara su medicina, yo también la dejé. Podía haber dado su 5° año, pero me parece que dejó en el 4°. Yo seguí y él también, pero cada uno por su lado, estudios superiores sobre el sistema nervioso. Tenía gran inclinación por la sociología. Cuando se enfermó, habíamos principiado á estudiar el alemán, sólos; no teníamos cómo pagar maestros, lo que es una suerte, para el que quiere aprender.



BENIGNO B. LUGONES

. . . Oh starry hope
That did'st arise
But to die!

Poe.

De la dirección de *El Diario* y de nuestros compañeros hemos recibido el encargo doloroso de representarlos en este caso fúnebre. ¡Vaya pues nuestro espíritu á gemir sobre la tumba del amigo que desaparece para siempre!

Hace un par de años, apenas, cuán lejos estábamos de pensar que esta inteligencia brillante, que este espíritu poderoso iba á extinguirse prontamente! Al sentir las emociones vibrantes de su talento, al ver tanta

lumbre en sus ojos, tanto calor en su palabra, tanta elocuencia en su instructiva conversación, nos afirmábamos más que nunca en aquella especie de confianza inexplicable que había sabido inspirar en quienes lo conocieron, acerca de su porvenir. En efecto, nada que fascine y engañe más sobre los misterios del destino, que estas naturalezas inquietas, fogosas, dotadas de un ardor inextinguible por la verdad y que entran en la carrera de la vida con la pujanza y la fiereza de un héroe antiguo, moviendo con placer sus energías en todos sentidos, como miembros deseosos de luchar, aspirando á plena boca el aire áspero de la controversia, lanzando á la tierra y al cielo miradas de curiosidad que van hasta lo recóndito.

Se le veía así, en la completa florescencia de su juventud, y se pensaba con respeto en la parte gloriosa que estaba llamado á representar en la existencia humana. Y dos años más tarde, todas estas promesas para él, para su familia,

para sus amigos, para su país, se han desvanecido completamente!... Mengua y tierra es la vida!

Aquel arco tendido, aquella palabra sincera, cálida, desbordante de penetración, de elegancia y de fuerza, aquel espíritu soberbio, águila de todas las alturas, que franqueaba los picos de la historia, de la filosofía, de las letras, para pasearse por los ciclos del mundo, visitar sus teorías más atrevidas, aquel corazón leal y generoso que buscaba la verdad con la mano abierta y la visera levantada, no es hoy para sus amigos, más que un recuerdo doloroso, que desalienta y pone sombra en los pensamientos.

De aquellos amigos de los veinte años, Oscar Knoblauch, Benigno Lugones, no queda ninguno. Aquel, ofuscado por los mirajes que entró á contemplar demasiado pronto, se suicidó; este ha sucumbido con estóica constancia á los golpes de una insidiosa enfermedad. ¡Y qué dos inteligencias, qué dos esperanzas!

Porque, ¿quién sabe adonde habría llegado Lugones, encendida como tenía el alma por todos los ideales profundos del hombre moderno? Tenía la virtud del estudio y la modestia de un sabio. Nadie mejor que él sabía que la grandeza reposa sobre el trabajo. Ejemplo digno de imitarse por la juventud de nuestra época, nunca se vió á Lugones perder el tiempo en afeminadas diversiones, ni en pláticas de damiselas, ni en frivolidades de ninguna especie. Fué para él, dura, la enseñanza de la vida. A la hora en que los demás se divierten todavía, ya era él un hombre de pensamiento sério, de graves atenciones en el hogar. La desgracia le había templado el espíritu como una hoja de Damasco.

Hallábase aún en la edad en que según Tucídides, necesita el hombre benevolencia y consejos, cuando ya era el maestro y ejemplo de sus compañeros. Hombre moderno, era el tipo de estos tiempos de febril ansiedad, de fatales precocidades, de

dolorosísimas luchas entre las antiguas virtudes que desaparecen para siempre y los vicios nuevos que adelantan y van corrompiendo todo.

Tenía encarnados en el espíritu, los ideales sencillos pero severos, simples pero altivos, de la más avanzada filosofía moderna. Su concepción del mundo era tan grandiosa y tan esplendente, que rechazaba como indignos hacedores de tan grande obra, á todos los dioses inventados hasta ahora por la inquietud humana, ansiosa de postrarse ante las maravillas de la naturaleza.—Vagaba su alma atrevida por los espacios del pensamiento, atravesaba los mares conocidos, pasaba las cimas de la historia, sacaba rápidas lecciones dolorosas de las civilizaciones antiguas, y de allá arriba, con mirada serena, dominando el pasado, fijo en el presente, se debatía como un león joven, lleno de esperanzas de triunfo, contra las desoladas verdades que entreveía, la fatalidad, la inanidad del libre arbitrio, la

nada humana, el misterio insondable, la absoluta desesperanza de resolverlo jamás!

Pobre Lugones! Muchos hemos partido para disputar el premio de la carrera, todos con igual sincero deseo de hacer refluir el honor sobre nuestra tribu y nuestro país, como el atleta antiguo; muchos se han desalentado y quedado á mitad del camino; otros han muerto, como tú, como Knoblauch, como Adolfo Mitre; otros sienten vacilar sus piernas cuando recuerdan el cruelísimo destino que ha cabido á los tres!

Cuando vemos morir un hombre que ya había cumplido más ó menos, su parte de labor en la tierra, que ya había amado y sido correspondido, que ya había sentido abrazar su cuello por las manecitas de los hijos, que ya había hecho feliz á una familia, que ya había merecido confianza ú honores de sus conciudadanos, que ya había mostrado, en fin, lo que era, lo que podía dar de si, es justo que lo lloremos y que su desaparición nos cause sentimiento.

Al fin, la muerte es la ley misma de la vida y ese hombre cae bajo el destino común.

Pero la muerte de un joven, todo luz, todo ilusiones, lleno el pecho de impetus generosos, en plena preparación, al salir recien para recorrer el estadio, produce desaliento, hace estremecer y trae lágrimas á los ojos.

Lugones venía, como muchos héroes del pensamiento, de humilde cuna. No lo habían recibido, ciertamente, en la vida, ni brazos de princesa, ni ropas albas de cambray. Todo él se debía á si mismo, y á su familia, una desgraciada señora y una hermana ejemplar, en las que no podemos pensar hoy sin que se nos oprima el pecho y se nos corte la palabra. Y qué luchas para ser lo que fué! Sacrificios de toda especie, batallas inauditas en que su amor propio de joven quedó profundamente lacerado, batallas contra las preocupaciones

religiosas, sociales, contra las costumbres, contra la tradición; todo lo sufrió estóicamente, alegremente, con orgullo, sintiendo levantarse su dignidad íntima de hombre al par que caía su reputación de dandy. Economizaba sobre el hambre y la sed, para tener libros, allá por el año 74. Fuimos en aquella época compañeros de una oficina de la Jefatura de Policía, y más jóvenes que él, sin su anhelo poderoso en el espíritu, nuestro primer movimiento á su respecto, fué de desgano. Eran tan pobres sus apariencias, y es tan egoista el espíritu humano!

Pero el aislamiento en que se le tenía, nos llamó después á su lado. Fué como una trasformación divina. Todo lo que hoy poséemos en capital de esperanzas y de amor al trabajo, nos lo dió él. Antes de conocerlo, habíamos sido tan efímeros como el que más. Pero en cuanto nuestros dos espíritus hubieron hecho comunión, abandonamos completamente el rumbo que seguíamos y lo cambiamos por el que nos

marcó su alma avasalladora, encendida de ideal, consagrada á la verdad, irónica como la de Sócrates, y deseosa de mostrar á las otras el camino de la nada humana, á fin de orientarlas hacia el bien.

¡Cuántas lecciones desde entonces, recibidas de su caracter, de su insaciable amor del saber! Cuatro ó cinco años después, éramos todavía inseparables; habíamos principiado esta amistad de que ahora nos enorgullecemos, de un modo que él, ¡tan bueno! no olvidaba nunca. Andaba él, apenas vestido, nosotros, vergonzosamente correctos y hasta con reloj y cadena. Tan generosos impulsos nos llenaron el alma, que aquella ofensiva desigualdad desapareció á los pocos días, de modo que pudimos andar del brazo, oscurecidos en una modesta pero limpia pobreza; en cambio, tuvimos el primer Büchner, el primer Spencer, el libro de Bagehot, los tres principales volúmenes de Darwin. Por la noche, en el patio de la casa de Knoblauch, recibíamos ambos las explicaciones y ampliaciones de

este otro espíritu brillante, que también se fué y que había entrado á fondo en los dominios de la química y la física. ¡Qué noches! qué inolvidables recuerdos!

Después, vino el viento borrascoso que nos separó á los tres. Knoblauch se fué á Europa, ya revuelto su hermoso espíritu por la locura, Lugones pasó á *La Nación* y nosotros á *El Nacional*. A medida que su talento maduraba, crecía su afán por el estudio, y los frutos que principió á dar, hicieron ver bien pronto, cuán luminosa y alada sería su carrera. Si Lugones hubiera vivido, habría triunfado, seguramente. Era de la arcilla que se hacen los buenos escritores. Al tiempo de morir era ya una promesa, el primero de su edad, por el conocimiento del lenguaje, la mesura de sus ideas y su caudal de ciencias política y literaria.

Con su muerte pierde *La Nación*, el mejor de sus colaboradores jóvenes, su

familia, el tronco robusto y único que la sustentaba, sus amigos un orgullo del porvenir y un corazón leal. Después, todos los que aman, todos los que sufren, todos los que piensan y batallan, todos los que luchan por la independencia del pensamiento, pierden en el querido Lugones que desaparece, un alma fuerte y vibrante, que hubiera gemido y luchado con ellos por todos los ideales altos y generosos.

Recuerdo para su nombre en la tierra!



Alberto Navarro Viola era un caracter saliente, inquieto, sin ser irónico ni pesimista. Era muy laborioso. Su pequeño cuerpo no estaba en proporción con sus aspiraciones. Buscaba el triunfo de la verdad y de la probidad, con ardor, con empuje, sin que lo arredraran dificultades. Su modelo interior era muy severo. No hubiera sido un político en nuestro país; pero tenía todo el corte de un hombre de Estado. Tuve con él, breves pero intensos contactos. Era el más serio entre muchos trabajadores. Una noche, pasadas las 12, sentí pasos jóvenes en mi ventana. Vivía

entonces en la calle San Juan, y mi dormitorio y mi pequeña biblioteca estaban reunidas en la pieza que daba sobre la calle. Abrí; era un grupo de paseo, del que prorrumpieron carcajadas, ironías y bromas. Con Navarro Viola, iban Araujo Muñoz, Eduardo Saenz, Adolfo Moutier, Lugones, y algún otro.

—Déjanos entrar!....

—Bueno, pero con juicio, mi madre está durmiendo.....

Y entraron, en tropel, á pesar de la recomendación. Teníamos veinte años..... Alberto Navarro se dirijió al libro que yo estaba estudiando. Era un volumen de Spencer.

—Bravo Literato! (era mi apodo) me dijo. Mientras nosotros andamos de baile, Vd. está trabajando..... Pero no abuse, cada edad tiene sus placeres.

Después, rápidamente, pasó en revista mis libros, que eran unos cuantos.

Son pocos,—dijo—pero buenos.

Sus compañeros, con quienes yo tenía más intimidad que con él, lo escuchaban con gran deferencia, le reconocían capacidad y caracter; lo querían mucho; y su muerte nos causó á todos un verdadero dolor.



ALBERTO NAVARRO VIOLA

Toman demasiado impulso en la carrera, estos héroes, y no llegan! Al verlos salir á la arena, apremiados del deseo glorioso de combatir y de vencer, se les creería conscientes de antemano, de su corto destino—tanto luchan por distinguirse en el pequeno trayecto que recorren!

Apenas contaba 18 años Alberto Navarro Viola, cuando su nombre principió á fulgurar en las revistas literarias, en la sección poética de los diarios, en las conferencias de literatura, en todas partes donde ardía la antorcha de la inteligencia humana. Desde entonces, aquella cifra que

aparecía debajo de sus producciones juveniles: A. N. V. fué para los aficionados una señal segura de originalidad, de frescura, de libertad de pensamiento. Se le discutió como un nuevo héroe de la juventud; fué negado por unos, exaltado por otros, hasta que al fin, ganó todos los sufragios porque tenía un alma verdaderamente grande, un corazón generoso y sincero, que vibraba con todos los dolores y se apiadaba de todas las miserias. Entre los jóvenes poetas de su generación, no hubo ninguno que persiguiera con el verso, objetos más altos, ideales más dignos, ni que llevara con mayor varonía el pendón de la libertad de conciencia, agitándolo por los aires con legítimo orgullo.

Era su espíritu apasionado, pero tenía indeleblemente en su fondo, cierta melancolía y amargura que colorearon siempre sus producciones poéticas. Más que los desengaños de la vida y la triste esperiencia del que ha padecido muchos dolores, veníale esa amarga ironía á los labios, de un

recuerdo doloroso que no se presentaba á su mente, sin que formulara una queja contra lo Desconocido: la imagen de la madre adorada, muerta sin que hubiera tenido tiempo de conocerla y abrazarla, lo había preparado para mirar casi con hastío todos los placeres.

¿Quién no recuerda aquella tierna dedicatoria que le hizo de sus últimos versos publicados, y aquella íntima y respetuosa confesión de sus dolores de hombre, que no hubiera sentido tan pronto si la hubiese tenido á su lado? En esas poesías donde Navarro Viola abandonaba el convencionalismo literario, y cuidándose poco de la forma, dejaba gotear sus lágrimas como otras tantas perlas brillantes que el verso ataba en un collar, era donde su corazón se trasparentaba y su espíritu obligaba al cariño y al respeto.

Navarro Viola representaba más que ningún otro, esta época de altísima presión, de premuras y de sorpresas, de curiosidad insaciable, de mil apetitos que

surjen en confuso remolino, de infinitos excitantes que solicitan en infinitas direcciones contrarias el cuerpo y el espíritu. Vivía más que de prisa; vivía en fiebre, ora hundido entre los libros, ora sumergido en el trabajo, pero siempre en actividad, en constante y fatigosa inervación.

No iba detrás del dinero, al que daba despreciativamente con el pié, ni detrás de todos los placeres, que lo cansaban aún antes de probarlos; tenía el alma poseida por una inestancable sed de novedad; perseguía lo nuevo, lo desconocido, con una ansia febril. Y así arrojaba sus impresiones en ritmos sonoros, y á la carrera, como quien se deshace de un peso inútil para andar más lijero.

Buscaba la verdad, iba detrás de ella en una lucha desesperada de velocidad, y como quería adivinarla, ya que no tocarla, su ardor crecía á medida que ella le escapaba. Tenía un amor ardiente y puro por su familia, donde para él residía su altar más venerado; su culto por el arte y

su natural honradez de pensamiento, lo acercaban á la verdad tan deseada; pero la duda sobre lo Eterno Desconocido lo hería sin piedad, impulsándolo á andar siempre sin reposar jamás.

De aquí su pobre naturaleza física; aquel desarrollo extraordinario del espíritu quitó el vigor á su cuerpo; era que se adelantaba aún á las necesidades modernas, convirtiendo toda su sustancia en nervios y en cerebro. Y pensar que todo esto no lo hacía por sí, ni por encumbrarse personalmente, ni por la ambición legítima de hacer sonar su nombre como un heraldo de la grandeza humana!..... Tenía un superior desasimiento de sí mismo, un afán de todo lo que no era él, que lo hacía olvidarse y como borrarse de su propio recuerdo. Hacía todo por saber para los demás, para prepararse á una lucha que veía venir, y en la cual, tanto trabajo acumulado, tanta fatiga sufrida, serían de beneficio para sus amigos de cerca y de lejos.

¡Cuantos que en este continente lo co-

nocían por sus libros, por sus artículos, por sus cartas, lo creerán de una edad doble de la que tenía! Esa extraordinaria competencia, demostrada en el *Anuario* en que pasaba revista rápida pero intensa, á todas las producciones científicas y literarias de nuestro país, le habían merecido artículos sérios en la prensa europea—pero seguramente sus autores no imaginaban que el hombre que hacía todo esto, que conocía la mayor parte de las lenguas vivas, que era poeta culto y erudito, abogado, Secretario de la Facultad de Derecho, periodista ardiente, no contaba aún 29 años de existencia!

La muerte lo ha sorprendido en mitad de la carrera; era una flecha partida del arco, que ha caído antes de tocar. Había dado últimamente un adios eterno á su excepticismo juvenil, para unir su vida á la de una delicada y gentil criatura; había puesto orden en sus negocios; se preparaba por fin á descansar, á gozar plácidamente de sus libros, en medio de su fa-

milia y de sus amigos, en el seno de la confianza y de las comodidades. Y de pronto, en medio de estos proyectos de ventura, nos lo ha arrebatado una terrible enfermedad.

¡Qué tres espíritus desaparecidos en menos de un año! Benigno Lugones, Adolfo Mitre, Alberto Navarro Viola — cuánta esperanza tronchada en germen! Ellos, que eran los diamantes de primera agua, entre esta juventud que contiene en sí la suerte futura de la patria, han sido también los primeros en abandonar las filas de la vida. Mal sistema es este, que los buenos y los grandes se vayan de entre nosotros antes de luchar, como asustados de la obra que les habría cabido!

Más, así como no han perecido ni perecerán los recuerdos de Lugones y de Mitre entre los que fuimos sus amigos, no morirá tampoco Alberto Navarro Viola. Si su cuerpo se ha ido á retrasformarse en el eterno laboratorio de la naturaleza, quédanos su espíritu, sus cantos á la li-

bertad de la conciencia humana, sus gemidos sobre la tumba de la madre que no conoció, sus himnos á lo grande, á lo bello y á lo noble—y por arriba de todo, su corazón, en el que cabían todos los afectos venerandos, y su ambición de perfeccionarse para dar lustre á su país. Los que quedamos, debemos imitar estos modelos, que así continuaremos honrando la memoria de los seres elegidos, y arrancaremos de las garras de la muerte lo que ella no tiene derecho de llevarse consigo.

Hondo vacío deja Navarro Viola, y toda su generación llevará luto por su caída. No trataremos de mitigar el dolor de los que le lloran, porque recordar su temprana muerte, es seguir cavando la fosa de las lágrimas. Pensamos en el *más allá*, en ese eterno problema que la inteligencia no puede resolver, y que tanto lo atormentó á él en vida—y abandonándonos á nuestro deseo de perpetuar su recuerdo en el tiempo, contemplémoslo como una imagen lejana, pero no desaparecida!



Sarmiento era un hombre muy afable. A los 22 años, era yo Secretario de *El Nacional*, uno de los diarios que la opinión respetaba más, allá por los años 1880 á 84. Sarmiento iba con frecuencia á la redacción, donde se encontraba con Aristóbulo del Valle, Miguel Cané, Lúcio López, Mansilla. Le gustaba corregir él mismo sus artículos y léerlos, á cualquiera; en tales casos, buscaba una mirada inteligente, una conciencia expresiva, y escuchaba los gestos del auditor. Algunas veces se servía de mí. Pero, naturalmente, mis mayores lo acaparaban; y no creo que nunca tuviera ocasión de fijarse especialmente en el «jóven Secretario».

Los recuerdos brotaban de su conversación, en tropel. Se detenía con frecuencia en cada párrafo, para hacer comentarios ó glosas de su pensamiento.

Alberú, el Director, era un espiritu fino, laborioso, y que vivía con la inquietud de las diversas necesidades de su diario, sobretodo, con la inquietud de la hora. Como Sarmiento no corregía muy bien, y se tardaba demasiado, Alberú se brindaba para hacerlo; la redacción de aquel tiempo se hacía en una pieza, y gracias! Naturalmente, todos teníamos que interrumpir nuestra tarea para seguir al escritor en sus vuelos geniales. Aquí los apuros de Alberú, sus miradas elocuentes á los cronistas, su apelación á la probidad del Secretario, que no debía aprovechar de sus afecciones literarias para embelesarse y descuidar el trabajo.

Un Secretario, en aquellos tiempos pobres, era algo sublime. Yo tenía que pintar los crimenes más conmovedores, hacer la acotación del precio de los frutos del país,

traducir ciertas informaciones del *Standard*, contestar algunos ataques politicos ó periodísticos, ocuparme de la crónica social, asistir un rato siquiera á los bailes para poder describir las toilettes y anotar los nombres; llenar la sección literaria con recortes, traducciones ó cosas propias, corregir algunas pruebas si el corrector estaba atrasado, correr, disparar, á ciertas oficinas de la administración nacional, entrevistar personajes... en fin, una tarea de abnegación. Alberú era el motor de toda la máquina, y trabajaba, él solo, por diez Secretarios.

Sarmiento se alejó despues del fracaso de su candidatura á la Presidencia, y no recordaba mi fisonomía. Poco antes de marcharse al Paraguay, nos encontramos, no me acuerdo en donde. Yo era entonces Secretario de *El Diario*. Como io escuchaba con mucha atención, él se complacía de verme tan ávido de oirlo, y dimos en que lo acompañara muchos días seguidos, á pasear, y á hacer compras para su proyectado viaje.

Recuerdo que se detuvo una vez en un almacén por mayor, de la calle Cuyo, en donde, á la sazón que pasábamos, estaban descargando cajones de pasas de uva.

—Supongo que serán de San Juan? dijo Sarmiento, encarándose con uno de los dueños de casa.

—Si señor, contestó el interpelado.

Gran charla y una interesante conferencia sobre el tópico, con conocimientos que lo hacían escuchar como un oráculo. Después eligió y compró él mismo una sartén para freir una docena de huevos, que me aseguró que nadie los hacía mejor que él mismo. Dicen que Sarmiento era un gran comilón y que efectivamente comía huevos en abundancia, sin sentirse indispuesto. Él no me preguntaba nada, ni sabía cómo me llamaba; me admitía para escuchante y admirador; era un génio absorbido por la multitud y la grandeza de sus pensamientos.

Era yo Director del *Buenos Aires* de La Plata, cuando Sarmiento murió en el Paraguay. La noticia llegó por telégrafo, á los diarios de la mañana; esa misma tarde apareció el artículo que vá á leerse en seguida, que nunca he tenido tiempo de corregir.

Los que siguen son homenajes hechos en el aniversario de su muerte, — ocho años después — y en la inauguración de su estátua en Palermo. Aparecieron en *Tribuna*, de donde yo era Redactor.



SARMIENTO

Manibus date lilia plenis.

Sarmiento ha desaparecido; pero nunca mejor que en esta ocasión puede aplicarse esa vieja fórmula consagrada para los que dejan trás de sí, al bajar á la tumba, un recuerdo de luz inextinguible.

En efecto, si el Sarmiento físico ha dejado abandonado el mundo de los vivos, nos queda en cambio el Sarmiento intelectual — la inmensa, la sublime figura del más grande de los hombres públicos argentinos. Medido por la influencia que ha tenido su genio sobre la civilización de América, Sarmiento no puede ser paran-

ganado á ningún otro prohombre de este continente, porque los impulsos que se le deben son de aquellos que no emergen de las circunstancias, como los de San Martín y Belgrano; no son la expresión de necesidades públicas que crean generales ó héroes ó estadistas. La absoluta diferencia que destaca su fisonomía, de la multitud de nuestros grandes hombres es precisamente esta: Sarmiento no es un representante de su tiempo ni de su civilización; es, al contrario, sintéticamente hablando, un impulso de afuera, que entra en el pueblo argentino, y precipita sus energías en el sentido opuesto al que llevaban. Sarmiento ha estado siempre en opocisión con sus contemporáneos, batallando por radicar reformas y progresos que no eran propios de la época, luchando por infiltrar, en los hombres y las cosas de su país, ideas y movimientos que reflejaban las civilizaciones adelantadas del viejo mundo. Como todo genio — porque Sarmiento ha sido genio *jusqu'au bout des*

ongles—sus esfuerzos han producido perturbaciones: las suyas han sido políticas, sociales, literarias. Toda su existencia se ha contraído á sembrar gérmenes, de los cuales muchos han florecido ya, estando otros en incubación, y gran parte relegados al olvido por temor de que enseñen demasiado.

Desde que aparece en la vida pública argentina, su existencia es un anacronismo palpitante.

Nace bajo el gobierno de Rozas y en época sombría, entre los terruños de San Juan, estudia lenguas extrangeras, concibe libros de alto vuelo, que nadie hubiera podido leer entonces; y como un fuego fatuo en medio de las ruinas, su figura principia á circular, á deslizarse por los resquicios que el régimen del terror dejaba al libre pensamiento, — á crear, á despertar energías en los muertos políticos, á resucitar el alma en el vasto cementerio de la Nación.

En la época de la mazhorca piensa en fundar escuelas, idea peregrina que por sí

sola lo hubiera hecho inofensivo para la tiranía. La enseñanza al lado de Rozas y de Quiroga! Fecundada su provincia natal, la abandona á la evolución progresiva del impulso que le ha comunicado, y obedeciendo á la necesidad de los tiempos sangrientos que atraviesa, empuña la espada y se bate denodadamente, hasta tener que emigrar á Chile; y allí dilata, difunde en círculos infinitos la divina inextinguible energía que lo anima y que debe producir en América el grandioso incendio de la revolución, porque los que hacen en realidad las revoluciones, no son los militares, sinó los escritores. Ellos echan á volar por el aire que se respira las ideas, que son siempre antecedentes de las acciones, que son sus verdaderos y únicos motores. Los militares son músculo, los escritores son nervio. Conversaciones, discursos, artículos, folletos, conferencias, polémicas, traducciones, todo surge en Chile de Sarmiento, como lava de volcán, y se derrama sobre los hombres atentos y sobre los espíritus

ansiosos, preparándolos para la sagrada investidura de la independencia. Hemos pronunciado la palabra! Hay dos clases de independencia, como hay dos clases de héroes: la que Sarmiento ha proclamado toda su vida es la independencia del espíritu, que puede continuar creciendo aún cuando el cuerpo esté aherrojado en una prisión, mientras que la libertad del cuerpo no es á veces sinó irónica compañera de la prisión de las almas.

América ha tenido las dos clases de trabajadores que eran necesarios para conquistar su derecho perdido: los hombres de espada y los hombres de pluma. A la cabeza de los militares hay figuras distinguidas y supremas, como las de San Martin y Bolivar. A la cabeza de los escritores brillan: Alberdi, Moreno, Echeverría; pero el astro que tiene órbita mayor, cuya fuerza viene de más lejos y cuya atracción es más potente, es Sarmiento. Militares y escritores están en contacto con el pueblo, lo inflaman con sus victorias,

sus cantos y sus escritos; son los intermediarios entre la masa y la idea; pero esta idea, demasiado alta todavía, es Sarmiento quien la representa.

Todos los héroes de la historia argentina, excepto los lados intelectuales de San Martin, de Rivadavia y Alberdi, son otros tantos signos del tiempo que atravesaron; tienen el término medio de la civilización, del criterio y de las esperanzas nacionales; sufren el influjo del clamor público, obedecen la voz popular y son apóstoles de la aspiración dominante. Pero Sarmiento es único; viene de sí; saca de su espíritu los tesoros que arroja al aire mal preparado aún; salta de un punto á otro del antiguo continente, toma fuerzas como Anteo, y se hace vehículo de la gloria del pensamiento, de la conquista del derecho, enarbolando la bandera de la educación mental sobre aquella anarquizada Edad Media Americana. Dotado del temperamento propagandista y extrinsecador de los profetas, nada ni nadie lo arredra;

lanzada su idea, comunicado el movimiento, lo defiende con violencia, con furor, empleando el desprecio y la sátira aristofánica contra los que le oponen el ridículo y confunden con la locura la novedad relativa de sus impulsos.

Sarmiento representa, en la evolución de la sociabilidad argentina, el papel omnipotente del nitrógeno en las combinaciones orgánicas: así como este supremo elemento inicia en el mundo de la materia las acciones y las reacciones, precipitando los arreglos moleculares, deshaciendo las afinidades indecisas para procurar equilibrios estables; así Sarmiento circula por nuestra historia, fecundando las tierras desiertas; desmoronando gobiernos y sistemas; inhalando la ciencia moderna en el arte antiguo de las batallas; enseñando á despreciar los yugos del cuerpo con su famoso lema: *On ne tue point les idées*; desparramando por el mundo americano la semilla de escuelas, de reformas, de progresos, todos intelectuales, por oposición á la atmósfera

sangrienta que respiraban los pueblos. Siendo el menos dialectico de nuestros literatos, es, sin embargo, por su nervioso y caliente estilo, el más fúlgido y brillante. Sus defectos como escritor lo mismo que como hombre, constituían sus grandes cualidades. La exageración oportuna, la mordacidad, la finura, la intención, son los principales rasgos de su figura literaria. Poseía el don de entusiasmar, de admirar, de seducir y de enternecer hasta las lágrimas con sus discursos, muchos de los cuales quedarán como monumentos de la historia intelectual americana.

La asombrosa actividad de su vida es otro de los rasgos que lo acercan á las grandes figuras de la antigüedad, de las que tiene la talla del espíritu, la dureza diamantina, el fulgor y la sobriedad personal de líneas. Su carrera ha sido vertiginosa como hombre público y como incesante estudiador de las ciencias, cuya estela seguía á través de libros, revistas y periódicos. Flexible, pero indomable! Su exis-

tencia ha atravesado las situaciones más opuestas y más críticas, y jamás se ha doblegado sinó para recogerse y saltar de nuevo sobre los obstáculos.

Apareció sobre la tierra cuando el mundo era católico, cuando creía en el misterio de Jesús y en el génesis bíblico, después de la larga noche de la Inquisición, cuando la química y la fisiología experimental, la observación sajónica, principiaban á escalar las alturas del pensamiento, hasta entonces visitadas por los hombres que miraban solamente dentro de si para buscar la vèrdad: la familia de Platon cedía el lugar á la de Aristóteles; y los Hegel, los Kant, eran reemplazados por los Condillac, Lamarck, Comte, Spencer.

Esta inmensa transformación en el campo del criterio humano, fué seguida por él; se incorporó á la ciencia que llegaba; buscó sus grandes representantes y á algunos de ellos los atrajo á su patria para ilustrarla y glorificarla. Durante sus últimos cuarenta años no ha habido tema que lo encon-

trara desprovisto. Lloraba sobre la tumba de los muertos queridos; contenía en los diarios, con sus robustas embestidas, los avances del poder y las turbulencias de la democracia; presidía las fiestas de la ciencia con expléndidas salutaciones de iniciado; templaba el ánimo militar con arengas en que, al par de inflamar el valor y el patriotismo, enseñaba la disciplina y la obediencia; las industrias nuevas en el país, hallaban en él un campeón decidido; por su propia mano y su propio peculio, aumentó la flora y la fauna americanas; encontrando, como César, tiempo en medio de su infinita labor, para combatir al frente de sus soldados, para dominar las revueltas y las sediciones, y para tomar parte en los torneos literarios de su nación. Sarmiento ha sido el cerebro de América. En su gobierno, creó la Estadística, deshizo el caudillaje, echó las bases del órden y del respeto á la magestad de la nación, sembró el suelo de telégrafos y de ferrocarriles, fomentando de todas maneras el desarrollo

intelectual de los argentinos. Fué el primer puente echado entre la América semisalvaje y la Europa engreida con su civilización y sus refinamientos. Su educación poliédrica, de innumerables faces, fué el tributo pagado á las infinitas necesidades del tiempo que atravesó, y á las cuales tenia que oponer una valla ó dar un impulso.

Sin ser precisamente un hombre no comprendido por su época, Sarmiento ha pasado como un astro, arrastrando en su órbita las energías intelectuales de la Nación, pero no el cariño y el amor que los pueblos tienen por sus hombres dóciles, como Mitre por ejemplo. Es que la época de los genios es la posteridad. El gran impulso que traen los arroja lejos de las atracciones comunes, obligándolos á cernirse en órbitas excéntricas á sus contemporáneos.

Pero él lo decía siempre, el tiempo para verdades. Hace diez años, al ménos, que el pueblo argentino, apagadas las resistencias que originaron sus reformas, desaparecidos ó domados los hombres que le

habían cerrado el paso, hace diez años, que principió recien á apreciar y á respetar á su gran genio nacional. Era escuchada su palabra con admiración, y esos momentos de simpatía, compensaban al glorioso luchador de las irritaciones causadas á su temperamento de león por las ciegas oposiciones anteriores. Hélo ahora muerto —muerto, pero en pié. Su cuerpo vuelve á la fragua eterna de la naturaleza, pero su historia es nuestro patrimonio y será el orgullo del pueblo argentino.

Huellas luminosas de su paso quedan en América, desde Buenos Aires á Chile y á Venezuela y á Caracas; y en Europa sus obras son el lazo de unión en el pensamiento libre de ambos mundos. Toca al pueblo, por cuya vida luchó con tanto denuedo, hacer la debida justicia á su memoria, recordando que tuvo siempre el valor de decir la verdad, que nunca buscó el aplauso de la multitud y que fué un ejemplo de varonil entereza, de despren-

dimiento de las cosas mundanas y de alto y austero patriotismo.

La figura de este varón ilustre es la más espléndida promesa para el porvenir de nuestra patria. ¡Què él sea nuestra visión luminosa en el camino del progreso!

Mientras tanto inclinemos la frente y lamentemos la hora fúnebre de su desaparición....





OCHO AÑOS DESPUES

Hoy hace ocho años que Domingo F. Sarmiento entregó sus despojos á la tierra. Su espíritu, que hemos sentido llamear sobre nosotros durante más de medio siglo con insuperable vigor, es una herencia americana. Su génio, fruto de nuestra sávia nueva, representación de nuestra fuerza de Niños-Titanes, resplandecerá en la historia de este continente, cuanto más se borren de su cielo las figuras secundarias, que debieron su lumbre á los incendios de las guerras civiles.

Sarmiento fué el reflejo moral de nuestros grandes torrentes, apenas encauzados

entre precipicios. Como ellos, fué exhuberante, impetuoso é irresistible. Como ellos, se desbordó muchas veces, arrastrando guijarros bravos que aún no han gastado sus aristas sobre el inculto camino de nuestra tierra. Como ellos, fué ora tortuoso, ora rígido, pero siempre rápido.

La voz de este torrente sonará por siglos en nuestros oídos, como las voces solemnes de nuestros desiertos y de nuestras selvas. Después que su corriente se asentó y se acendró en el áspero camino que abriera su propio impulso, nunca hemos escuchado esa voz sinó como la de un guía que deshace los temores pueriles, amenaza las debilidades y fortalece las esperanzas.

Así, Sarmiento no tuvo partido político. Aplicó su inmensa fuerza al progreso de nuestra inquieta raza, dándose á nuestro porvenir todo entero, cuerpo y alma, de día y de noche, haciendo de todas las voluptuosidades humanas una sola, suprema, terrible, avasalladora. De todos

los ídolos formó uno solo—la patria— y lo defendió con sus pasiones de desterrado, con su pluma, que era un ariete; con su espada, con sus intereses, con sus amores de hombre y sus vanidades de estadista. De todo eso construyó una pira, y en ella quemó incesantemente sus propias entrañas, para mantener vivo el fuego de su única y grandiosa afección.

Bolivar en el Orinoco, San Martín en los Andes, Sarmiento en el Río de la Plata, son astros de primera magnitud, que condensan los anhelos y las energías supremas de una época histórica.

Para encontrar paralelo á Sarmiento, sería necesario, sin embargo, llegar hasta el mundo antiguo: su altísima temperatura, el empuje de su génio, y la intensidad de su pasión por la patria vienen de un molde desconocido para el mundo moderno.

¡Saludemos este par de alas encendidas que se ciernen sobre nuestros mejores recuerdos nacionales!



El retrato de la señora de Roca, que viene en seguida, está ligado á la historia política de nuestro país. Había sido llamado yo por el Dr. Miguel Juárez Celman, para hacer un gran diario, un diario modelo de cultura literaria y política, como parecían indicarlo las necesidades de la época. *La Argentina* apareció cinco meses antes de estallar la revolución de Julio. Es de consenso público que en ella se hizo cuánto era humanamente posible, para echar un puente de altiva cordialidad entre el gobierno y el pueblo.

Mientras se preparaba la mina, cuyos principales laboreos eran conocidos del

gobierno, se produjo el distanciamiento entre el Presidente de la República y el General Roca, lo que privaba á aquel de un apoyo parlamentario, político y militar, que debía serle funesto.

Fué en esas circunstancias, y muy poco antes de la Revolución, que falleció la señora de Roca. Yo no conocía al General; pero tenia mucha simpatía y respeto por él. El Dr. Juárez era un espíritu vehemente, sincero, franco; yo lo había combatido de un modo violento y apasionado al extremo, en *El Diario*, cuando era candidato; hoy reconozco sin esfuerzo, que había sido injusto; me había ensañado con él; había estado en Córdoba, me había envenenado en la atmósfera de sus adversarios, y había ensayado mis ardientes garras en su figura. Puro salvajismo.

¡Cuántas veces, acompañándolo en sus soledades y en la prolongada condena que sufrió, me he reprochado aquellas torpezas, aquellas enormidades que yo había repetido sin comprobarlas, aquellas colosales

injurias que había tomado de boca de sus enemigos! Mi única excusa es que era yo muy jóven entonces; y que mi pueblo era también muy feróz.

Juárez era un hombre afectuoso, lleno de bondad; tenía sus defectos, como los tenemos todos. Descargo mi conciencia de un gran peso haciendo pública confesión, de que lo ataqué por pura pasión política. Yo se lo prometí, no imaginando que lo haría después de su muerte. Se lo prometí para la «primera oportunidad»; y cumplo mi promesa, dejando para mis *Memorias*, todo lo demás que puede suavizar su recuerdo.

La muerte de la señora de Roca, lo afectó profundamente. Era hermana de su esposa. Lo ví entónces en plena luz; era sensible, cariñoso. Lo encontré sólo, y esperándome. Había llorado, y su palabra se entrecortaba con frecuencia.

Me veo obligado á decir que habíamos hecho en poco tiempo, una gran amistad. Yo era bastante adusto en aquel tiempo,

estaba repleto de libros, despreciaba mucho la sociedad, porque la había encontrado falsa; era ya un solitario, y apenas había pasado los 30 años, sin embargo... Había hallado en el Presidente, que era un inmenso personaje con relación á mí, un camarada, un *bon enfant*, sencillo, inceremonioso, afable, que de golpe casi, apenas leyó algunos de mis sueltos, me ponderó á todos sus amigos, con tanta espontaneidad, que, si hubiera sido hueco, me habría perdido.

En aquella ocasión me pidió con irresistible empeño, que consagrara todo mi arte á honrar la memoria de la extinta. Y se puso á narrármela, á contarla, á pintarla, á venerarla. No hacía seis meses que yo había perdido á mi madre; mi dolor se despertó, se avivó, y pronto las dos imágenes se confundieron en mi espíritu.

Hace pocos días, casualmente, que Miguel Escalada, mi primo, y mi secretario íntimo, entónces, me contaba que yo

lo había mandado á la casa mortuoria á empaparse en el ambiente que rodeaba á la muerta; y que coincidió con cuanto me había afirmado Juarez.

Dice que me encerré en mi gabinete, y que á poco, las carillas principiaron á salir, nítidas, sin una corrección — que no había tiempo de hacer, por otra parte — y que habiéndolas recogido él mismo, me vió escribir muchas, mientras lloraba y sollozaba profundamente.

Cuando, por la noche, llevé la prueba de imprenta al Doctor Juarez, su satisfacción fué completa. Lo leía y releía, complacido. Me mostró el epitafio que había compuesto para hacerlo grabar en una placa que sería depositada sobre su tumba. Era elocuentísimo; lo publicaría si lo tuviera á mano.

Esta, una anecdota, presenta al Doctor Juarez en una luz que pocos conocían; sirva ella para amenguar en algo los odios políticos que rodean todavía su tumba.



CLARA FUNES DE ROCA

To die, to sleep, perhaps to dream....

HAMLET.

Nada nos acerca tanto como la muerte á la concepción de una vida superior. Esta desorganización implacable que hace del cuerpo humano, antes asiento de pasiones, sentimientos, ideas, un horrible trozo de materia rígida, tiene la solemnidad de un misterio. La desesperación de un hijo, de un padre ó de un esposo, que ven resolverse en polvo repugnante el ídolo de sus afecciones, la compañera solícita del hogar, el alma gemela imperdurablemente atada á sus existencias, y

sin la cual la vida parece un desierto solo poblado de fantasmas, no puede ser truducida en palabras. El dolor, como las gotas de lluvia sobre un cristal, resbala sobre la profunda indiferencia de la muerte, y su fuerza, cual torrente en valle estrecho, se aumenta ante la insuperable dificultad de penetrar en el somhrío problema. ¿Que es la muerte? se pregunta el espíritu estremecido, que lleva sobre sí la huella de fuego de las últimas miradas del moribundo. ¿Es la disolución, el olvido, el anonadamiento total y absoluto, un sueño que se desvanece como nube; ó bien la continuación de ese viaje misterioso á través de maravillas infinitas en un ciclo inmenso, de que hablan los libros sagrados de la India?

Sentimos ansia de llorar, de sollozar, de gritar, de morir, sufriendo las torturas acremente voluptuosas de la desesperación, delante de los últimos despojos de esos séres queridos, que representan para nosotros una parte ó la mitad de nuestra

propia existencia; revuélvese el pensamiento, desatentado, sin rumbo, como fiera en un antro sin salida; á saltos nos elevamos hácia el punto más fúlgido de la excitada imaginación, y caemos postrados al chocar contra los muros impasibles de la ignorancia. La religión, cuerpo sin alma, fórmulas vacías, no tiene consuelos para el dolor moderno; la ciencia es árida y fría, no tiene écos para los anhelos sobrenaturales; la filosofía, la inspiración, ¡ay! todo es vano, humo, impalpable voluta que se pierde muy lejos, allá en el espacio eterno....

¿Surgimos al morir, nacemos á una nueva vida? ¿Habrá para estas vanidades de la tierra ó para estas ansias del espíritu, una fuente do abrevarlas, un reposo infinito que ponga término á nuestros dolores ó continúe nuestros ligeros momentos de placer? Dudemos; no tenemos el derecho de resolver la cuestión. Somos

sombras quizás; y nada de lo que hacemos tiene sello definitivo en la armonía preestablecida del Universo. Pero mientras meditemos.

La poesía nos ha hablado de inmortalidad, nos ha prometido la realización de todos los sueños que han agitado y coloreado la juventud del mundo. En aquella sagrada comunión del hombre antiguo con la naturaleza, en que cada ruido era una voz elocuente y expresiva, en que cada fenómeno hacía parte de un lenguaje, en que cada expresión estampaba la huella de una intervención de lo alto, el alma humana, trémula ante la muerte de los séres amados, concibió, como un alivio necesario al dolor, el poema brillante de la inmortalidad.

La ciencia, por boca de excépticos y de grandes almas inquietas, ha arrancado, merced á un movimiento paralelo y contrario al de la poesía, los jalones por ésta colocados en su afanosa tarea de escalar el cielo; nos ha demostrado cómo, dónde

y cuándo han nacido en la humanidad, las ideas relativas á una vida ulterior, las ha seguido en su evolución, las ha interrogado, ha analizado su esencia, las ha sometido á la retorta de la lógica, y con una sonrisa irónica, las ha devuelto al aire de que salieron, en átomos impalpables.

Seamos firmes, seamos serenos. No nos dejemos inspirar por la desesperación, por la infinita pequeñez de nuestro poder delante del augusto misterio de la vida. Ninguna revelación, ninguna intervención divina. Los dioses son hijos de nuestra fantasía, de nuestra inquietud excitada por el dolor. Pero aún sabiendo esto, aún retrazando línea por línea, el origen de las ideas religiosas en el cerebro, no hemos adelantado nada. ¿Qué hay más allá de la muerte?

Nuestro corazón, en plena tortura, excita en el alma, sueños desgarradores. Si somos un minuto del tiempo que pasa, si

somos una molécula débil y ciega en el misterioso laboratorio de la creación, si como chispa brotada de un incendio, hemos de apagarnos y desaparecer apenas lancemos al espacio nuestra cantidad infinitesimal de energía, sin dejar huella, sin que nada pueda modificar nuestro destino ¿por qué desesperarnos y retorcernos en la amarga impotencia de estas ánsias jamás satisfechas?

La muerte, al espiritualizar nuestros medios de observación, al aguzar nuestra sensibilidad, sublimando las facultades del alma, nos acerca á las fuentes del problema. El ángel del dolor, mudo pero expresivo, hace vibrar en nuestro cerebro los anhelos de la raza á que pertenecemos, despertando tradiciones, recuerdos, vagas reminiscencias de otros muertos, de otras desesperaciones, de otros instantes aflictivos que no hemos visto ni sentido, pero que están en nosotros, vivos, palpables, presentes.

Así, cuando sobre el párpado reseco y

ardiente cae el alivio supremo de las lágrimas, cuando el corazón, como el mar revuelto por hondos vientos, descarga la emoción en latidos que cortan la palabra, pensamos que este absoluto misterio de la muerte se nos revelará también á nosotros, algún día, en el sepulcro; é inclinando la cabeza, en la postración del espíritu, reconcentramos el dolor, guardando para siempre la imágen del hijo, de la madre ó de la esposa que se va.... Su recuerdo no nos dejará nunca en adelante. Será la eterna invitada á nuestro hogar; su cubierto estará siempre en nuestra mesa, aunque los demás no lo vean; alrededor del fuego, en las noches del invierno, veremos su sonrisa afectuosa en el tejido de las llamas ó en las sombras de la chimenea. No faltará á la cabecera de nuestro lecho, y en los días de la acción y de los triunfos, se cernirá sobre nosotros, acompañándonos con su antiguo cariño, perpetua guirnalda del altar del sacrificio y de nuestras cabezas, que en vano pretendimos arrancar á la muerte!

La muerte moderna, desespera y agobia el ánimo. El Cristianismo ha borrado de las costumbres la poética visión de la muerte antigua, en que el ser desaparecido, continuaba la familia, presidía á sus fiestas, aliviaba sus desgracias y formaba el núcleo del hogar. Mientras nosotros abandonamos hoy á los muertos, después de pomposos cortejos, en sus melancólicas moradas, rompiendo el lazo que nos unía á sus cuerpos y alejándonos para siempre de las palpitaciones de la familia, nuestros antepasados de la India y de la Grecia, los depositaban en la tierra, á pocos pasos de sus habitaciones. Cada tumba tenía un altar, como los templos de los dioses. El culto que se les rendía, libaciones, sacrificios, banquetes fúnebres, los hacía reaparecer en medio del hogar, siempre activos pero invisibles.

Antes, un hombre que moría, era un dios más en las tradiciones de la familia.

Hoy un ser querido que baja al sepulcro, es un eslabón que se rompe y una desgracia que no se repara. Antes, la muerte agrandaba el horizonte mental de los que quedaban; hoy, ella entristece y germina sueños insensatos, impulsándonos hacia regiones donde se respira afanosamente. La *puna* de los picos andinos se apodera del espíritu, y el vértigo reemplaza á la razón.

Apartemos la mirada del lecho mortuorio.... Nada nos puede borrar la pálida figura de los seres que hemos amado, y que hemos visto después, rígidos, marmóreos, con los ojos fijos, los labios secos, el corazón inmóvil. ¡Oh visión fulgurante, terrible! Si la memoria reposara un instante siquiera, si pudiésemos olvidar, si no la recordáramos con implacable insistencia, muerta, perdida para siempre, quizá durmiendo un sueño del que no se despierta en ninguna parte!.... ¿Qué importan las coronas, los honores, las flores, el llanto, las ofrendas de los espíritus postrados? ¿Hay algo capaz de reemplazarlos en nues-

tro corazón? Un alma que se va, deja en los que la amaron una herida profunda que sangra en silencio y no se cierra jamás. Sólo el bálsamo del sepulcro, la comunión de la muerte puede curarla, si la inmortalidad no es un sueño vano....

El alma pura que nos ha inspirado tan tristes reminiscencias de nuestros propios dolores é inquietudes, merecía ciertamente el homenaje que le ha rendido la sociedad de Buenos Aires. El fallecimiento de la señora de Roca, ha conmovido aún á los que no la conocían sino de nombre, por el resplandor de su inagotable bondad, que trascendió los dinteles del hogar para ser un ejemplo en todas partes. Se recuerda hoy con melancolía esa figura sonriente, plácida, afectuosa con todos, modelo de esposa y de madre, que supo inspirar siempre la paz y la concordia á su alrededor, y cuya alta posición sólo le sirvió para hacer brillar las felices cualidades que la

adornaban. Tenía el raro talento de hacer olvidar las alturas transitorias del rango, atrayendo á su lado todos los buenos corazones, sin distinción de ninguna especie. Fué siempre un temperamento de madre, es decir, una fuente de tolerancia, de afecto sincero, un símbolo de armonía en su distinguida familia, de la que reflejaba las mejores inspiraciones. Así, el dolor de sus amigos y deudos ha sido tan intenso y tan espontáneo, que su muerte ha asumido las proporciones de una desgracia social. Do quiera pudo aliviar una aflicción, ó proporcionar una alegría á sus amistades, allí estubo siempre, incansable, modesta, graciosa, como una hada del buen deseo. En su familia, ella era un centro de atracción al que se rendían todos fácilmente. Su influencia en el ánimo de los que la trataban, era dulce pero decisiva. Jamás exigía nada, pero tenía maneras tan suaves, sugería de un modo tan discreto, encadenaba la atención y seducía la voluntad por medios tan naturales y tan puros, que

cederle era un placer. Pedía para los pobres, para los que de cerca ó de lejos habían solicitado su bondad, pedía para sus amigos y amigas; y nadie, jamás, se sintió incomodado por su insensible tutela. Pertenecía al número de esas grandes damas que tienen la fortuna de brillar con luz propia, sin despertar envidias ni celos.

Hoy serán conducidos sus restos á la última morada. La muerte, sublimando la delicadeza de sus rasgos, la ha embellecido. La palidez de su rostro tiene algo de transfiguración. La sangre que ha huído de sus venas, la ha inmaterializado. Su cadáver parece una imágen de cera destinada al culto íntimo de una familia cariñosa. A su vista, pocos son los que pueden contener una muda expresión de dolor. Quienes así conmueven hasta á los extraños, prolongan en el sepulcro la simpatía que supieron despertar en la vida; y muertos, son como un encanto que evoca

en la memoria todas las figuras amadas y desaparecidas. Basta cerrar los ojos para verlas otra vez como en aquellos tiempos en que hacían la delicia del hogar hoy desierto; se oye su voz, se las ve ír y venir, repitiendo las tareas que formaron la grata ocupación de sus horas. Bendita imaginación que rejuvenece las hojas caídas y presta lozano verdor á las ramas secas que yacen al pie del árbol silencioso! Bendita imaginación que rehaces el pasado, presentando á los ojos melancólicos, las escenas rientes que confortan y crean esperanzas de una vida mejor!

Cubramos de flores esta tumba tan prematuramente abierta; y cuando hayamos entregado á la madre Naturaleza los despojos que han renovado nuestros dolores, encendiendo los recuerdos adormecidos por los ruidos del mundo, conservemos su imagen en la memoria, como el de uno de los espíritus más puros que hayan pasado sobre nosotros!



De Carlos Costa tengo una imágen neta y precisa en mi memoria. Era un hombre vivamente simpático. No posaba. Ni adulaba ni gustaba de ser adulado. Era espontáneo, pero reservado. La vida del campo le había inspirado indulgencia; no era cortante ni áspero á pesar de ser altivo y honesto. Había nacido para ser hermano mayor. Entre sus amigos, se reconocía su superioridad y su derecho á ser escuchado, con tanta más facilidad, cuanto que jamás se le ocurría pedir ni tomar posiciones para sí mismo. La política no lo entretenía; había entrado en ella, como hubiera entrado en cualquier otra cosa, por seguir y por servir á Máximo Paz. No tenía ambiciones.

Era felíz cuando sentía que sus amigos estaban satisfechos. Verlos contentos, sonrientes, sin amarguras, era su ideal. Él mismo, no sabía estar ni triste ni airado. La sonrisa y aún la risa eran su lenguaje. Sentarse á una mesa llena de amigos, para comunicar su alegría, su buen humor, aún en las situaciones más delicadas, era un placer para él. Era irónico, malicioso, y con muy pocos prejuicios. Tenía el buen sentido inerrable de los que han vivido, y no leído, la vida.

En una ocasión, dos gauchos querían pelear, en una ramada. El sargento de policía los apartaba. Había bastante jente alrededor. Los combatientes habían bebido algo, tenían las dagas en la mano, y ofrecían mútuamente hacerse trizas. Carlos Costa intervino.

—Déjelos, sargento! dijo. Déjelos libres! ¿No vé Vd. que quieren pelear porque Vd. los está conteniendo?

El sargento se separó. Los adversarios, al verse sólos, y con tanto público, se serenaron, se tuvieron más respeto que antes, y terminaron por reconciliarse.

Carlos Costa ni siquiera los había esperado; después de intervenir, se había retirado, diciendo:—No habrá nada...

Era un espíritu fino y afable, entusiasta por los hombres de capacidad política. Apreciaba mucho los actos puros y patrióticos, la ilustración, la altivez, la probidad. Sabía decidirse, en los momentos supremos, y lo hacía con entereza completa, jugándose á una sola carta.

Murió como un héroe, sin quejarse y sin airarse. Herido de muerte, se arrodilló en tierra, y apuntó con calma á uno de sus asesinos, dando en el blanco. Ha sido uno de los hombres mas iguales é inalterables que he conocido.



CARLOS J. COSTA

La muerte de Carlos Costa es una catástrofe. No son solamente lágrimas que regarán su tumba. Sobre ella, germinarán muchos dolores, de amigos y de adversarios. Costa era la conciencia matriz del Partido Autonomista de la Provincia. Su maravillosa perspicacia iba derecha al objeto. Cuando no veía claro se abstenía de juzgar. Su mirada profunda se hundía en las tinieblas de las almas, deshacía las nubes que ocultaban la verdad, desextricaba los enredos del interés, ponía desnudo el delito y no transigía nunca con él. Su caballerosidad era orgánica. Brillaba lo

mismo en los pequeños detalles que en las grandes transacciones. Era de esos hombres cuya amistad es una recomendación. Era caudillo, y sin embargo, elegía á sus amigos y toleraba á sus adversarios. Se llegaba en un momento hasta su corazón por el camino de la nobleza, del carácter y del ánimo. Ningún ente despreciable fué jamás el convidado de su mesa ó de su sala. Como el varón de Horacio, era *justum et tenacem*. Con todas estas cualidades, Costa no ambicionaba ni el poder ni la fortuna. Su única avidez consistía en ver felices á sus amigos predilectos, á esos amigos en los cuales él localizaba las virtudes exelsas del corazón y del espíritu. Amaba el trabajo por su fecunda enseñanza y por la paz que engendran sus fatigas. Su influencia pues, era muy grande. Todos tenían pequeños ó pasageros intereses en juego, menos él. Hablaba desde la altura de una conciencia inmaculada y de unas manos insospechables. Jamás pedía para sí; y lo que pedía para los otros era

siempre lo justo, lo que depende de la buena voluntad de un juez y no de la tortura de sus deberes. En la policía, su moralidad, su habilidad y su fuerza, fueron irresistibles. Antes perdonaba á los extraños que á los de su casa; los amigos y los empleados delincuentes encontraron en él la más absoluta inflexibilidad. Cuanto más adentro se estaba en su corazón, mayor obligación había de ser duro. Ni la ciencia ni la religión lo atraían; era una antorcha de nativa altivez, de instintivo amor de la justicia, de admiración por la nobleza y la belleza, que en su carácter afablemente imperioso, arrastraba al par que seducía.

La desaparición de un hombre de esta clase es siempre fatal. Costa era el agua régia de nuestro metal político. Se podía estar seguro de ir por el buen camino, cuando en materia de honor ó de corazón se obtenía su aplauso. Resistía todas las corrupciones, todas las debilidades, todas las claudicaciones. Nadie lo obligó ni

lo sedujo nunca contra su conciencia. Vivía en él, como en un modesto pero firme vaso, un viejo génio heroico, caballeresco y sublime, cuya misión era iluminar la senda del bien y encender en el amor de la nobleza las almas más indiferentes. Era el hogar de la virtud de nuestro partido. Era el freno de nuestras malas tendencias y el aplauso más valioso de nuestras bellas acciones. El salvajismo político ha profanado los altares de la patria, arrastrando á la muerte este hombre irremplazable, orgullo legítimo de su familia y de sus amigos, cuerda sonora en que vibraban las virtudes cardinales de nuestra raza. Se avergonzarían los asesinos, de sí mismos, si supieran sobre qué alma ilustre y pura han pnesto sus manos profanas.



ADOLFO MIRANDA NAON

Si con Cárlos Costa se fué la conciencia, con Adolfo Miranda Naón se ha ido ahora el corazón de nuestra agrupación política. ¡Que bondad inagotable era la suya! No era de esos hombres que cortejan la simpatía de los otros; que están siempre atentos á sus necesidades ó deseos, para satisfacerlos en realidad ó en apariencia, y que son, diríase, artísticamente bondadosos.

Nó, no era ni siquiera de aquellos que despliegan su bondad por amor de la consideración ó del elogio. Ni tampoco de los que son buenos por incapacidad

de ser malos. Su figura moral imponía respeto involuntario, precisamente porque á todos sus pensamientos y á todas sus acciones se les veía por punto de apoyo la más ingénua confianza en la honradéz y en la justicia humanas.

Esta clase de hombres pasan sobre la vida como los arminios sobre el fango. Nadie se atreve á engañarlos. La fuerza de la sinceridad es en ellos tan grande, que desarticula las armaduras y postra á los guerreros de la mentira. No van pregonando que aman la lucha, pero su sóla presencia indica que no están desarmados. Asi era Adolfo Miranda Naón. No huía de los conflictos; las dificultades parecían darse tregua cuando él necesitaba pasar.

Su caracter, para los partidos y para los hombres, era como un terreno sagrado en que nadie hacía oir el ruido siniestro de las armas. En medio de una catástrofe que deformaba las conciencias

y ofuscaba los mejores espiritus, supo levantar en alto sus virtudes personales, sin que ninguno se atreviera á reprocharle su firmeza ni criticar sus doctrinas.

¿Qué miran estos grandes corazones en la confusa Babilonia de la conciencia humana? ¿qué misterioso faro los alumbra, qué sublime esperanza los fortalece, para que puedan seguir su camino sin vacilar en medio de la perpleja multitud?

Entre estos ejemplos de bondad superior, de inefable y purísima bondad, se fatigan las negras alas del excepticismo y del desconsuelo. El filósofo que se encoje de hombros desdeñosamente ante la muchedumbre y sus gritos de dolor y de soberbia, se detiene en presencia de estos destinos irreductibles á la medida común. Se abisma pensando que el análisis descubre en ellos las mismas proporciones y las mismos calidades, pero no los mismos resultados...

¡Que la memoria de Adolfo Miranda Naón nos inspire en el resto de nuestra vida, y que el recuerdo de su corazón nos ilumine en nuestros desalientos!



Lársen del Castaño ejerció siempre sobre mí una gran influencia; pero teníamos poca intimidad; no era de mi generación. Sin embargo, yo lo conocía mucho á través de sus amigos de la infancia, Máximo Paz, Julio y Carlos Costa. No había dos opiniones á su respecto; talento, caracter y generosidad eran sus rasgos principales. Hemos comido muchas veces juntos, en la mesa de Julio Costa. Era un voluptuoso; tenía predilecciones por ciertos platos, y gozaba tan intensamente con la buena conversación y los buenos bocados, que yo, al ménos, me sentía feliz de verlo gozar. Solía llevar, en un papelito, cierto

ají de Corrientes, perfumado y vivo, al cual atribuía virtudes de toda clase; y cuando quería distinguir á alguno, le permitía dejarlo en una taza de caldo, medio minuto, después de lo cual lo retiraba y se lo guardaba. Era muy gracioso, muy alegre; pero lo aparentaba acaso, por ocultar penas, que las tenía muy grandes, como que era un artista finísimo. Una de sus recetas favoritas, era un caldo, una taza de caldo, que se la he visto preparar un día, personalmente. Hacía cocer una gallina no muy joven, con toda clase de legumbres, jamón y garbanzos, hasta que todo ello quedaba reducido á una jalea; ese caldo, concentrado en poca cantidad, y perfumado con el famoso ají de Corrientes, constituía un plato tan voluptuoso para él, que sus ojos le chispeaban de placer cuando lo tomaba. Las anecdotas, las ironías, las reflexiones de caracter mundano, los recuerdos de acciones absurdas ó heroicas, brotaban de su ingenio, tan naturalmente, que era im-

posible no estar pendiente de su expresiva cara asiática, animada por aquellos sus pequeños y maliciosos ojos de Tártaro.

Supe en el tren que había fallecido. Iba para *Tribuna*. Cuando llegué á la Redacción, encontré que me habían señalado otro tema; pero mi espíritu se mostró indócil, y no quiso escribir sino sobre Lársen.

Al día siguiente de salir á luz en *Tribuna*, el retrato que vá en seguida, recibí muchas cartas de felicitación y agradecimiento. Entre ellas, conservo esta:

Mi querido Olivera:

Acabo de abrir mi testamento ológrafo y agregado el siguiente:

«Item más: Ruego á mis amigos, que no se esfuercen en perpetuar mi memoria con monumentos pomposos; y que pidan á Carlos Olivera me dedique un recuerdo como el que ha consagrado al pobre Lársen del Castaño

Su affmo.

ESTANISLAO S. ZEBALLOS.



G. LARSEN DEL CASTAÑO

Incredibiliun cupitor....

Gabriel Larsen del Castaño, que se ha ido, era una notabilísima figura, toda hecha de fuego, de luz, de amor por las cosas superiores. Era un artista! Fino, flexible, dotado de una exquisita sensibilidad, creaba nuevas formas cuando hablaba ó escribía. Materializaba las ideas más impalpables con un rasgo y un toque de color; las convertía en séres vivaces, en existencias animadas que palpitaban bajo la influencia de su palabra, y se prestaban docilmente al analisis. Con-

movía las viejas moles de las creencias como con un rayo magnético; las penetraba de fluido luminoso y las exponía á la retina de su oyente, prestándoles nueva vida ó dejándolas reducidas á su armazón de emociones primitivas.

Fatigaba, á veces, á aquellos para quienes el pensar no es un placer. Tenía el horror del vulgo, como si sus ojos no pudieran soportar la oscuridad; su espíritu era cuerda musical; todos los soplos poéticos la hacían vibrar.

El inmenso, el prodigioso esfuerzo mental del viejo Larsen, como lo llamaban cariñosamente sus discípulos de veinte generaciones, había encontrado éco en el alma madre de Gabriel Larsen. El padre había sido el laboratorio; el hijo era la síntesis. Todo lo que había de muerto en aquella masa enorme de conocimientos, había quedado en la biblioteca silenciosa del padre; todo lo que

había de vivo, estaba en acción ó en potencia, en el espíritu del hijo. Los pensamientos, las luces despedidas por aquella pedrería, atraídos por afinidades incontrastables, se habían fijado en el corazón de Gabriel; y allí vivían como rayos de sol sobre una noble estatua, haciéndolo palpitar con sublimes aspiraciones, con desprendimientos suprahumanos. Su amistad era un culto hecho de generosidades y de geniales abandonos.

Bravo, como toda alma que se siente inmortal, soberbio de belleza interior, su cordaje era capaz de producir todas las notas de la gama humana; pero su estructura lo llevaba á la poesía, como las alas llevan á la cumbre.

Sus imperfecciones eran exclusivamente físicas. Ningun hombre mejor que él se prestaba á esa dolorosa fantasía, que mira las almas como séres errantes en los cuerpos, prisiones vengadoras, que al-

guna vez deben abrir sus puertas á las quimeras luminosas. ... Se hubiera dicho un sonámbulo divino que llevaba á cuestas, fatigosamente, la cárcel á que lo había condenado algun Dios celoso, por algun pecado de amor insensato!

Cuando vibraba intensamente, cuando el fuego sagrado de que estaba hecho aparecía á flor de su nerviosa envoltura, se pensaba en Hamlet, en esa inquieta y profunda mirada que los filósofos-poetas arrojan al insondable misterio de la vida, y que pone temblorosas audacias en sus labios.

Nos deja como murmullos, como susurros de su grande alma sediesta, poesías viriles, entusiastas retratos de héroes, siluetas calcinantes trazadas como con brasas, sombras de las figuras ideales y fugitivas que amó y que concentraban sus afecciones superiores. Se ha quemado en su propio incendio; pero se ha ido dejándonos no sabemos qué loca esperanza de volverlo á ver en el mundo misterioso con que soñaba!....



Una vez entramos con Alem y Morel, en una cámara de aire comprimido, en el Sanatorio de Félix Romano. Todos tres padecíamos de los bronquios; mis dos compañeros en aquel momento eran asmáticos.

La cámara tendría capacidad para seis ó siete personas paradas, de modo que tres, sentados, alrededor de una pequeña mesa, nos hallábamos en una contigüidad extrema.

Alem era un hombre de ideas graves; hablaba poco; reflexionaba mucho antes de hablar, se cuidaba. No aceptaba conversación sobre temas que no le interesaban, desviando la atención por medio de

una frialdad visible. Era un espíritu de grandes líneas; se ocupaba poco del detalle, parecía estar siempre absorbido por un derroterro superior á las comunes preocupaciones.

Lo he encontrado, antes y después de aquellas sesiones á aire comprimido, en casa de amigos comunes; pero nunca tuve el placer de ponerme en contacto estrecho con él.

Un día, no recuerdo si en el segundo ó tercer aniversario de su muerte, le dediqué, *sin nombrarlo*, las líneas que constituyen su *Medalla*. Su figura era tan caracterisca, que el nombre estaba demás. Yo redactaba entonces, en *Tribuna*, una sección titulada «La ventana de un Curioso».



ALEM

Era un hombre extraordinario. Pertenecía á la série de los grandes impacientes. Su temperatura normal era la fiebre. Estaba construido para el fuego de las grandes conmociones. La paz lo sofocaba; necesitaba calentar la atmósfera que lo circundaba, para poder respirarla. No buscaba en la lucha, como los grandes generales ó los grandes políticos, el dominio de las dificultades; lo embriagaba la lucha misma, la siniestra voluptuosidad de la violencia.

Los nervios de estos hombres llevan fatalmente á la protesta. La emoción con que luchan prueba su sinceridad. Tienen vibraciones mas numerosas y mas rápidas que las del vulgo. Necesitarían las grandes montañas que fatigan, ó los profundos valles que oprimen. Cuando su poderoso espíritu no halla un declive en el arte, la ciencia ó la poesía, derraman su inmensa fuerza sobre si mismos, se encabritan, se torturan y se destrozan. De ahi que busquen la tempestad, como el cóndor busca las cimas, como el Centauro perseguía las flechas escapadas del arco.

Iluminados ó desequilibrados, héroes ó enfermos, pero siempre de sobra en una época tranquila y de reposo, los vemos pasear sus crispaciones de cólera, sus palabras vengadoras, sus estremecimientos proféticos, sobre las sociedades fatigadas

de batallar por ideales inalcanzables. Como arroyos impetuosos, detenidos en su curso, la indiferencia los hace saltar en espuma. Traen mucho impulso pero no tienen dirección. Airados contra el mundo, su irritación tiene nobilísimo origen, pero no saben llegar, aun que á veces saben caer, como este, cuya figura ensangrentada palpita en nuestra memoria. Inclinémonos, pues, delante de un gran dolor humano, que ha pasado.



Altissima flumina minimo sono labuntur.... (1)

Muchos de mis lectores jóvenes, no habrán conocido, quizás, á Ricardo Gutierrez. Sus versos han desaparecido. Generaciones pomposas, teñidas de simbolismo literario, de cerebro fatigado, han sucedido á aquellas de su tiempo, que estaban cargadas de pasiones vigorosas, y no podían contentarse sin algun poco de verdad. Otras aspiraciones, otros gustos, han reemplazado á los que fueron su ideal. Hoy se ama las palabras lucientes ó sonoras, más que los hechos heroícos y las actitudes vibrantes de entonces.

(1) Los rios más profundos son los que hacen menor ruido.

Ricardo Gutierrez reflejó su época, con vigor y entereza. Cantó, principalmente, la mujer, el amor, las pasiones de la virilidad. Su tiempo estaba saturado de Byronismo. Los románticos le prestaron esbeltéz, pero no lo arrastraron hasta Victor Hugo. Tenía al contrario, el temperamento de Musset; la pampa, la libertad, la selva política, dieron álas á su espontaneidad, y le permitieron hablar con el gesto y con el acento de los verdaderos poetas, es decir, con la emoción sagrada del canto.

Nada más ardiente, más individual, más libre, que su lira. Altivez y ternura son el lema de su escudo. Su corazón palpita de amargura ante algunos altares de belleza, pero á la manera árabe, en un paisaje dilatado, sueltas las riendas de la fogosa inspiración, sin cortesías almibaradas, sin mitología, sin piedras falsas. Se siente en sus garras el hombre del desierto, que habla para dar una expresión clara y precisa á su sentimientos.

No gime, no solloza de impotencia; entretiene su pena, revolviendo el arma enemiga en sus heridas. Oscuro y profundo es su dolor, pero no tan fuerte como su alma. Se diría una cuerda de Esquilo, apenas destemplada por la neurastenia cristiana, que recobra aquí en América, la antigua frescura y la antigua fatalidad. Tiene mucho de profeta su voz. Sus imágenes son grandiosas, arrancadas al mismo cuarzo que explotaron los autores de la Biblia.

Fué el poeta de su tiempo. Todos los jóvenes de la época, sabíamos sus versos de memoria, y nos encendíamos en su antorcha. En ellos, el Amor adquiría dignidad, y se presentaba como un derecho indeclinable al Dolor. Había algo de Fausto en su figura. Recuerdo que habiendo tenido que pasar un año en cama, por un grave disgusto de corazón, Jorge Argerich iba, entre otros, á endulzar mis horas de pena, con las poesías de aquel hombre esquivo, de mirada aguileña, bon-

dadoso, y sin embargo solitario. Hemos pasado así, dias enteros, sumergidos en su atmósfera, palpitando con sus emociones tan elocuentes, tan fascinadoras, que equivalían, para nosotros, á dramas reales y vividos.

Tenía una fealdad irónica, ojos montaraces, lábios de Fauno, maliciosos, fecundos, y toda su figura atraía por alguna curiosidad que parecía tener tanto empeño en provocar como en satisfacer. Era un espiritu superior, independiente, inseducible, que quizás sufría el tormento de no poder ser engañado. Su perfil intelectual era el de Miguel Goyena; pertenecía á ese corto número de piedras preciosas, que se diría, estan cansadas de lucir, y aparentan ser guijarros para escapar á la ostentación.

Un día, un amigo lo llamó á su casa. Tenía un hijo enfermo. Reinaba gran ansiedad en el hogar. La enfermedad se

había revelado de pronto. Al llegar Gutierrez encuentra algun desórden en las habitaciones. Sobre una silla, un libro. Cediendo á sus inclinaciones secretas, á pesar del apuro que todos mostraban porque acudiera pronto á la cabecera del niño, se detiene, toma el libro, lée el título: *Homero....*

Una sonrisa irónica en sus labios. Iba á hablar, un pensamiento estaba ya en sus ojos verdosos y penetrantes, y en aquella su nariz de crítico y osado, se había producido el gesto de la risa, imperceptible para el vulgo. Su amigo, que era inteligenre y lo conocía, lo detuvo con ojos suplicantes.

Entraron. El niño respiraba con dificultad, estaba rubicundo, el pulso apresurado. La madre, temblorosa, la abuela, llorando, todos pendientes de su palabra. Saludó apenas, y se entregó de lleno á su arte, casi olvidado del ambiente. Había fiebre, pero no muy alta. Indigestión leve. Gripe que principiaba. Los bronquios al-

go afectados, los pulmones libres. A medida que se aseguraba de la poca importancia del caso, su rostro elocuente pintaba su satisfacción, y la madre siguiendo la huella dominante de su pensamiento, sabía ya la buena nueva, antes que él hablara. Lá atmósfera se cambió, las lágrimas de la abuela se secaron, el padre resplandecía; Gutierrez se entretuvo un rato, ordenando minuciosamente el tratamiento.

Pero al despedirse, cuando todas las manos bendecían la suya, cuando ya, tranquilo, podía recobrar el poeta su puesto en el alma del médico, al pasar de nuevo frente al libro que había observado al entrar, dice:

—¿Quién es el *bebé* que está leyendo *eso*?

—Yo, Doctor!—responde la señora, lanzando una franca carcajada.

Gutierrez finge confusión, quiere excusarse:

—Todo le perdono Doctor! continúa

la señora, critíqueme sin misericordia, pero salve mi hijo!

Él se sonríe, les estrecha la mano afectuosamente, y se despide gozoso de haber devuelto así, á la madre, toda su tranquilidad.

Cuidaba poco de su exterior. Era desaliñado, no se ocupaba de la moda. Un día un amigo le dice:

—Pero Ricardo, tu podrías ser paquete...

—Bah!—responde él—yo soy paquete por dentro.



RICARDO GUTIERREZ

Voló al fin el espíritu de Ricardo Gutierrez á la región desconocida que espera al alma humana como un desierto ó como un oásis. Es cuando nos hallamos frente á este terrible problema, que nuestra inteligencia se exalta, que nuestra visión adquiere una como clarovidencia febril... Las fulgurantes esperanzas de estas almas superiores, sus fosforescencias deslumbradoras, sus ánsias de armonía y de música supremas, se diría que son revelaciones de ese mismo mundo altísimo y sereno con que todos soñamos.

De ahí que los veamos palpitar entre nosotros, vivir su vida de luz, con satisfacción y con orgullo, como si sintiéramos que son jefes de almas; su presencia se confirma en nuestras más entusiastas aspiraciones; los vestimos sin esfuerzo con ropajes ideales que participan de la luciente armadura de los héroes y de la túnica sublime de los ungidos; son, desde que se revelan, nuestros mayores y nuestros mejores. Llevan algo, dentro y fuera de sí mismos, que los estampa como medallas de honor entre la multitud de monedas inferiores que los circundan.

A su paso, la plebe se aparta movida por misterioso instinto; mezcla de temor, de respeto y de esperanza, el murmullo que surge de su marcha por el mundo, es un reflejo de esa vaga conciencia, que todos tienen, del destino superior que revela su carácter extraordinario.

Poeta y médico! dos ministerios de amor y de desprendimiento, dos abrazos de creyente á la eterna Quimera!

Ricardo Gutierrez era el broche de pedrería con que se cerraba el collar mental de una familia distinguida por su corazón y su inteligencia.

Dotado de poderosa originalidad, su molde no fué quebrado ni modificado por la sociedad á que perteneció. Su alma fué un santuario silencioso, poblado por las figuras más nobles y los pensamientos más luminosos que el mundo ha producido.

Su mismo modo de luchar por la vida era un culto sublime; su honda mirada se ocupaba en léer los dolores secretos de los niños, en descifrar el lenguaje desesperado de las almas que principian á sufrir.

¡Cómo resonaba su cordaje robusto de profeta ante las indecibles angustias de las madres desesperadas, de esas madres que el dolor reduce á una plegaria de sollozos!

El poeta, el creyente, el visionario maravilloso, se erguían entónces sobre el médico

abrumado de impotencia; el fuego sagrado lucía en sus ojos, y sus lábios se agitaban con palabras que reflejaban su imponderable emoción, pero que solo hubiera podido entender otra alma como la suya.

Era un génio sometido al ritmo inefable de la caridad.

¡Qué surco queda de este espíritu gigante! ¡Cuántas ataduras lo ligaban al agradecimiento de su pueblo! Era, en el hogar enlutado por las muertes irreparables, la conciencia de que se había hechó el esfuerzo supremo, cuando se le había llamado; pero en aquellas otras casas donde resuena el paso adorado de los niños que él salvó, en esas otras benditas moradas, iluminadas por la indescriptible alegría de la infancia feliz, qué desgarramiento producirá su desaparición!

Apartado de todas las vanidades, modesto sin ninguna ostentación, sus pasiones de hombre corrían por el suave cauce de

una filosofía socrática, dulce y brillante corona de su figura en el banquete ingrato de la vida.

Ahí quedan ahora sus sueños, sus visiones de perfección y de belleza, sus miles de niños arrancados al dolor y á la muerte, su inmaculada pureza de intenciones, la soberbia altivez con que prefirió, á todos los honores mundanos, la paz de su corazón y la satisfacción de su conciencia.

Versos serían necesarios para cantarlo, versos compuestos por la palpitación amorosa de esas almas purísimas que devolvió á los hogares desolados, versos que surgieran del corazón de los niños, como latidos, y que repitieran todas las bocas sonrosadas y todas las madres agradecidas.

No lo analicemos! No manejemos, para estudiarlo y conocerlo, ese escalpelo que él usó para devolvernos nuestros hijos en peligro. Que nuestra ofrenda sea de puro cariño, del más acendrado y des-

prendido amor que podamos hacer brotar de nuestras almas!

¡Bienaventurados los que encuentran en la plegaria un desahogo á la emoción dolorosa que causa su muerte! A nosotros, que lo hemos amado como á una de nuestras glorias nacionales, como á uno de nuestros mejores conciudadanos, como á uno de los corazones más bondadosos y sublimes que ha producido nuestro pueblo, séanos permitido expresar con nuestra breve palabra de hombres afectados por la pena, el profundo sentimiento que su muerte nos ha producido.

Debemos levantarnos sobre el dolor; él nos dió el ejemplo! Pero no lo hagamos sin lágrimas en los ojos, que él también las vertía en sus versos vibrantes, aliando así la varonil energía del carácter á las ternuras brillantes de la lira.

Este es un duelo nacional, un duelo del alma argentina. Se ha ido uno de sus

bardos, una de las lenguas de fuego que nos recordarán á nuestra posteridad; y se ha ido también, con su corazón, una de las facetas de la generosidad de nuestra patria. Tenía, además de su ministerio caritativo, desempeñado con facultades tan extraordinarias como las que ahora recuerda el alma agradecida, el mérito singular de haber reflejado en sus versos el espíritu de nuestra tierra querida, la imágen moral de todo lo que amamos y de todo lo que aspiramos á tener como nación.

Su desprendimiento era un resplandor del alma nacional, de esta alma que veneramos en nuestros héroes. Ha dedicado su vida á hacernos bien, á cultivar nuestras mejores tendencias, á embellecer el tipo moral de nuestra raza.



Los albores de la política me llevaron á figurar en la Convención Reformadora de la Constitución de Buenos Aires, cuando todavía era demasiado joven para dominar la ciencia política. Sabía bastante *teoría;* mi espíritu estaba bien nutrido de enseñanzas de maestros; Buckle, Hallam, Blackstone, eran gente de gran estimación en mi espíritu; pero me faltaba *práctica;* y renuncié, porque me repugnaba asentir con mi silencio á grandes petulancias y á increíbles ensayos de elocuencia y de arte de gobernar, de los que no encontraba modelos en ninguna época.

Pero allí conocí á José Hernandez, con el que pronto hicimos gran relación. Era

un hombre afable, bueno, modesto. Su sinceridad inquietaba. Lo miraban como á un discipulo retardado en el arte social de ocultar la verdad. Y, en efecto, no tenía cortesías ni urbanidades en el espíritu, para la mentira. Veía las cosas con claridad, y decía su pensamiento sin imaginar que se llevaba por delante exquisitos ceremoniales. Su elocuencia era como un ariete. Tenía, más ó menos, el cuerpo de dos hombres; su voz era pura y potente; parecía un órgano de catedral. Y cómo le salían las palabras! Con qué fluencia, con qué viril y armoniosa facilidad!

Su hermano Rafael, con quien hemos tenido relación de muchos años y de mucha intimidad, me ha contado que *Martín Fierro* tenía tanta fuerza física, que más de una vez había hecho la prueba de hacer gritar de dolor y derribar al suelo, los caballos que domaba, solamente apretándoles el cuerpo con sus piernas, como con dos palancas mecánicas. Era un coloso.

A mi modo de ver, no se ha tributado



en el país, á su memoria, los honores que merece. La poesía no tiene un lenguaje obligatorio. Si fuera forzoso que todos los poetas hablaran como Góngora, los mejores, los más puros, los más transparentes, no habrían podido presentarse en el estadio. Todo lo que nos sirva de medio de comunicación, es un lenguaje. Lo que vale no es el signo del valor, sinó el valor mismo. Donde quiera que haya metales nobles, hay que reconocerlos, aunque el papel fiduciario que los exprese no salga de la litografía más acreditada.

Martín Fierro ha sido y es una fuerza nacional. ¡Cuántas corrientes salvajes no habrá suavizado su profundo y melancólico cantar de pájaro montaráz!

Los recuerdos que van en seguida, explican las circunstancias en que ellos fueron dedicados á su memoria.





MARTIN FIERRO

Mañana debe ser colocada en la tumba del malogrado escritor José Hernandez, la placa que sancionó el Senado de la Provincia, para conmemorar su nombre, incorporado á la historia del progreso institucional y político de Buenos Aires.

Pero el autor de *Martín Fierro*, tiene méritos superiores á los que van á ser mañana oficialmente consagrados por la comisión nombrada por el Senado. Y aún cuando la palabra oficial deba principalmente recordar esos méritos políticos, estamos seguros de que los otros, los

que realmente lo ligan al alma argentina con vínculos superiores é indisolubles, se presentarán á la memoria de todos....

En efecto: ¿cómo recordar al orador parlamentario, al colaborador inteligente de los gobiernos, ante la figura del admirable poeta autor de *Martín Fierro*, el primero y único poema nacional que, surgido de esta tierra, nos hable de nuestras cosas con la profundidad de un pensador y la imponderable armonía de la naturaleza?

El género á que dedicó sus esfuerzos, no indica, como podrían creerlo los críticos superficiales, pobreza de aspiraciones. Quien lo hubiera conocido como orador y como diarista, se sorprendería, al contrario, de que un vigor tan inmenso, una concepción tan exhuberante, hubieran podido encerrarse en el modesto ritmo gauchesco.

¡Pero á qué altura surge esa llama comprimida en la base por el verso! ¡Cómo se irisa en la atmósfera de la Pampa, en

los fortines, en las pulperías, en los bailes, en el desierto!

Así también, este poema ha entrado en el corazón del pueblo; no falta en ningun rancho; es el compañero del mate, la guitarra, el cuchillo y el caballo. Es la tradición del martirologio de nuestro gaucho, labrada en frases á doble filo, que contienen amargas ironías para el filósofo, y melancólicas pinturas para los que aman nuestra tierra.

Martín Fierro es un reflejo del espíritu argentino en las aguas mansas pero hondas de nuestros campos. ¡Inmortal libro, primero de la série que nos revelarán á otras edades tales como hemos sido! Primero en la inspiración, primero en la verdad, primero en la belleza de la forma popular, el *Martín Fierro* cubre y protege una inmensa, zona de gloria, en cuyo centro se destaca la figura modesta pero firme de José Hernandez.

Muchos admiradores de su génio poético, muchos amigos de su nombre y de

su historia política, se preparan á asistir mañana al acto honroso decretado por el Senado.

Nos contrariaríamos, si en lugar de llamar á José Hernandez por el nombre de su inmortal poema, lo llamáramos por el que lo acerca á los demás miembros de nuestra familia nacional. Sean pues, todavía, para *Martín Fierro* nuestras palabras de entusiasta admiración, pues es por ese recuerdo que él ha obtenido en la memoria argentina, la eterna resurrección de su figura.

Luchaba en nosotros, hace un instante, por encontrar expresión, un pensamiento irónico.... Los diarios en general, han mostrado despego al hablar de la ceremonia de hoy; les ha faltado el calor de que nosotros nos sentimos animados, y que brota espontáneamente de cuantos conocen á fondo la vida de la campaña argentina, y profesan respeto por ese misterio

humano que encarna la noble figura del gaucho. Pero el nombre de *Martín Fierro*, elevándose sobre toda impresión de detalle, evoca en nosotros su fé inagotable en la justicia postrera, su discreta tolerancia, su bondadosa tranquilidad de conciencia; inspirados en estos sentimientos superiores, pasaremos por alto esa por hoy inexplicable frialdad, para proyectar el foco de nuestro espíritu sobre la grande y simpática personalidad á la cual está dedicado el homenaje del Senado provincial.

La obra de *Martín Fierro*, de acuerdo con la profecía del autor, sobrevivirá al rancho en que sea leída. Es nuestro poema nacional. Es la encarnación del verbo argentino. No solamente contiene el reflejo de nuestra vida pasada, sino que también la pintura de las más altas aspiraciones populares. No se ha escrito jamás, entre nosotros, un libro que tenga ideales más profundos ni más generosos que *Martín Fierro*.

Hernandez no es el poeta que se place, como el árbol, en festonearse de hojas y de flores; no es el artista enamorado de sus telas ó de sus estátuas, que constituye un brasero sagrado para quemar sus ardientes ánsias de belleza; no es el ave que canta por atraer otras aves al nido de sus amores, ó por divertir sus penas con el poema de las tristezas; es el *vates,* el poeta, el alma madre que recoje y sintetiza en cantos eternos los dolores y las aspiraciones de su raza. Canta por enseñar, por inspirar á los otros en su ideal superior, por encenderlos en el amor supremo que lo consume, por indicarles la huella de la felicidad.

Su lenguaje se adapta, desde entónces al objeto que lo inspira; se plega bajo su voluntad; es un potro de la Pampa, ágil, viril, soberbio; está hecho de fuego y de pasiones; de desconocidas sabidurías y de independencias calurosas; brinca, se encabrita, tiembla, y sus vigorosas palpitaciones son enjendro de la fuerza y la

esperanza; tasca el freno, se precipita, revuelve sobre sí mismo, y á pesar de sus bruscos saltos de fiera, lleva orgulloso al ginete, y aun lo pasea con la gracia indomable que es propia del desierto.

Ahí están los gritos súbitos, los repentinos impulsos del corazón, las sombrías embestidas del egoismo; ahí están los pájaros y las serpientes, los verdugos y las víctimas.

Veinte siglos de la historia moral hablan por la boca de esos gauchos, y un pueblo grande por su fuerza y sublime por sus dolores, surge de la Pampa á los ojos cansados del hombre de las ciudades, como el eco comprimido, pero no muerto, de la eterna naturaleza.

Para honrar su memoria, que tiene en todo espíritu argentino un espontáneo y caluroso amigo, ni bastan ni sobran las placas del Senado, ni las discretas frialdades de los diarios; vano fuera querer aumentar ni disminuir el brillo propio de esa constelación poética, la mayor por el

origen, por el color y por la intención de su luz.

La ceremonia de hoy no ha encontrado en la prensa el favor que merecía, no por ella misma, que significa sólo el cumplimiento de un deber de cortesía política, sinó por el nombre que consagra.

Para estos nombres, para estas figuras de primera fila en nuestra famılla nacional, nosotros al menos, tendremos siempre pronta la mayor emoción de nuestra pluma, el mejor canto de nuestro respetuoso entusiasmo.

Debían haber tomado parte en ella, además de los ejecutores oficiales del acto, nuestras almas más elocuentes, nuestros primeros oradores y nuestros primeros poetas. Hubiera sido muy honroso para todos, que al nombre legendario de *Martín Fierro*, como evocados por una misma y eléctrica simpatía, se hubieran congregado los espíritus selectos de nuestro país para rendir al bardo desaparecido el justiciero homenaje que le debemos para siempre.



STAGNO

Sin duda, debemos mucho á los estadistas, á los guerreros, á los que hicieron de este hermoso suelo una patria libre, honrada y generosa; debemos mucho á los hombres de gobierno, á los escritores y á los poetas que nos han enseñado á amar nuestra nacionalidad y nuestras virtudes. ¡Pero cuánto debemos también á los artistas, á las liras sagradas que han resonado en nuestros oidos y que han sacudido nuestro espíritu, para elevarlo á las cimas en que luce el sol de la inspiración!

¿Acaso nuestro destino es ser solamente ricos y fuertes y muchos? ¿No vemos,

no sentimos que hay en nosotros necesidades de un orden quizás vago pero ciertamente superior, y de cuya satisfacción depende el color de nuestra cultura, el complemento de la felicidad?

Así como en un gran espíritu coexisten las calidades y las aptitudes más opuestas, sometidas á una armonía maravillosa, así también en un gran pueblo encontramos las vertientes más inclinadas á chocarse sin que del correr y vivir de todas ellas surja más que un concierto de impresiones nobles y placenteras.

Una de las facetas del diamante humano, que por su exposición particular á la luz, concentra y refracta mayor número de rayos, es la del artista, la del músico, la del intérprete genial de la armonía, que funde en frases elocuentes esos mil vagos rumores de la naturaleza con que hemos hecho el lenguaje articulado, y que el arte divino eleva á la más alta potencia, de modo que expresa lo que la palabra misma no nos puede decir.

Es propio de una gran civilización producir y querer á los artistas, flores delicadas que necesitan atmósfera cariñosa; y solamente en ellas se les comprende y se les aprecia, como uno de los factores más poderosos de la cultura moral; porque los artistas sublimes son siempre ardientes amadores de la perfección.

Orgullo del suelo natal, los artistas, sin embargo, se sienten el patrimonio natural del mundo entero; y de ahí que en Buenos Aires, patria nueva y sin invernáculo propio todavía, se aclimaten fácilmente las plantas raras de otros mundos, y que en un momento nos sintamos penetrados de simpatía por aquellos que nos acercan más su alma á nuestros espíritus, como que la tienen en la voz.

Hemos oído llamar á Stagno y á Sarah Bernhardt, aquí en Buenos Aires, pero por boca extranjera, *histriones;* y hemos continuado amándolos y admirándolos, como divinos instrumentos reveladores de una existencia superior á la de los críticos;

nada puede conmover este agradecimiento de que nos sentimos llenos ante el recuerdo de ellos y de otros, que han hecho llegar hasta nosotros los reflejos de la naturaleza.

Escuchando á Stagno hemos sentido tantas dulces ó soberbias emociones, que estamos seguros que todo el Buenos Aires que tuvo la fortuna de conocerlo en la escena, lo recordará en la hora triste de su muerte como á uno de sus amigos públicos más dignos de consideración.

Porque le debemos la prodigiosa floración moral que resulta de la conmoción de nuestro ser por la deliciosa embriaguez de la poesía. Esos, que el crítico llamó *histriones*, celoso sin duda del amor que el público les manifestaba, esos cantores ó dramáticos, esas lentes maravillosas que puestas ante nuestros ojos, nos descubren escenarios nuevos y superiores, esos artistas sin los cuales el verso es la palabra sagrada pero fría, esos como Stagno, que han hecho vibrar su lira para nosotros,

son nuestros amigos, los amigos lejanos pero sinceros de nuestro corazón.

¡Qué dos grandes figuras, Stagno y Tamagno! ¡Cómo han luchado en la arena de nuestra consideración, por obtener la corona del triunfo definitivo! ¡Qué noches inolvidables, qué impresión ardiente han dejado en nuestro espíritu sus dos siluetas tan opuestas!

El uno, alto, fornido, bellísimo, un héroe de la Iliada por la prestancia y la varonía, enamorado de la fuerza, ganoso de hacer temblar á su público con su voz extraordinaria, límpida, omnipotente, que se extendía por los ámbitos del teatro como el brazo de un gladiador, en el cual los músculos adquieren relieves sucesivos, triunfales, soberbios, que comunican á la atmósfera la vibración de la oleada irresistible que los hace tenderse; el otro, pequeño, fino, trabajado como una joya, un héroe de poema, por el talante correcto y galano, enamorado de la gracia, atento á deleitar á su público con su voz clara, suavísima,

aterciopelada, capaz de todas las flexibilidades, que ora se despeñaba como el torrente, chispeante y brava, ora se endulzaba hasta las lágrimas, hasta el sollozo, y que se extendía por los ámbitos del teatro como una impresión sedosa, de ála de pájaro ó de cuello de cisne.

¡Qué alma vibrante, sonora, la de Tamagno! ¡Qué arpa delicada, genial, la de Stagno!

Quien así se impuso á la simpatía argentina, quien hizo pensar, mejorar, amar, soñar, á tanto espíritu selecto, era, pues, un exquisito artista, uno de esos prodigios humanos que tienen el poder de suspender y de llevar la fantasía á pasear por el mundo esplendoroso en que solo penetran, de cuando en cuando, los poetas.

Alfredo de Musset cantando á la Malibran, nos ha hecho comprender hasta qué grado puede encender el entusiasmo de un espíritu bondadoso, el contacto de esas pilas de génio musical ó dramático, que representan los grandes intérpretes de la

escena; y si el gran poeta no hubiera coronado la inmortalidad de la artista, legándonos el ejemplo del respeto por los *histriones*, bastaríanos nuestro íntimo é irresistible sentimiento, para recordar con profunda simpatía al eximio cantante que ahora desaparece del mundo, pero que no morirá en nuestra memoria.



Eduardo Saenz es el héroe del cuadro «Un almuerzo de solteros», que figura en el libro *En la Brecha* (1). Los otros personajes eran, el infortunado Rodolfo Araujo Muñoz, Mariano Olivares y yo.

Saenz fué el niño mimado de nuestro grupo. Era la nota alegre, el canto, la sonrisa, el placer de vivir. Donde estaba Eduardo no cabían penas; era el primero en olvidar las suyas; sus ojos picarescos estaban siempre tentando la risa. Tenía poca hiel, no le duraban los enojos. Su historia íntima es muy interesante. La estoy anotando en mis *Memorias*.

(1) *En la Brecha,* por C. OLIVERA, 1 vol. editado en París, por Ch. Bouret, agotado.



EDUARDO SAENZ

Hace muchos años—no precisamos la fecha para rodear aquella época de la dulzura de la lontananza—había, en el Departamento de Policía de la entónces provincia de Buenos Aires, una oficina con más empleados que necesidades. No había mesas, ni siquiera sillas para todos. Ibamos por tandas, para hacernos presentes, y darnos lugar. La mayor parte éramos estudiantes. Ocupar un puesto de gendarme en la *Oficina Principal*, era como una beca, como una pensión para seguir estudios.

Después de breves momentos de conversación, cada cual se absorbía en sus libros. De cuando en cuando, algun trabajo insignificante de la oficina, obligaba á abandonar los textos, ó los cálculos, los dibujos, y á veces, hasta los huesos ó los trozos de cadáver, extraídos del hospital para estudiarlos en privado. Había allí algunas futuras glorias de la medicina, como Julián Aguilar y Adalberto Ramaugé. Había abogados que debían ser notables, como Luis Telmo Pintos, ingenieros, músicos, poetas y literatos. Pedro Bourel era jefe de una mesa, y cronista de *La Prensa*. Osvaldo Saavedra, después escritor sincero y de buen gusto, hacía la crónica de policía de *El Nacional*, de aquel viejo *Nacional* que en esa época recibía en sus columnas el pensamiento de Avellaneda, Sarmiento, del Valle, Lúcio López, Cané. Había hombres y jóvenes, hasta niños. Un amigo nuestro, á los 13 años, era reporter de policía de *La República*, dirigida por Manuel Bilbao.

Benigno Lugones, estudiaba primer año de medicina; era ya un irreverente, un espíritu liberal y fogoso. Carlos Monsalve, escuchaba, hacía caricaturas, y soñaba cosas tristes, mientras reía, como ahora. Eduardo Saenz era nuestro poeta.

Adolescente, simpático, sin obligaciones universitarias, libre como el viento, de un espíritu vivaz, inquieto, afable, pura ala, y pura música, balbuceaba ya el himno al amor, que debía ser el polo de su vida, y su manera especial de rendir culto á la belleza. Era como el *chingolo* argentino, que todavía perseguía en los alambrados y las ramas de los árboles, en las frecuentes rabonas á la oficina; tenía de él, la esbeltez, la ligereza, la inconstancia brillante, el canto armonioso pero breve, la espiritualidad incansable, la inquietud que lo convertía en perpetuo volido.

Cantó, vibró, se consumió en el fuego

de las pasiones más ardientes. Su vida fué un sueño que casi se realiza. De Lauzun se dijo que no era permitido soñar como él había vivido; de Eduardo Saenz se podría decir que su cuerpo no le pesó en los vuelos de la fantasía. La Fortuna no le atormentó sino para entregársele más amable. Conoció grandes dolores; la cuerda de su alma se tendió á veces hasta el gemido después del cual se pierde la vida ó la razón; pero esos dolores respetaron la dirección de su viaje por el éter; y lejos de desviarlo, lo hicieron más leve, más rápido, más impetuoso.

Sabía llorar, y sufrir y desahogarse. Sus versos eran dulces, sugestivos, personales. Contenían siempre una visión de mujer que jamás lo satisfacía. Había sed, pero también esperanza, en su canto, que se había hecho silencioso, como un suspiro ó una plegaria. El ansia poética, pura, suave, seductora, timbraba su palabra en el verso, y animaba sus ojos, que

no podían decir nunca todo lo que él sentía. Este era el hombre íntimo.

El hombre público participaba, naturalmente, del fuego vivo del poeta. Hablaba con naturalidad, elegancia, distinción. Hábil en el debate, flexible, sus giros no lo apartaban sino en apariencia, del eje de su carrera. En la legislatura de Buenos Aires, de cuya Cámara de diputados fué varias veces presidente, había sido uno de los oradores más brillantes. En los comités era un miembro siempre dispuesto á la diplomacia y á la acción. Su palabra era de todas las reuniones importantes; ha muerto, puede decirse, haciendo el elogio de sus amigos. Antenoche, todavía, pronunció un bello discurso en el banquete á Massey.

Su espíritu ha sido activísimo. Se desarrolló en aquel círculo literario y social,

del que han desaparecido Alberto Navarro Viola, Adolfo Mitre, Benigno Lugones, Rodolfo Araujo Muñoz..... Fué periodista en la primera época de *El Diario*. En la Cámara, su ilustración era principalmente constitucional. Fué secretario de la dirección general de correos. Y últimamente, cuando había llegado á la zona en que tanto ambicionaba desplegar su energía y servir á su patria, al Congreso, su cuerpo se reveló herido. Llevaba la flecha invisible de los dolores y de las emociones extremas, á que lo había conducido el alma sedienta que lo animaba. Se refugió en la tranquilidad de los campos, volvió el *chingolo* á visitar las ramas nativas, á aspirar la delicia de la juventud en el espectáculo siempre fresco de la naturaleza; la guitarra le sirvió de puente invisible para el rendido pensamiento, y por sus cuerdas, ¡pobre pájaro herido! exhaló los versos y propagó las imágenes de su última hora. Así terminaba el poeta genuinamente americano que había en él;

no pudiendo volar de rama en rama, libre como el viento, cantaba todavía desde el árbol solitario de los campos, los recuerdos de sus amores pasados pero siempre queridos.

La Fortuna fué su amiga constante, hasta en el modo de terminar su existencia. Lo mató como los dioses paganos mataban á sus elegidos; no le dió tiempo de sufrir, como no nos ha dado todavía ocasión de notar su pérdida. Se lo ha llevado como para un viaje misterioso, como para otra cita de amor, en que los testigos serían inoportunos....

Adios, Eduardo! Tus manos están casi todavía entre las nuestras; tu voz no se ha apagado aun en nuestros oídos.... tu mismo viaje sin despedida nos indica que pronto nos volveremos á ver.... Perdona las lágrimas, y mientras nos reunimos, prolonga la ilusión de tu canto en el espíritu amigo que abandonas!



GREGORIO TORRES

Era fácil ver en sus ojos la fisonomía de una raza de grandes señores, que se va extinguiendo. Esta raza ha sido prominente por su exquisita educación, por el refinamiento de aquella *urbanitas* en que se resolvió el exceso de poder romano. Era un cortesano, no un palaciego. Tenía el don de gentes. Hubiera vivido en el Louvre ó en Versailles, siendo galante con las damas, bravo y espiritual con los hombres, respetuoso y hábil con los reyes, sin comprometerse en ninguna intriga deshonrosa ni cometer ninguna vileza. Ha podido per-

tenecer á la mejor galería de Saint-Simon. Su consecuencia en la amistad, su bondad inagotable, su superior filosofía, le habrían procurado fiestas, invitaciones y respeto, así entre los ávidos mercaderes de honores y de dinero, como entre los cultores del espíritu, que en cualquier época y bajo cualquier tiranía, ofrecen el modelo de una vida exenta de extravagancias y debilidades. Era un hombre de mundo, cordial, sincero, fuerte. No olvidaba la vida, pero no la criticaba mientras la gozaba, aunque ella le ofreció siempre mucho más de lo que le diera. Ansias, dolores, imperfecciones, soberbias, desequilibrios, desalientos, vicios, delitos, faltas, ¿qué no vió en su larga y laboriosa existencia, y qué no excusó, suavizó, olvidó, sin hacer sentir jamás el mérito de su tolerancia?

En muchos hombres, esta tolerancia viene del tedio, del desprecio, del siniestro refinamiento de no querer mirar la vida sin un frasco de perfumes ante la nariz. Es más bien fastidio que afabilidad. En Torres,

la bondad corría de fuente; ella era su carácter, su fuerza, su rasgo principal. Parecía haber vivido siglos y no estar cansado. Su imaginación era un palacio. Inventaba figuras, colores, relaciones, ironías, absolutamente originales. No era un escritor, no se había pulido, pero su paleta derramaba tintes á la Bunyan. Tenía el espíritu literario. Era como el despertar de soles que en sus antepasados fueron auroras, allá, en aquellas épocas de amor, de guerras, de gentilhombría brillante, de pujanza varonil y de flexibilidades supersticiosas. Su manera de conversar, su expresiva fisonomía, el tacto delicado, innato, con que encantaba sin pretenderlo, revelaban el antiguo y largo abolengo de cortes talentosas en que se habían formado sus mayores.

El mundo que no lo conocía, que lo apreciaba solamente por su actividad y por el lujo de que naturalmente se rodeaba —aunque no era lujo, sino *confort;* para una naturaleza delicada las cosas exqui-

sitas no son lujo, sino comodidades,—ha de haber pensado con frecuencia que era un hombre ávido y absorbente. Sin embargo, no había jugador más correcto. En la persecución de la fortuna era audaz, pero honesto. Su galantería en ese terreno era altiva, señorial. Jamás una queja, ni un reproche, ni un rencor. Amigo, confidente y persona de influencia, con casi todos los hombres que han pasado por el gobierno en la época de su acción, nunca solicitó un favor que fuera granjería, ni se mezcló en negocio que arrastrara amarguras, ó lágrimas, ó pérdidas. Nadie perdió nunca con su amistad ni con sus asociaciones. Era claro y desprendido. Tuvo enemigos y se defendió de ellos con entereza, clavándoles las garras, y aun arrancándoles jirones, pero sólo cuando lo provocaron, y para olvidarlos. No ofendió, y sembró bondades y favores, distinguiéndose por la consecuencia que supo guardar á todos sus amigos, en medio de intereses y de tendencias políticas que divi-

dieron á veces profundamente, la sociedad argentina.

Su casa, su círculo, su influencia, han sido siempre elevados, afables, terreno neutral en que no se sembraba veneno. Hombre político, ha sabido subir y caer, no marearse en el éxito ni envilecerse en la desgracia. Su muerte será lo que el calor para las medallas antiguas, cuyas inscripciones no pueden leerse á frío. Ella nos hará ver en relieve cuánto había de sabio, de profundo, de respetable, en esta fisonomía original é irremplazable de nuestra sociedad. El sentimiento general que despertará su desaparición, es ya un comienzo de justicia histórica. Mientras ese día llega para los que no lo conocieron, la *Tribuna* cumple el doloroso deber de inclinarse ante la tumba del amigo personal, del constante copartidario político, del hombre que en público y privado sirvió á su país y á la cultura social tan empeñosa y noblemente como se lo permitieron sus fuerzas.



Una mañana de invierno, llegué á *Tribuna*, temprano. Me encerré en mi gabinete, y dí órden de no dejar pasar á nadie; que quería estar sólo. Después de un rato de meditación, me puse á escribir, y á llorar. Mis sollozos eran continuos y fuertes; felizmente no había nadie aún en la Redacción.

Yo sabía que Mariano de Vedia era tan discreto y tan exquisitamente educado, que si «yo queria estar solo», no entraría. Sentía la necesidad de desahogarme plenamente, á corazón abierto, á alas desplegadas. Y anotaba sin cesar las imágenes que el dolor me suscitaba. El papel en que lo hacía, estaba mojado con mis lágrimas. Pero á

medida que llenaba carillas, me serenaba y me consolaba.

De pronto oí pasos, que venían de la calle. Resonaban en el silencio de la casa, con un aplomo evidente. El recien venido no preguntó nada, y se dirigió á mi escritorio.

—No entrará.... pensé yo. El portero le habrá dicho....

Pero se detuvo, abrió la puerta, y entró.

Yo no levanté la cabeza. Seguí escribiendo y llorando, como si no hubiera notado aquella presencia.

Sentí que me ponían una mano en el hombro, con cariño, y una voz que decía:

—¿A quién está llorando amigo Olivera?

Levanté los ojos; era el General Roca.

—A mi mejor amigo, General.

—Hace bien.... Hasta luego.

Y se retiró.

Mi mejor amigo, era Félix Romano, un hombre de génio, en cuya estrecha com-

pañía había pasado años enteros. Valía mucho más que su reputación; como sucede con todos los hombres de valer, sus competidores habían querido atajarlo á fuerza de maledicencia.

Era, al contrario, un caballero perfecto. Su muerte, aunque prevista, me produjo un hondo sacudimiento; y á juzgar por la impresión que me causó el recuerdo que le dediqué, ese sacudimiento pasó, en parte, al público.

El día del entierro, fuí solo; no entré á la casa mortuoria; sentía la necesidad de desahogarme, y no deseaba que nadie viera mi dolor. Buscando con tenacidad, encontré un coupé, de los ultimos coches, y me arrinconé en él, al mismo tiempo que otra persona hacía lo idéntico. Era el floretista di Marinis, el adversario de Pini. ¿Qué nos juntó? El andaba buscando lo que yo buscaba. Pocos momentos después,—éra-

mos amigos viejos—estábamos llorando al pobre Romano.

En esa actitud nos vió Carlos Delcasse, que buscaba coche; y entró:

—Pero es posible? nos dijo, enternecido, que dos hombres como Vv. llestén orando como niños?

—Es que no lo conocías.... le contesté.

—Si V. no lo siente como nosotros, dijo di Marinis, es, en efecto, porque no lo conocía....

—Me rindo á la evidencia, replicó Delcasse—debe haber sido un corazón de oro, á pesar de ser un génio....

Y todo el camino fuimos recordándolo, sin poder contener las lágrimas. Tenemos, desde entonces, esa fraternidad inolvidable, con di Marinis; lo que prueba que la entereza no es enemiga de la sensibilidad.

Romano fué un meteoro. Creo haberlo retratado en su *Medalla,* sin exageraciones ni debilidades.



FELIX ROMANO

Rebotando, de pico en pico, y dejando en cada uno la huella nerviosa de sus garras; la mirada seca y brillante, el ánimo inquieto, herido en el corazón que tanto había ocultado al mundo, vino por fin á tierra el cóndor. La muerte lo alcanzó allá, en la altura inaccesible de su genio, en aquellos espacios fulgurantes que todavía parecían estrechos á sus alas. Luchó con ella, sin esperanza de tregua, airado de su prematura aparición; y no se entregó, que no era su espíritu de los que ceden; ella tuvo que arrastrarlo á la nada sin

haber conseguido su derrota. Así cayó, con su alma formidable en alto, como enseña gloriosa que flamea en solitario y no rendido bastión. Ningún enemigo se atrevió á tomarla; el respeto que imponía su fuerza, la hizo sobrevivir al brazo que antes la llevara triunfante en la batalla.

La soledad y el silencio rodean ahora al que fué gigantesco emblema de poder mental. Sus visiones luminosas no tienen ya una voz que las propague. El espíritu indómito y altivo que animó aquellas inmensas alas y aquel pecho ansioso de altura, ha desaparecido de nuestra vista. Sus despojos parecen reposar del dolor prolongado á que fueron sometidos, y que ningún músculo reveló jamás. El cóndor ha muerto con su secreto, sin mostrarnos la juntura de su corazón.

Si ha habido séres extraordinarios, este fué de ellos. Si ha habido cuerpos que parecieran gemir bajo el peso de un alma

demasiado grande; si ha habido espíritus que desbordaran del vaso que los contenía; si ha habido gallardías de ánimo que parecieran inmortales; si ha habido símbolos de lejana pero incomprimible divinidad, este fué uno de ellos.

Su afan, puede decirse, consistió en no dejar filtrar al exterior, el poderoso faro que llevaba dentro, y que lo guió en su camino á través de los múltiples obstáculos que él se placía en buscar. Se hubiera podido imaginar que su destino era sugerir por el razonamiento, la existencia de la profunda y misteriosa fuente de que venimos, esa perspectiva siempre lejana de otra vida superior, que tanto atormenta á los que pensamos, y que tanto abrillanta el espíritu de los que aman con su amor definitivo.

Se calumniaba, se oscurecía, se resistía á la inagotable vertiente de bondad que tenía en su corazón. Se hacía una coraza impenetrable de razonamientos, de convicciones, de durezas teóricas y de egoismos

orgánicos; apagaba sus luces, que eran de fiesta y de gloria; espesaban los muros de su lujoso palacio interior, para que el vulgo no se parara á su puerta ¡tan convencido estaba de que al más tímido llamado, tenía que abrirlas y entregar todo su tesoro!

¡Singulares misterios de la vida!

Este hombre que no deja dineros ni parientes, que apenas convidó á algunos de sus amigos á la hermandad completa de su conciencia; que no ofendió á nadie; pero que desalojó á miles; que suprimió las lágrimas, que desacreditó en sus lecciones la sensibilidad y el amor; que despreció á la humanidad, que fué insensible absolutamente á los honores y á la gloria; que huyó de la reputación y dió con el pié á la riqueza cuando ella vino á sus brazos; este hombre que no amó la familia y que no se acercó los niños; este que fué para quienes lo miraron de lejos, un

monstruo de egoismo y de soledad, era hermosísimo héroe, cultor exquisito de la bondad, de la verdad, de la honradez y de la nobleza!

Ahogaba las ternuras de que desbordaba; amar, aspirar, confiar, esperar, le parecían debilidades indignas de un gran espíritu. Así, cuando el destino lo sentó á algún banquete, apenas llevó á sus labios la copa del espumante y delicioso champagne del corazón, en cuya sed, sin embargo, se abrazaba! La rechazó, la apartó de su boca, con desdén. No se abandonó ni por un segundo á las flores, á las mujeres, á los niños, al dolor, al placer, á las corrientes naturales de la vida. Vivió como centinela atento de sí mismo, velando sus propias armas, como sujeto á un encanto que le impedía gozar de aquello mismo en que abundaba.

Vosotros, los que pasásteis á su lado, y no lo mordísteis de miedo; que lo ca-

lumniásteis y perseguísteis porque os dejó robar demasiado, ó se opuso á que le robárais; vosotros que lo aborrecíais por su fuerza, ó porque os engañó con sus desdenes para que no lo tentárais á beber el placer de mostrarse tan bueno como era, sabed que este sublime cóndor no os odiaba, aunque vosotros representárais la mentira, y fuera su culto la verdad, que él deseaba que fuera amarga. Ha muerto ofendido de la suerte, que lo hizo tan grande y tan incapaz de hacer su propia felicidad; pero en su inmenso espíritu, el odio no tenía más existencia real que el amor. Se había abstraído tanto del mundo, que las pasiones comunes no lo alcanzaban. Era todo cerebro, todo luz, todo bondad. Creía que todo era necesario é incoercible. No os recordaba sino para estudiaros con la calma brillante de su prodigiosa inteligencia.

Este hombre al que habéis hecho todo el mal que habéis podido, os servirá quizás más con su muerte, de lo que os sirvió

con su vida; pero sabed que era uno de los sabios más profundós de nuestro siglo, un génio, un prodigio de conocimientos de toda clase, un talento clarísimo, audaz, dominante, un alma recta, pura, diamantina, un espíritu insondable, el símbolo visible de todos los misterios que nos inquietan....

Romano era un inmenso motor sin aplicación. No sentía la espuela candente de la gloria. No tenía la sensibilidad de la vanidad. El mundo, lo que el mundo pensara de él, lo que el vulgo creyera ó no creyera, eran notas que no figuraban en su acorde. Embriagado en su propia fuerza, se anegaba en el ejercicio de su potente inteligencia, y no sentía el afán de exteriorizarse. Era solitario, único, completo. Estudiaba día y noche. En química, física, biología, fisiología, psicología y filosofía, era un vivo exponente de la ciencia contemporánea. Y, sin embargo, no tenía

ningún título, ni los quiso jamás. Como Sócrates, gustaba de la discusión, del contraste de su alma con otra también robusta; entonces su habilidad, sus recursos, la poderosa evocación de todos los datos que debía tenerse en cuenta, para cerrar el circuito de la ley que se pretendía averiguar, lo presentaban como un adversario formidable.

Era amable, exquisitamente bien educado, sin asomo de soberbia, galante y de un desprendimiento señorial. Atraía, como todas las grandes masas. Sus expresivos ojos, claros y dulces, pintaban lo que las palacras dibujaban. Ha escrito mucho, en los diarios, en folletos. Ultimamente, en *La Patria degli Italiani*, hizo un maravilloso compendio de la ciencia del siglo XIX; su saber producía vértigos. Ha muerto sin atreverse á créer en lo que yo todavía espero.

¡Oh maestro! He sentido un desgarramiento tan profundo al saber que te ibas,

que no me he animado á mirar tus despojos. He preferido dejar tu imagen grabada en mi memoria, sin las violencias de la agonía. Así te veo ahora, cerrando los ojos, de pié, sonriente, bondadoso, vivo. Nosotros hemos sido dos números de una misma cifra; dos corrientes de diversa densidad, que han marchado paralelas, sin confundirse, pero que se completaban al influenciarse por sus diferentes calidades. Correjiste mi imaginación, curaste mi vanidad, clarificaste mis creencias; yo te descubrí el corazón, y te endulcé la vida, obligándote á mostrarte tal como eras, á tantos y tantos, que salvaste de la angustia ó de la muerte.

Has marchado antes.... Mas que por mí, por tí, desearía que la muerte no fuera la anulación. Tu prodigioso espíritu es para mí una esperanza. Existen simpatías profundas que acercan los átomos, como se acercaron nuestras dos almas, uniones estrechas; déjame esperar que la muerte no sea mas que un accidente de la vida! Los

que te hemos amado en virtud de esa ley, seguimos amando tu recuerdo, y te sentimos aún cerca de nosotros. Todo lo que tú sabías era polvo, y viento, y misterio.... Adios maestro, hasta pronto!



ARTURO C. MASSEY

He aquí un hombre puro y bueno, que se ha marchado en el momento de la cosecha; las mieses estaban maduras; las había plantado con empeño, venciendo grandes dificultades, en terreno nuevo é ingrato, que su labor convirtió más tarde en fecundo; eran suyas, nadie se las disputaba; faltaba solamente aprovecharlas; y ha sido en ese instante que la Fortuna le ha negado el último favor.

. . . .

Algunas veces, cuando la Muerte hiere cerca de nosotros y sentimos casi el con-

tacto de su garra fatal, se apodera del ánimo una como desesperación, que quisiera resolverse en violenta protesta por medio de la renuncia al resto de la vida que nos deja. Acometidos en una afección profunda, lacerado el corazón que vivía de otra existencia, el dolor toma entonces el carácter sombrío y silencioso del encono. Se siente angustia y hastío de la soledad en que nos sume la desaparición del sér querido. Restablecida después en lo posible, la corriente de la vida nueva que surge de aquella muerte, el espíritu adquiere para las sucesivas desgracias que lo afligen, cierta resignación dolorosa, cierta flexibilidad que le permite mirar la vida misma como una cadena no interrumpida de muertes. Pero en esta ascensión á la insensibilidad ¡cuánta amargura provoca la figura de algún otro que se va para el eterno viaje, llevándose el secreto del retorno! Momentos fugaces, pasajeros relampagueos de la positiva inanidad de los sueños humanos, oh sabiduría! oh experiencia! qué

poco precio dejáis á la ambición, á la vanidad, á la esperanza! . . . .

Así como él, nos iremos también nosotros, con nuestros sueños de un día. Así como él, nos iremos también nosotros, al frío cementerio, en que volveremos á ser polvo, sin que de nuestras ambiciones modestas ó brillantes, quede otra cosa que débiles recuerdos, destinados á ser borrados por la planta sucesiva de las nuevas generaciones. Oh vida! Apenas hoja, rama, botón, flor; y á la mañana siguiente, nada!

Massey era el gentleman de la política provincial. Sobrio de palabras, afable, sin embargo; serio, sólido en sus amistades, con más pensamiento íntimo y con más meditación de los que revelaban su aspecto, tenía un carácter tolerante y una tenacidad inglesa para el propósito, que lo habían hecho adquirir poco á poco, con justicia, el alto puesto que ocupaba en el partido nacional.

Tenía la superior flexibilidad de los hombres que han vivido mucho; era liberal y sincero; tenía fé en la verdad, y mientras llegaba la hora de cada cosa, sabía esperar con brío, resistiendo ó acometiendo sin imprudencia y sin encono. Modelo de fidelidad y de consistencia, todos sus amigos sentirán su temprana desaparición como una lamentable desgracia. Porque Massey era bondadoso, y había puesto siempre su espíritu y su mano al servicio del que creía necesitarlo. En el consejo, era hombre de gobierno. No tenía las rarezas y brillantes cualidades de aquel inolvidable Eduardo Saenz, su amigo predilecto, que lo precedió en el terrible viaje, del mismo modo imprevisto y repentino; pero tenía el profundo buen sentido y la honestidad de la antigua raza fuerte de que venía; y la agrupación política que hoy lo recuerda con agradecimiento, le debe eminentes servicios.

Fatal, inevitable renovación de hojas en el árbol de la vida; otra reemplazará á la

que hoy cae sin haber llenado su carrera; pero los que deben acompañarla porque pertenecen á la misma rama, nos sentimos entristecidos y doloridos por su inesperada desaparición.



MÖMMSEM

Ha muerto Mömmsem, el genio literario más vigoroso de la época contemporánea. Schopenhaüer ha podido pensar más profundamente en ciertas materias abstrusas, vagas y de relativa importancia para la historia del espíritu; Nietzche ha cavado aún más hondo que Schopenhaüer; pero ninguno de los dos tenía la característica del genio, que es la armonía. Tenían del genio el impulso irresistible, la extraordinaria elevación del vuelo, el desprendimiento de lo vulgar; pero á ambos les faltaba el equilibrio.

Mömmsem, sin haber hecho profesión de la filosofía, era un profundo pensador. Su *Römische Geschichte* es un monumento imperecedero, una obra inmortal, que refleja no solo el trayecto recorrido por el espíritu humano, en su investigación de la verdad sobre el hombre y el mundo, sino el arte del escritor en cuanto tiene de más noble, más casto y más hábil.

Spencer, entre los filósofos, es el escritor más admirable, de los que ha tenido hasta ahora el mundo; es el que se ha acercado más al ideal de expresar su pensamiento con el menor resíduo.

Taine es la perfección del literato. Ni entre los hombres de ciencia ni entre los poetas se había llegado á la altura que él alcanzó, reuniendo los rayos de esos dos grandes prismas en un solo haz artístico.

Macaulay no tuvo tiempo de madurar completamente; veinte años más de meditacion y de trabajo, y sus obras habrían sido maravillas.

Renan, «mitad fraile, mitad sátiro», es

también un supremo artista, un inimitable pintor de lo que no quiere ó no se atreve á decir, de lo que el destino de Nietzche reservaba como zócalo para su nombre en la historia de las letras.

Pero Mömmsen, malgrado esas estátuas igualmente inmortales, ocupa un puesto aparte. Másculo, inexorable en el culto de la verdad, equilibrado, sabio y sin embargo artista, representa la mayor potencia literaria, porque es el único entre los grandes escritores contemporáneos que ha aplicado las mayores abstracciones científicas á la apreciación de la figura humana, que bajo su cincel, revive en el gran escenario latino.

Sus retratos de Catón, Aníbal, Sulla, el segundo Catón y César, son esculturas definitivas. La Alemania está, con razón, orgullosa de su gran escritor. Ante la magna obra que nos deja, su muerte no puede ser un dolor. Su grandeza es tanta, que impide casi, pensar en el hombre que la representa. Desaparece, sin embargo,

después de haber sido uno de los alemanes más ardientes en el amor de su patria, que contribuyó á dotar de la forma actual. Su nombre pasa á ser una estrella del culto inmortal del talento.



CELEDONIO CASTAÑERA

Ha muerto ayer en Quilmes, el Director de la contribución directa y patentes, señor Celedonio Castañera, tipo purísimo de empleado, laborioso, austero, limpio administrador de los caudales públicos. Era un modelo de afabilidad y de sinceridad. Hombre formado en la administración nacional desde su más temprana juventud, llegó al alto puesto de Director de la contribución directa, y se mantuvo en él, como en una roca, sin recurrrir jamás á la súplica ni á las influencias, por el solo prestigio de su intachable conducta.

¡Cuántas ráfagas políticas favorables y hostiles han pasado sobre su cabeza, precozmente encanecida en el trabajo, sin conmoverla ni alterarla! Se ha proyectado muchas veces modificar ó desviar su inexorabilidad en el cumplimiento del deber, por las varias inquietudes sociales ó administrativas que hemos tenido en años anteriores. Castañera resistía siempre, con la sonrisa en los labios, bondadoso, lamentando no poder condescender con las exigencias de su puesto. Estrelláronse en su tenacidad, á veces, hasta algunos superiores, que hubieran deseado, en ciertos casos, dejar dormitar las leyes para salvar á personas que necesitaban de esa benevolencia para escapará grandes sacrificios.

Al fin, se impuso. No era un hombre, era el deber. No era duro para los otros solamente; era duro para sí mismo. Modesto, delicado, siempre á disposición de los amigos que le pedían cualquier deferencia *personal*, no transigía absolutamente con

nada ni con nadie, en lo que se relacionaba con el servicio público.

Muere pobre. Esta clase de hombres jamás tienen dinero. Son enamorados de un ideal que no lo necesita. Viven de enderezar y de resistir. Había un perfume de virtudes antiguas en su casa. La mano que allí se ofrecía al huésped ó al amigo era impulsada siempre por la tolerancia y la verdad. En aquel hogar no había secretos ni mentiras. Y la misma afable firmeza que oponía el Castañera servidor público, á la corrupción tan natural á las grandes administraciones, oponía el Castañera padre de familia á la corrupción tan natural á las grandes sociedades. No se vivía á su alrededor para la vanidad ni para la ostentación. Su cara abierta y franca alejaba el artificio. No era un envenenado por la mala suerte, pero su experiencia de la vida y sus inevitables dolores, lo habían alejado naturalmente de muchos placeres que la fortuna le negó con crueldad inexorable. Era un combatiente, un lucha-

dor, que había tenido siempre la corriente en contra de sus brazos, pero que la adversidad había tallado héroe.

Sirvan estos breves recuerdos—si es posible—para mitigar el dolor de su familia y amigos!



BISMARCK

El hombre extraordinario que acaba de morir en Sajonia, representa una modalidad tan especial en la vida de la humanidad, que es probable, que cuando su figura política haya sido definitivamente incorporada a la historia en su valer intrínseco, todavía quedará por estudiar su figura moral.

Según los cálculos y opiniones de la psicología contemporánea, Bismarck no era un génio, no tenía los rasgos excéntricos, las llamaradas que revelan fuego insondable ó cúspide inaccesible de la propia curva,

los prodigiosos desequilibrios que lanzan el alma, como un alud, hacia los abismos de los que se vuelve tenebroso pero iluminado; no mostró jamás esa especie de concatenación que reune el génio con el espíritu invisible de los misterios, y que va dejando una huella, una espiral, un anhelo creciente de penetrarlo y de apagar en él la sed innata que traemos. No era un curioso, ni un impaciente, ni un soñador. No tenía debilidades, ni ternuras, ni vacilaciones. Pudiera decirse de él, lo que Shakespeare de Coriolano: «Solo le faltaba la inmortalidad para ser un dios».

El abolengo moral de Bismarck principia quizás en Sulla, el vencedor de Mario. No encontramos otra figura en la historia, cuya marmórea imperturbabilidad pueda serle comparable. Está hecho de una arcilla al parecer diferente que los demás hombres. Desde que aparece, desde el colegio, desde que su personalidad se esboza hasta el momento en que se desintegra, Bismarck es la concentración y el dominio de las

fuerzas que parecen destinadas á oprimirlo. Solo, con una sola idea y una sola voluntad, resiste al ambiente, al pensamiento revolucionario que viene despeñándose sobre el derecho divino desde 1789; el oleaje furioso de 1848, lo halla en su camino, como una arista; y sin embargo, se vé este prodigio: la arista lo detiene, lo encauza aquí, lo divide allá, lo desparrama, lo esfuma, luego lo evoca, lo enfrena y lo monta, arrojándalo sobre sus vecinos y sus hermanos, á veces convertido en victoria militar, otras en tratados de comercio, en combinaciones diplomáticas, ó en casos de vanidad ó de interés.

Y todo esto sin tener ni siquiera al monarca como punto de apoyo, ni á los terrores religiosos, ni á la nueva filosofía. Al contrario: su estandarte es el pasado, con sus subordinaciones y gerarquizaciones más rígidas. No es un poeta que embriague, ni un orador que fulmine, ni un guerrero que fascine. Es un monstruo de la voluntad, solamente. Ha suprimido la sen-

sibilidad; tiene sus ojos fijos con extraña insistencia en un punto lejano, al que deben converger los intereses y las fuerzas del nuevo arreglo molecular del imperio alemán; es un saturado de unidad y de predominio prusiano; es un irresistible, que imanta y nuclea cuanto elemento puede figurar en la futura organización, y que inhibe, como el cerebro de cuya fórmula suprema es un prodigioso representante, todas las corrientes que podrían oponerse á la síntesis que proyecta.

Como Sulla, si los afectos, las vibraciones íntimas, las reverberaciones del corazón, se encuentran alguna vez en el camino de su ambición, su espíritu no los escucha; *ferro et igni* es su verdadera divisa; no es cruel, pero es impávido; no es duro, pero sacrifica sin vacilar las resistencias que encuentra á su paso.

Después de Sulla, su abolengo se perpetúa por Machiavelli. Es su misma terrible transparencia de dominador, de matemático del alma, de estratégico sereno é inque-

brantable. La humanidad es para él un tablero de ajedrez; y juega sobre ella sus partidas con el ánimo resuelto al triunfo, reduciendo la sensibilidad, los anhelos religiosos, las aspiraciones morales, á la categoría de cantidades de fuerza y exponentes de la acción. Dotado de una energía maravillosa, toda compuesta de vigilancia y de intervención oportuna, realiza la imagen del *hombre cerebral* que hacen entrever para el porvenir las especulaciones de la fisiología mental de nuestro siglo. No gasta nunca su fuerza; la emplea; no reposa; su silencio es una economía, que aumentará el empuje del salto próximo.

Tan extraordinaria estructura y actuación, merecen, como decimos, graves estudios.

La obra de Bismarck es vasta como político, pero creemos que su importancia como fenómeno moral en la historia del proceso humano, es mucho más grande,

y que de este punto de vista, su figura resulta un verdadero prodigio. Ya lo hacía presumir, y como anunciar, el brillante desequilibrio de Federico de Prusia; pero que esta alma de águila encerrada en cuerpo femíneo, debiera terminar por encontrar su fórmula definitiva, en un equilibrado que borra todas las concepciones de la debilidad humana, es lo que no podía esperarse ni concebirse.

Bismarck es una figura que por su dominante y fascinadora voluntad, por su fuerza omnipotente, humilla y reduce los espíritus de su ambiente.

Su influencia sobre su pueblo y sobre la Francia de 1870, es como una hipnosis. Ha roto todas las barreras ó saltado sobre ellas. Ha hecho una nueva patria, un nuevo centro de cultura, de moral y de felicidad; pero como si fuera amo de hombres, y no igual en derecho á todos. Ha arrancado muchas vendas á los ojos del mundo. Ha «cumplido su deber» como él mismo ha dicho.

Respeto para este prodigio que emprende el viaje misterioso de la muerte. Respeto para este fruto de nuestro siglo. Respeto sobre todo, para su terrible patriotismo. Si el éxito es la medida del mérito, Bismarck ha llenado la medida.



CASTELAR

Era uno de los prodigios mentales de nuestro siglo; el mayor, si se atiende á la extensión de su obra. Durante cincuenta años ha llenado la prensa, la revista y la librería de Europa con los productos de su mente inagotable. Diferente de los árboles, parecido al Océano, frutaba en todas las estaciones, empleaba su fuerza en todos los momentos.

En su época, solo un hombre ha podido comparársele. por la fecundidad, el brillo de la imaginación, el amor del ideal y la vena poética de sus sentimientos políticos:

Víctor Hugo. Este siglo ha sido el de los ancianos maravillosos; Castelar es uno de ellos. Bismarck, Gladstone, Crispi, Cánovas del Castillo, Sarmiento, especie de cometas rutilantes que cruzan el espacio y suspenden hombres y acontecimientos á su luz maravillosa, nos preparan á admirarlos por las calidades más salientes del espíritu humano; y parécenos que á Castelar ha de reconocérsele, sin dificultad, la personificación de la Elocuencia.

Fué como ellos, ilustre por la flexibilidad del génio, por su adaptabilidad á las inspiraciones de la filosofía, que ha cambiado de centro de gravedad en el tiempo en que vivieron, sin dejarlos atrás, cultivando las caras visiones de la sabiduría cristiana. Así, habiendo principiado, como Gladstone, por la intolerancia de la escuela clásica, pronto abandonaron el proselitismo, y fueron liberales en materia religiosa para serlo en materia política.

Fué Víctor Hugo, la poesía del calor y del sonido; Bismarck, la voluntad; Glads-

tone, la sabiduría; Cánovas del Castillo, la honestidad en el patriotismo; Sarmiento, el génio; Castelar, el orador.

Ni antes ni ahora ha existido alma como la suya, tan capaz de ser el torrente de la elocuencia. Y Sócrates, Demóstenes, Gorgias, Ciceron, han sido preparadores de discursos, almas sedientas de la belleza de la idea y de la forma; pero arrancados al marco del auditorio clasico, colocados frente á un hombre moderno, obligados á evocar los millones de hechos, de figuras y de relaciones psíquicas de la historia del mundo; necesitados de elevar la tensión cerebral á la máxima de la reflexión, del análisis, de la síntesis ó de la generalización científica, perderían en el esfuerzo, la gracia, la majestad, la elegancia con que manejaron sus conceptos.

Burke, Sheridan, Fox, Pitt, representan ya una inmensa complicación de la elocuencia antigua; instrumentan con habilidad, hacen vibrar el arpa multicorde en que se ha trasformado el laud grave, sonoro y pro-

fundo de Sócrates y de Platon; pero los temas que ellos desarrollan reclaman menor contracción que se necesita en la época de Castelar.

Allí era la tribuna inglesa, sin taquígrafos, sin prensa completa, sin atmósfera resonante; Castelar tiene por auditorio al mundo entero; el teléfono vibra á su inspiración, el diario se tiñe con sus colores, como el cielo con los rayos del sol; el libro se hace prolongación eterna de su palabra. Y son pueblos, monarcas, partidos, hombres de política, de universidades, de pasiones, quienes lo escuchan; y necesita, para pasar y dominar con su pensamiento, ser más elocuente que Demóstenes, más hábil que Ciceron, más dramático que Sheridan, más torrente que Pitt!

Ya no se trata aquí de escuchar á Quintiliano, y de desbordar las aguas de la pasión en canales de clásica construcción; ni la sangre y la guillotina, el terror y la embriaguez del vértigo, calientan la atmósfera de Mirabeau, Vergniaud, Guadet,

de modo que parecen sus discursos avalanchas espumosas é irresistibles; es el mundo internacional, la diplomacia europea, los hombres más instruídos, el público más exigente, más refractario al desorden y más entusiasta de la belleza, el que Castelar tiene que arrebatar y seducir.

Día y noche, pues, no ya como un hombre, sino como un cíclope, es decir, como una fuerza fabulosa, su martillo de forjador de imágenes y su vara de despertador de sentimientos sublimes, se empeñan en pasear en el carro magestuoso de la República y de la Libertad, las almas vacilantes ú oscuras del siglo veleidoso y febril en que lo ha arrojado su destino.

La historia, la literatura, el romance, la poesía; la elocuencia parlamentaria y tribunicia, el meeting, el comité, la revolución, la conspiración, el poder, todo va á servirle para cultivar su ideal, para mantener á los espíritus en la saturación especial de su luz meteórica.

Así ha encantado, seducido, arrastrado,

convencido ó derrotado á sus adversarios, que han llegado á ser como moléculas ante el paso de su génio, aun cuando luego se unieran para resistirlo con las fuerzas de las masas superiores. En el poder no fué republicano, en la cátedra no fué anarquista, en la política no fué revolucionario; y se le ha reprochado que tanto impulso como prometía emplear en aquellos variables ideales, lo hubiera contenido y encausado en el momento que debía despeñarlos cuesta abajo de los pueblos. Inevitables inconsecuencias entre el arquitecto y el constructor, entre el proyectista y el ejecutante, ellas acercan su figura de prodigio á la medida humana...

Pero lo imperecedero en ella, es la altura maravillosa que alconzó en el dinamómetro de la elocuencia, su espíritu de sábio y de artista, de hombre honrado, de patriota, y de cultor de todas las virtudes. Cometió errores, pero no faltas. Era un elemento de orden y de compostura en la democracia bullente de la Europa; supo

contener la fuerza de que estaba animado; y en lugar de ser tea de incendio fué antorcha de la verdad.

No muere; nace hoy á la inmortalidad, como todos los grandes caracteres. España le debe memoria eterna, por haber sido altísima columna en el templo de la gloria humana. Las naciones de la Europa que han vivido tantos años de su inspiración; los Estados Unidos que lo reclamaron para maestro, la América del Sud, en que fué una figura familiar y simpática, todos los que hemos crecido con su palabra y que tenemos en la mente el eco de sus lecciones, debemos mirarlo como un conciudadano de la república universal, como un ilustre amante de la libertad religiosa, como un virtuoso demócrata, que coronó todos sus méritos con el prodigio de ser el orador más cómpleto que ha habido hasta ahora en el mundo!



SPENCER

Los filósofos y los poetas son los únicos que realizan en la existencia humana, el bello sueño de la inmortalidad. Las ideas y los cantos sublimes se propagan de siglo en siglo, arrancando de la vida efímera una esencia eterna. Como liras suspendidas en los bosques de la Historia, ellos continúan derramando á los vientos sus voces sagradas, de las que el alma pasajera del hombre saca esperanzas y virtudes.

Así, la realidad melancólica del árbol que muere, por lozana que haya sido su

existencia, se ilumina con la realidad brillante del árbol que renace en la especie. La leyenda de Prometeo, nacida como una flor triste en el bello paisaje de la Grecia, contiene la nota mas alta del anhelo humano por la perennidad.

De ella, como el perfume penetrante de una corola hollada por la planta impasible del Tiempo, se levanta la Idea, encarnación del hombre mismo, su representante alado, pero inmortal. Pueden morir los poetas; sus cuerpos volverán á la tierra madre que los produjo; pero sus cantos vibran y vibran á través de las edades, renovando su eternidad y su gloria. Pueden morir los filósofos; al gran laboratorio universal volverán las partículas divinas que los formaban, brillando luego en colores en el aire, dando hojas en las plantas, piedras en las montañas, granos en la tierra ó arenas en el lecho de los mares; sus nombres serán quizá olvidados; pero los movimientos que engendraron en la atmósfera del mundo, nunca morirán.

Como puntos de un círculo, como vibraciones de una cuerda, como rayos de una luz, esos movimientos que son ideas, van y vienen, emprenden viajes inmensos, atraviesan mares y desiertos, reposan en las ciudades, entran por los cerebros de los hombres, y pasan, cruzan ó vuelan, creando otras ideas, excitando el eterno semillar de la inteligencia.

¡Qué grandiosa figura la de Spencer! Ningún hombre ha rehuido más que él, los honores ruidosos, ni adelantado más su figura intelectual. Los pueblos lo han buscado para la apoteósis, y él les ha ocultado la persona, mandándoles en cambio, sus libros. Estos libros son el verdadero Evangelio del mundo moderno; enseñan la modestia, la falibilidad humana; hacen sondajes claros y firmes en la conciencia, demostrando la pequeñez del criterio humano ante los grandes misterios del mundo.

Los Dioses y las Religiones se desploman ante su soplo poderoso; los errores y las preocupaciones se desnudan á la vista; el

Orbe resplandece puro y uno, pueril pero grandioso; la ley impasible y ciega es sustituída á la voluntad caprichosa é infinitesimal del hombre; se borra el paisage brillante de la leyenda y el alma entristecida por la humillación del amor propio, se postra admirada y aterrada ante la inconmensurable grandeza del Universo.

El cuadro desborda; la mente humana queda absorta; su infinita pequeñez resalta como un detalle efímero en medio de aquel concierto de soles y de estrellas, de misterios y de abismos, de soledades y de bellezas. En el espíritu sublimado, la angustia se mezcla á la adoración; el sollozo hace parte del himno.

Vanidades que inflan los cuerpos, mentiras que ofuscan el alma, apetitos, deseos, ideas, sentimientos, todo es humo ó niebla. Mirad la existencia: es un minuto, un átomo! En ella no hay sino oscuridad y ruido pasagero. Solo sobreviven los cantos proféticos de los poetas y la palabra sagrada de los filósofos, como si en ellos

residiera una virtud secreta, un algo que los acercara á la perfección.

Somos como las olas del mar, inmensas por el número, nada en sí mismas. Analicemos esas montañas y llegaremos á la molécula. Solas, son pueriles, juntas, son la indomable naturaleza.

Como el espíritu de esas aguas, como el alma misteriosa que las anima, son los poetas y los filósofos para la humanidad. Spencer ha derramado sus ideas por el mundo; ellas han socavado las preocupaciones, pulverizado los errores, iluminado los antros; y al fin, esbeltas, vigorosas, eternas, han reaparecido en este rincón de América, moviendo los ánimos á la regeneración.

En la historia de la evolución literaria del mundo, la obra de Herbert Spencer es una excepción.

Nunca hasta ahora había sido dado á un hombre el llevar á cabo un plan tan

inmenso. Muchos otros antes de él habían concebido planes gigantescos; pero no pudieron terminarlos. Platón llenó su carrera hasta el fin; pero esa carrera no demandaba el prodigioso esfuerzo que ha debido hacer Herbert Spencer.

Los filósofos deductivos, además, los que proceden de lo general á lo particular tienen una tarea sencilla, relativamente á los del método inductivo. Sentada una premisa aparentemente verdadera, obtienen de ella, por riguroso sistema lógico, consecuencias indudables. La labor en el método de Spencer, es mucho más engorrosa.

A los 45 años había obtenido el triple título de médico, abogado é ingeniero. Ha trazado con su sola mente, todos los aspectos del mundo. Ha visto los fenómenos bajo todos los prismas. El hombre de ciencia en él, se ha completado con el literato y con el padre de familia. Ha rehusado tomar participación directa en la vida pública.

La cantidad de estudio almacenado por

su solo espíritu es maravillosa; probablemente, en ninguna época ha existido un hombre que conociera mejor las leyes generales de la vida, y que á pesar de saber tanto, haya conservado el poder propio de *filosofía* sobre esos fenómenos con admirable claridad é independencia de criterio.

La Inglaterra moderna ha producido eminentes literatos, pero á ninguno ha favorecido la suerte tanto como á Herbert Spencer. Los dos espíritus más claros y más filosóficos que hubieran podido disputarle el incomparable premio que él ha conseguido, Macaulay y Buckle, murieron jóvenes, agotados por los extraordinarios abusos que se necesita cometer en el campo mental, para realizar el prodigio de reflejar el siglo XIX en el cerebro.

En la obra de Spencer, que parte de un punto opuesto al de Platón y de Kant, se reconoce la figura de los conocimientos humanos en un círculo.

Ahora pasa de la forma que llamamos Vida, á la que llamamos Muerte. Ante su tumba están demás las lágrimas. Sería como llorar la transformación de una estrella en otra estrella.

Su destino ha sido tan extraordinario que el espíritu no se siente estremecido; la admiración que produce su figura impide al dolor hacerse sensible.



Lamas, Jefe del Estado Mayor de la Revolución oriental, era el blanco de las miradas argentinas, porque era general la creencia de que llegaríamos á tener una séria contienda con Chile.

Joven, inteligente, instruído, educado en el Estado Mayor argentino, estábamos seguros de contar con él; y era una de las primeras pruebas que iban á hacerse sobre el terreno, de la instrucción militar superior que se recibía en nuestro país.

Terminada la revolución uruguaya, esperaban á Lamas en Buenos Aires, los recibimientos más cariñosos. Y de pronto, una caída de caballo, lo anonada. La

noticia llegó por telégrafo y produjo sensación dolorosa en todas partes.

Lo conocía sólo de vista. Pero lo había seguido con vivo interés en su actuación militar.

Inmediatamente tracé las líneas que van en seguida, y que traducen el sentimiento que llenaba en aquel momento á nuestro país ante la inesperada pérdida de uno de sus futuros generales.



LAMAS

Ha caido el héroe.

En lugar de los laureles que el respeto y la admiración de dos naciones hermanas aprestaban para adornar sus sienes, su cuerpo desciende hoy á la tumba, sobre un lecho de esperanzas muertas, bañado por las lágrimas de deudos, de amigos y de miles que no lo conocieron sino á través de su génio.

Porque era un génio, Lamas!

La enorme, la inmensa, la incalculable pérdida viene de ahí, precisamente. Era un reflejo del génio americano, del nuevo

génio que surge de nuestra civilización, del empalme de las antiguas y bravías virtudes, con la disciplina mental de la vieja Europa. Tenía la envergadura del águila y la gracia de las flores. Hermoso como un ephebo de la antigua Macedonia, llevaba en sus músculos la tenacidad y la flexibilidad del acero. Se movía con la elegancia de los séres completos, de las personalidades cuyo centro de gravedad cae dentro de sí mismas; se hubiera pensado que recorría un ciclo en que la victoria le había sonreído siempre; tenía ese aspecto prodigioso de los hombres que al andar sobre la tierra parecen más bien recordar la vida, que vivirla. No era el torrente, era la llama. No era la ira, era la razón. En su mano, la espada se convertía en balanza. El suave pero incontrastable ritmo de su voluntad, envolvía á los hombres, las resistencias, hasta los contrastes, en una sola onda de victoria, pero tan alta, que la derrota no causaba ofensa.

Los adversarios de Lamas tenían que confesar ese prodigio, que sus amigos admiraban; y que sus subordinados obedecían ciegamente, con la pasión que rodea á los profetas: su voluntad pesaba en el rádio de su influencia, como un acorde perfecto suena en el oído. No tenía enemigos. Era afable, generoso, superior. Su temple heróico se revelaba en sus menores actos. Donde triunfó de la Fortuna, pareció asistir á una cita. Todo le hubiera sido fácil, menos la vileza. Su muerte es un honor menos para nuestros dos países, que, con razón, nos diputábamos sus simpatías. Con él se ha ido un ejemplo, y un estímulo. Muerto en flor, cuando recien acercaba sus sienes al laurel terrible de la victoria, cuando no habiamos podido admirar más que el sacudimiento de sus alas, tenemos derecho de pensar que habría llegado, como el cóndor, á la cima, si la Fortuna le hubiera sido propicia; y no porque venció poco y derramó poca sangre, es ménos héroe quien miró al sol

con fijeza y principió á remontarse sereno y alto sobre las multitudes y los egoismos!

Estas son las tumbas que reclaman flores y lágrimas. Para ellos deben ser nuestros dolores; para los héroes que no llegan!

Melani ha sido uno de mis amigos más tiernos, más cariñosos. Y sin embargo, había hablado poco con él. Nadie hablaba con él, con palabras, al ménos. Su manera de expresarse, de traducirse, era silenciosa, pero elocuentísima. Su lenguaje procedía de los ojos, de los gestos, de las sonrisas. Era un sonámbulo. He comido años seguidos con él, en la mesa de Félix Romano. Lo mirábamos como á un sueño. Escuchaba nuestra palabra? Yo creo que nó. Yo creo que ni veía, ni oía, ni estaba en ninguna de las cosas de este mundo.

Una noche,—me retiraba, á pié, como

á las 3 de la mañana, en Buenos Aires, de *La Argentina*, allá por 1890—y en una bocacalle central, oí un murmullo, algo así como una conversación cariñosa. Me acerqué, poco a poco, hasta un coche que estaba por allí, parado. Un hombre estaba hablando, en voz casi baja, á uno de los caballos, mientras le acariciaba lentamente la cabeza. Le hablaba, y parecía escuchar sus respuestas. . . Era Melani.

No lo quise interrumpir; él ni me veía ni me hubiera escuchado, Hablaba en napolitano, á la pobre bestia, le decía de su cruel destino, la exhortaba á esperar, á confiar en la otra vida. . . Yo creo que lloraba. El corazón se me oprimió, y me arranqué á aquel espectáculo extraordinario, grabándolo en mi memoria, como una de las cosas más naturales en la existencia misteriosa é inexplicable de aquel gran artista.

Nunca he visto ojos más comunicativos, más dulces, más anegados en vida interior, que los suyos.

Escribía en *Tribuna.* cuando murió. Ese mismo día, hice su medalla.

Recuerdo que ella alivió ó endulzó algo el dolor de los ilustres artistas y cienciados napolitanos, con quienes estaba en contacto en Buenos Aires, y que en general yo frecuentaba mucho. Recién cuando murió Melani se dieron cuenta de que habían perdido un hombre de génio.



MELANI

Lo conocíamos. Era un hombre de génio.

Tenía la apariencia de un sonámbulo. Sus grandes ojos grises abrían como un campo infinito á la mirada que deseaba penetrarlos. Hablaba con ellos, desplegando perspectivas inmensas, siempre más lejanas y atrayentes; parecía habitar en su interior algún sér alado, luminoso, que aspiraba á hacer comprender lo que ninguna lengua humana podría traducir.

Melani se paseaba entre los hombres como una sublime bestia estraviada, omni-

potente en su fuerza, que sonriera de fastidio al no encontrar el camino del planeta que algún mal génio le hubiera hecho perder. Los acostumbrados á respetar los misteriosos delirios del arte, lo consideraban naturalmente como un ser extraño y poderoso, cuyas apariencias de mortal no bastaban á engañar sobre su esencia supraterrestre.

Su manera de gozar de la compañía y de la amistad, producía, á la larga, una sensación deliciosa, como si algún oculto perfume se escapara en silencio de aquel vaso sagrado, y terminara por embriagar la atmósfera y la vida á su alrededor.

Miraba, escuchaba, sonreía, y guardaba el más elocuente de los silencios. Tenía efusiones de niño, repentinas claridades que parecían desbordes del foco que llevaba adentro, simpatías por la alegría y el dolor de sus amigos, que lo llevaban á abrazarlos ó á sentir sus ojos llenos de lágrimas. Su exquisita sensibilidad lo convertía en un instrumento vibrante al menor soplo.

A veces, su magnífica figura de león se enderezaba en repentina crispación de cólera, y se creía ver correr entre su melena sedosa la chispa eléctrica que acompañara al estallido de luz en sus ojos de felino.

No había de ser con palabras que se encendiera aquella divina lámpara, sino con notas, con frases inspiradas, con el encanto superior que lo ligaba á la música. El violín lo transfiguraba. Toda su ansia continua de amar y ser amado, esa inquietud que lo atormentaba y que lo obligaba á guardar silencio, como si no pudiera desprenderse del génio que lo poseía, se centuplicaba, se agigantaba; y entonces se le veía luchar con la misteriosa é impalpable inspiración, perseguirla, sollozar ó rugir con ella, para caer luego rendido, desalentado ó iluminado por el triunfo.

¡Qué misterio es un artista, un artista como este, genuino, puro, indescriptible, supremo, verdadera chispa de ignoto fuego sagrado!

Los cuerpos en que llamean estos espíritus, parecen eternos atormentados. Cuando mueren, no se diría que mueren, sino que se rompen bajo el peso del omnisensible *dœmon* que encerraban; y que entran á descansar mientras él vuela á otras regiones, satisfecho de abandonar su mortal prisión.

Melani, grande, magnífico, sublime artista, *addio!*...

———



Había conocido al Dr. Calderón desde muchos años atrás, cuando ocurrió su fallecimiento. Habíamos sido empleados ambos, en la misma Repartición de Policía. Era de mi barrio, en la Capital Federal. Lo que he dicho de él, me consta, lo he vivido. Por eso tienen esas palabras un aplomo perfecto.



CALDERON

Ha fallecido ayer el Dr. José Mª. Calderón, Ministro de Gobierno de la Provincia.

He aquí un hombre que merece recuerdo honorable. Fué bueno, laborioso, probo. Tuvo uno de los corajes que más difícilmente se tiene en las sociedades republicanas: el de *ser pobre.* Era inteligente, y sin embargo, no tenía avidez por el dinero, ni por las voluptuosidades que procura, ni por el refugio que constituye para la vanidad, ni por el reposo que brinda á la pereza.

Se elevó alto, pero poco á poco, de modo que nunca estuvieron sus aptitudes debajo de sus puestos. No lo hizo por desgano ni por cálculo, ni por impotencia; era modesto, se había medido y se había resignado á su medida. Nunca halagó sus oídos el aplauso; el poder no lo deslumbró. Sabía mucho más de lo que parecía; era profundamente observador, y una ironía fina, disfrazada por la cortesía que le era natural, mostraba que su sagacidad igualaba su decisión en la lucha por la vida. Era reservado, pero sin encono. Lo hemos conocido empleado en la policía de Buenos Aires, y lo hemos seguido en sus ascensos; jamás dió lugar á críticas por indolencia, en la magistratura, á pesar de los ejemplos que lo rodeaban; ni á sospechas siquiera, de su probidad. Había tenido una juventud prudente, virtuosa; y continuó siendo un modelo de templanza durante el resto de su vida. Tenía del mundo una imagen poco halagüeña, como la tienen todos los hombres que observan

profundamente; pero la callaba. Se evitó lo más que pudo el desagrado de protestar y de indignarse. Fué impermeable á la mentira, y á la corrupción. Concentró en su familia y en algunos pocos amigos la afectividad que no se atrevió á desparramar. Fué justo, nunca se sometió á los tiranuelos, y supo evitar por su modestia las consecuencias de su tranquila altivez.



Manuel Rocha es una de las figuras más reales de mi galería. No he avanzado una palabra en su retrato, que no represente y concentre uno de sus rasgos acentuados é indiscutibles. Es uno de los hombres de mayor valor moral que he conocido. Yo no aprecio el coraje de jugar la vida, al par del que se necesita para seguirla viviendo, cuando la suerte nos ha privado de toda perspectiva de placer y aún de tranquilidad. Creo que, como esfuerzo, es infinitamente mayor el segundo que el primero. Durante muchos años, Rocha fué para mi un modelo silencioso, que yo en

silencio admiraba. He incidido sus rasgos en el metal de mis *Medallas*, con tanto vigor como sinceridad; porque, á pesar de su desaparición, continúa para mí siendo un modelo.



MANUEL ROCHA

Al fin ha terminado su lucha con la adversidad. Ha caído con la misma altivez silenciosa y digna con que soportó su largo destierro de las altas posiciones. Desde su duelo con Alem, Rocha quedó herido. Su figura, bondadosa y suave, no pudo resistir al torrente que representaba en la opinión el ardoroso tribuno. Puesto en contacto con el rayo, palideció su estrella. La fascinación que Alem ejercía á su alrededor, se vengó en él, de la soberbia que había osado no quebrarse. Y se vió luego este sublime espectáculo; el de un

hombre condenado á la miseria por no haber sido más brillante que el caudillo á quien resistiera, y que, sin embargo, sobrelleva esa miseria con una constancia heróica, hasta el día de su muerte, sin haber doblegado jamás su espíritu.

Lo hemos visto luchar, día á día, durante muchos años, y perder sucesivamente pié en el áspero sendero que trepaba, sin que las heridas lo hicieran desfallecer. Su fuerza se desvanecía; su corazón sufría los mayores dolores; los últimos eslabones que lo ataban á la vida, se le rompieron entre los brazos, sin que un quejido hablara de su desaliento. Cuando perdió en breve término sus hijos adorados, viejo, pobre, sin esperanzas, su estoicismo fué la revelación del alma de acero que tenía. Sin petulancia, sin artificio, estaba en todas partes, donde lo llamaba su deber ó la cortesía. *No pedía, no se quejaba.* Quizás cuando nadie lo veía, aflojaba sus músculos y dejaba trasparentar en su rostro la fatiga; pero, en el mundo, tranquilo, con-

fiado en su fuerza, sereno, marchaba derecho con su mochila y sus armas, envolviendo el espectáculo de su pobreza en un como manto de dignidad y de buen tono, que imponía el más conmovedor respeto. Tuvo, pues, el valor más grande que hay en el mundo: el de aceptar todas las situaciones sin incomodar ni ser gravoso.

Pagó su tributo de sangre á la patria en los campos del Paraguay, aceptó grandes responsabilidades, y cuando fué necesario protestar contra los torrentes, protestó, y siguió altivo luchando aún después que el torrente lo despeñara cuesta abajo. No nos atrevimos nunca á hablarle de su heroicidad de ser diamante en una sociedad de mampostería barnizada, porque temiamos ofender su silenciosa modestia; pero conservamos viva y tenaz la figura de su admirable espíritu, arma noble por el temple y por los recuerdos señoriles que despertaba.

Modelo de hombres!



X. X. tuvo un fin trágico; recordarlo es nombrarla. En una tarde de verano, en Palermo, un coche conducía una pareja; el hombre, jóven y hermoso, la mujer, de cierta edad, fresca aún, pero no más bella. Al pasar la vía del ferrocarril, el coche fué arrollado por un convoy. El cochero, los caballos, y la mujer, fueron destrozados. El joven que la acompañaba, salió ileso. La aventura fué ruidosa. X. X. pertenecía á cierta parte de la sociedad bonaerense, que sin título legal, se acerca á todas las fuentes del placer, y vive contigua á

la aristocracia, de la que tiene muchos vicios, pero no la altivez.

Al día siguiente por la mañana, cuando los diarios refirieron el suceso, acuñé esta Medalla en *Tribuna*.





X. X.

Nuestros lectores saben, probablemente, que acaba de morir, de un modo trágico, una dama bellísima.

Ahora bien, esta dama desaparece llevando consigo un mundo de recuerdos dramáticos, que envuelven circunstancias personales tan delicadas, que no nos atrevemos ni á insinuarlas, temerosos de herir la susceptibilidad de muchas personas de la alta sociedad, que tienen el derecho de aspirar al olvido de las aventuras de su vanidad.

Había sido artista de teatro. La cono-

cimos en Nueva Orleans, en los Estados Unidos; después de haber trabajado en los teatros de vaudeville, en París y en Italia, fué á cantar en el Brasil; y de Río, llegó á Buenos Aires.

Era, entonces, hace 10 años, bastante hermosa. La agitada vida del teatro, las emociones de una escena libre, independiente de las tiranías domésticas, la ausencia de toda familia, un pasado de miseria, un porvenir que parecía llamar á si todos los atrevimientos y todos los escepticismos, la mantenían esbelta, airosa, provocativa.

Nuestro siglo XIX difiere del de Augusto solamente en la hipocresía. Entonces los poetas decían á las mujeres amables, á los blancos cisnes que preferían el brasero de la vanidad y el humo del placer, á las conquistas severas y nobles del hogar, todo cuanto puede confirmar el amor en su dulce imperio, y al vicio en su embriagadora carrera.

Hoy, sin menos voluptuosidad, tenemos costumbres como trajes de disfraz, pala-

bras como caretas, sonrisas que confiesan lo que la actitud teatral niega en absoluto; y así, aunque vivimos sin engañarnos, nos valemos de una falsa moneda para referirnos á esos mismos secretos que todo el mundo conoce.

La mujer que se lanza al océano de la vida, libre como ésta que ha muerto, dispone de una voluntad férrea en medio de un aparente abandono que promete todas las debilidades y todas las corrupciones. Hay cortesanas en este siglo que han suprimido su cuerpo de la lucha, y se baten con la sola vanidad; dotadas de un inmenso talento para intriga, entretienen su corazón con la cabeza; y los hombres son tan inferiores para un lance de esta clase, que, por vencer siquiera á los otros hombres, pagan más caro un favor simulado pero ruidoso, que un favor verdadero pero secreto. De ahí muchas mariposas que parecen víctimas de la luz, pero que no caen sinó en apariencia. Esta, era de esas.

Poseía á fondo la esgrima de la hipo-

cresía; manejaba los hombres, las vanidades y las costumbres, como á otros tantos fantoches cuyos hilos estaban en sus manos. Sola, sin familia, con escasa instrucción, sabiendo apenas música y cantar algunas operetas, coqueteó con su cuerpo en la selva de los tigres, y circuló entre los peligros, venciendo siempre á fuerza de astucia, de serenidad y de esa insensibilidad general que parece necesaria á los espíritus ambiciosos.

La posición independiente á que se había elevado, era el fruto de su talento, el premio de su lucha; superior á los comediantes que habían querido esplotarla, oprimirla ó asociarla á sus placeres, se impuso á todos por su frialdad en las situaciones en que el corazón la hubiera perdido; simulando la tempestad, cuando su alma estaba serena, arrastró á los que resistían; y sosteniendo á los que perdían el aplomo, consiguió hacerse un círculo de amigos que la ayudaron en su influencia, su rivalidad y sus esperanzas.

¡Qué novela podría hacerse narrando su vida! ¡Cómo aparecería en ella el talento triunfante de la mujer de guerra, sobre el idiotismo y la vanidad de los hombres que abandonan el hogar, la madre, las hermanas y las esposas, para buscar alimento al corazón, fuera de la familia! Una pluma hábil, vívida, capaz de elevar su temperatura con el recuerdo de las antiguas pasiones y con la imaginación de las nuevas aventuras posibles, podría hacer destacar de este cuadro, la esclava de las leyes, que se independiza á fuerza de persecuciones, que se atreve á todo, justamente porque se la da á elegir entre el vicio y la miseria; que se hace guerrera, diplomática, comediante, trágica; que se apodera del secreto del hombre, y que lo esplota con ánimo victorioso, ahogando los gritos de su corazón para escuchar los de su venganza.

Producto neto del siglo XIX, el tipo de nuestra heroina merece estudio, y poco trabajo costará al lector, si ha vivido

algunos años, realizar su imágen moral, que no era mala ni buena, que era un resultado de las fuerzas que la sociedad le había opuesto, y que no sensibilizó ninguna pasión dominante, ni sublimó la maternidad.

Llamarla cortesana, á pesar de las apariencias que de tal tenía, sería temerario; juzgarla, cuando no tuvo tiempo de hacer volver el péndulo de su alma hacia el centro de gravedad, sería injusto; escuchar los sollozos que causó, conmoverse ante las lágrimas que hizo derramar á una santa mujer, sin mirar á la fatalidad que la empujó, ni hacer á la sociedad terrible, la parte que le corresponde en el drama de su vida, sería obra de pasión, de sentimiento, y no de análisis.

No la olvidemos; pero recordémosla para ejemplo de esta eterna verdad, que muestra al hogar y á la familia como el único camino de la felicidad.

Fué hermosa, fué rica; tuvo palacio, tapices, cuadros, música y criados que

eran sus esclavos, porque los pagaba con diamantes; envidiaron las mujeres sus joyas innumerables, y los hombres vanidosos y fútiles se afanaron por beber en su copa, el corazón que en sus propias copas desbordaba; triunfó.

Pero no ha oído llamarse madre por una dulce y sonriente boca de niño; no ha conocido el amor; no ha muerto en su lecho, rodeada de afección y de lágrimas; no ha vivido más que la mitad de la vida, pues fué toda la suya, placer febril de luchadora; le faltó el dolor puro, la esperanza de la paz eterna...

Tumba solitaria: ni laureles ni flores!



Supe los antecedentes de Leprandi, al mismo tiempo que su muerte trágica. Había sido acusado de una grave incorrección. Después de ser uno de los reyes de la Bolsa, después de haber deslumbrado con su lujo muchos teatros y muchos salones, la policía llamó una mañana á su puerta.

Salió él mismo; le mostró un Comisario la orden de prisión, en que explicaba el motivo, y con toda cortesía, le pidió permiso para vestirse. Pocos momentos despues se suicidaba con su revolver. Constatado el hecho, la policía se retiró. La justicia había terminado su tarea, sin haber humillado la frente del culpable.

Esos son los antecedentes de la siguiente Medalla.



LEPRANDI

Digámonos la verdad delante de este cadáver. La muerte debe inspirarnos la entereza que la vida nos arranca. Mientras estos músculos vibraban con la corriente de la voluntad, podíamos, por disciplina heróica, oponerles los nuestros, contraídos y amenazadores. Hoy, ellos han perdido su tonicidad; son un despojo, un resto, un recuerdo... Aflojemos la cuerda del arco; sus flechas atravesarían carne flácida, no provocarían ni una protesta ni un gemido.

¿Es culpable este hombre?

¿Qué es la culpa? La debilidad, nada

más que la debilidad. Bebió el veneno por todos sus poros, el veneno de que nosotros hemos llenado la atmósfera, la vanidad proteiforme, el ansia del lujo, la desatentada ambición de ser el primero *en la apariencia de la felicidad*, que constituye la estúpida é infantil mentira de nuestro ambiente.

Nosotros sembramos su camino de flores y lo invitamos á pasear por él su fiebre de un día, si arrojaba el dinero á manos llenas; ensordecimos sus oídos á los clamores de la prudencia, de la razón, del instinto de conservación; le pusimos venda en los ojos, que le impidió ver la triste realidad; lo embriagamos con el champagne de la crónica social; ahogamos sus vacilaciones y sus incertidumbres en la carpeta del Casino ó los palcos primaverales del Hipódromo; le hundimos en los flancos jadeantes la espuela candente de la Fortuna, que solo se entrega á los audaces; lo cambiamos, lo transformamos en *culpable*...

Y ahora, después de haberlo precipitado, después de ser el estímulo del delito, ¿cómo podemos conservar el derecho de combatirlo, cuando nos ha pagado con su cadáver, su última y suprema moneda que arrojó al abismo, para colmarlo de fuerza, y dejar un testimonio irrecusable de su amor al deber?

¿Qué más podía darnos, á nosotros los inventores de esta sociedad artificial, reñida con la verdad, á los que clasificamos de delincuente al que se apasiona y cae, al que se ofusca con los mismos resplandores que crea nuestra vanidad, y que exigimos á la naturaleza lo que ella es incapaz de producir, un absurdo?

Estamos todavía bajo la terrible ilusión de que el alma humana es un diamante inmarcesible, que tiene el deber y el poder de conservarse puro en el fango y en el fuego, en el placer y en la tormenta. De ahí nuestra crueldad. No. Somos una arista, hoy copo de espuma, luego cuarzo, más tarde puñado de polvo, juguete de

todos los vientos, sonoridad de todos los gemidos y de todas las maldiciones, débil reflejo de una llama vacilante ó soberbia, según el ambiente.

Esposa é hija abandonadas, hogar desierto, nombre insultado, pasto de la crónica ligera, una horrible desgracia... todo eso es nuestra obra. No agreguemos la indiferencia á esta tumba, que la Fortuna pudo haber convertido en envidiado triunfo.



El General Bosch era un prodigio. Su temple personal era infinito. Nunca se le conoció una vacilación; muchos bravos las han tenido. Pero tanta bravura unida á una sensibilidad tan exquisita como la suya, es lo que hacía de su figura una casi inverosimilitud. Qué hogar el suyo! Todos los amigos á quienes él permitió la distinción de comer á su mesa, de entrar en su intimidad, saben que aquel era un templo levantado á la concordia, á la indulgencia y al cariño. Adoraba á su mujer y á sus hijos, y era adorado por ellos, pero tan profundamente, que uno se reconfor-

taba viéndolos, se erguía contra el excepticismo ó el desaliento.

El General Bosch murió pobre, porque todo lo que había ganado en una labor incesante, lo puso á la orden de sus amigos. Su placer consistía en hacer felices á los demás. Su generosidad no correspondía á su fortuna; pero él no tenía la culpa de esa desproporción. Su cordaje de héroe no podía acomodarse á las pequeñeces.

Era yo Diputado Nacional cuando murió; y no colaboraba en ningún diario. Al llegar la discusión sobre el proyecto de acordar á la señora Laura Saenz Valiente de Bosch las dietas que hubieran correspondido á su esposo como miembro de la Cámara, pronuncié las palabras que se leerá en seguida.



GENERAL BOSCH

Cámara de Diputados de la Nación, sesión del 26 de Agosto de 1901.

SEÑOR OLIVERA.—Pido la palabra.

La vida del General Bosch debe ser recordada con orgullo por los argentinos. Sus virtudes son de aquellas que obligan la gratitud nacional. Dotado de pasiones ardientes, supo encerrarlas en marco tan severo, que el rasgo más dominante de su figura militar es la más absoluta fidelidad á la bandera.

Ambicioso de gloria, luchó por alcanzarla, poniendo á cada instante su vida en juego, sin que pudiera jamás sospechár-

sele capaz de un artificio. Habíale dado la Fortuna el valor personal más temerario y la dulzura más completa, sin balancearlas por ninguna pasión inferior, sin acordarle ni siquiera la vanidad de sus calidades. Tendía con placer su mano abierta y franca como su corazón, á los que necesitaban calor para aliviar las penas de la vida ó un poco de fuerza en la lucha.

Desde sus primeras armas en la campaña del Paraguay hasta sus últimos servicios en esta Cámara, el General Bosch fué un modelo de afabilidad y de sentimientos afectuosos. Su dedicación al bien público fué en muchos momentos históricos, origen de eminentes servicios. En una nación nueva, de pasiones bravías, como la nuestra, difícilmente se pierde ocasión de endiosar los prestigios pasajeros. La ignorancia de los principios constantes de la grandeza pública, nos ha empujado á veces á la anarquía militar y política. En tales momentos un gran fascinador de soldados, un hombre extraordinario como éste, á la

Masséna, á la Ney, podría habernos causado terribles desgarramientos, prestándose á encabezar en el ejército impaciencias ó incertidumbres. Jamás, sin embargo, pasó por la mente del ilustre jefe, cuya ausencia por siempre lamentamos, la idea siquiera de una defección. Sin asomo de servilidad en el carácter, fué el héroe tranquilo de la causa nacional.

El ejército era su culto, su historia, su vida. Simpre al lado del principio de autoridad, su ejemplo de firmeza determinó más de una situación difícil en favor de las instituciones y del orden público.

Ha muerto pobre, después de haber sido uno de nuestros jefes más prestigiosos por su cordialidad. Ha muerto afligido, luchando por conservar á su familia adorada, una posición á que tenía derecho de aspirar quien había consagrado su cabeza y su corazón al servicio de un país noble y vigoroso.

Mostremos estas figuras gloriosas á las presentes generaciones para que se inspiren

en su ejemplo y no desmayen; honrarlas es acordar la recompensa que merecen la pureza y la hidalguía. Así resonará en el hogar desierto por la muerte, la voz de la gratitud que estimula á imitarlas. Las virtudes militares serán por muchos siglos la base de la prosperidad argentina, y la juventud debe aprender á venerarlas en los varones ilustres como el General Bosch.

Su ideal fué la patria y el hogar. Ha caído sin doblegar ni su espada ni su corazón *(Aplausos)*.



Luís Mª. Campos fué, durante toda su vida, un carácter acerado que nada ni nadie pudo doblar. El culto de la probidad había hecho de él una especie de medida. Era discreto, pero no convenía provocar su apreciación de los hombres y de las cosas de su tiempo, porque tan claras y netas como las veía, así las decía. Nadie lo sobrepasó en el amor de su país, ni del honor militar.

Esta Medalla, que es la última de las acuñadas, fué también la única que salió de mi espíritu en el brevísimo tiempo que fuí Redactor en Jefe de *La Razón*.



LUIS MARIA CAMPOS

En los momentos actuales, el elogio del teniente general Luís María Campos, es un deber de patriotismo. En el carácter nacional, todo ha zozobrado; la altivez tiende á ser una virtud antigua, que el cosmopolitismo mira con desdén, como indicio de inferioridad; la palabra es casi una máscara; las promesas son generalmente una celada.

La riqueza nos ha visitado demasiado pronto; una paz prolongada ha determinado la preferencia de la artería sobre la franqueza, y miles de espíritus excépticos

y usados han destemplado nuestra lealtad, trayendo del viejo mundo la filosofía desalentadora en que se resuelven las grandes civilizaciones.

Luís María Campos fué un modelo de hombres. Desde la cuna á la tumba fué leal, severo; y sin embargo, cordial. Nadie más inexorable en el cumplimiento del deber; ningún jefe se trató á si mismo con mayor dureza. Lo que exigía de los otros, encontraba en él su primer soldado. Era sencillo pero vigoroso. Su temple no disminuyó nunca. Sus momentos de expansión contenían lecciones aún más duras que su acción en el campo de batalla. Su trasparencia constituía un freno para los que vacilaban; porque se veía á través de su actitud, que su espíritu era de una sola pieza. Era inconmovible en su conciencia del deber; y ninguna voluptuosidad ni ningún temor lo apartaron jamás de lo que creyó justo.

Su amor de la patria envolvía su menores actos en la atmósfera de una aus-

teridad cercana del fanatismo. Jamás, ni su acción, ni su palabra, ni su pensamiento, estuvieron al servicio del desorden. Fué el abanderado del honor militar. Tenía las más nobles ambiciones; pero sus medios de llegar eran siempre altivos. El silencio, la postergación, las preferencias de otros compañeros, no lo ofendían ni lo enconaban. Acudía donde lo llamaba el patriotismo, sonriente, tranquilo, pero siempre resuelto é incorruptible.

La Razón se inclina ante su tumba, rindiendo á sus virtudes el homenaje que merecen. Las banderas enlutadas que hoy ondearán sobre su cadáver, no realizarán una vana ceremonia. Se ha ido nuestro Bayardo...

INDICE

DEL MISMO AUTOR

En la Brecha, editado en París, 1 volúmen, agotado.

Novelas y Cuentos, de EDGAR POE, traducidos del inglés, editado en París, 1 vol.

Vida de las Instituciones, (estudio de Ciencia Política), 1 vol., editado en Buenos Aires, agotado.

Mujeres de Ibsen, 1, vol., agotado.

EN PREPARACIÓN

Vida Literaria, 1 vol.

Vibriones, 1 vol.

Londres, París, E. Unidos, 1 vol.

Ironías, 1 vol.

Paradoxas, 1 vol.




7797 Olivera -
O4764M4 Medallas
A 000 853 793 8
PQ
7797
O4764M4

